

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE
ESTUDIOS OSCENSES



N.º 21

HUESCA
M C M L V

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

(Patrocinado por la Delegación Provincial de Educación Nacional
y por la Excma. Diputación Provincial de Huesca)



CONSEJO DE REDACCION

Director: Miguel Dolç.

Secretario: Federico Balaguer.

Administrador: Santiago Broto.

Redactores de este número: Ricardo del Arco.—Virgilio Valenzuela.—Salvador María de Ayerbe.—Vicente Arnal.—Luis Felipe Arregui Lucea.—Antonio Cardesa.—Antonio Durán Gudiol.—Jaime de Salas Merlé.—Joaquín Sánchez Tovar.—María del Carmen Uceda.—Amado Valenzuela.



ARGENSOLA se publica en cuadernos trimestrales formando un volumen anual de unas 450 páginas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

ESPAÑA.—Suscripción anual, 60 ptas.; número suelto, 16 ptas.; número retrasado, 18 ptas.

EXTRANJERO.—Suscripción anual: Portugal, Hispanoamérica y Filipinas, 65 ptas; otros países, 70 ptas.

Redacción, Administración y Distribución: Avenida Generalísimo, 16 - Telétono 190

H U E S C A

546

ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE
ESTUDIOS OSCENSES



N.º 21

Tomo VI (fasc. 1)

HUESCA

I trimestre 1955

S U M A R I O

ESTUDIOS:	Páginas
San Oriencio, obispo de Auch, por <i>Antonio Durán Gudiol</i>	1
¿Una cita altoaragonesa en Marcial?, por <i>Miguel Dolç</i>	15
COMENTARIOS:	
Vida religiosa de la villa de Bolea (siglos xvi-xix), por <i>Vicente Arnal</i> .	23
Alejandro Oliván, por <i>Ricardo del Arco</i>	33
El castillo de Fañanás hasta el siglo xiv, por <i>María del Carmen Uceda</i> .	37
Trayectoria estética de Francisco Zueras, por <i>Salvador María de Ayerbe</i>	45
El centenario del laringoscopio, por <i>Antonio Cardesa Remón</i>	51
ACTITUDES:	
Tres poemas, por <i>Luis Felipe Arregui Lucea</i>	53
Tumbas profanadas, por <i>Jaime de Salas Merlé</i>	61
INFORMACIÓN CULTURAL:	
Una efigie notable, por <i>Ricardo del Arco</i>	71
Ciclo de conferencias organizado por la Asamblea Provincial de la Cruz Roja, por <i>D.</i>	73
Sociedad Oscense de Conciertos, por <i>R. del Arco</i>	81
Sesión académica en honor de Santo Tomás de Aquino, por <i>Amado Valenzuela</i>	82
Cesión al Ayuntamiento del solar de la iglesia de San Juan de Jerusalén, por <i>Federico Balaguer</i>	85
Una nueva revista: «Primavera Oscense», por <i>D.</i>	86
Ha muerto don Mariano Lacasa, por <i>Federico Balaguer</i>	86
Premio «Institución Fernando el Católico 1955».	87
Certamen literario y artístico en honor de Nuestra Señora la Virgen de la Alegría	88

BIBLIOGRAFÍA:

Páginas

Libros:

BELTRÁN MARTÍNEZ, ANTONIO: La edad de los Metales en Aragón, por <i>Virgilio Valenzuela</i>	91
SÉGUY, JEAN: Les noms populaires des plantes dans les Pyrénées Centrales, por <i>Miguel Dolç</i>	91
PALACIOS SÁNCHEZ, JUAN MANUEL: Real monasterio de Sijena, por <i>Joaquín Sánchez Tovar</i>	92
Anuario-Guía de los Museos de España, por <i>Ricardo del Arco</i>	93
L'artiste dans la société contemporaine, por <i>Miguel Dolç</i>	94
UBIETO ARTETA, ANTONIO: Obituario de la Catedral de Pamplona, por <i>Antonio Durán Gudiol</i>	95
SANCHIS GUARNER, MANUEL: Els molins de vent de Mallorca, por <i>Miguel Dolç</i>	95

Artículos:

BOSCH VILA, JACINTO: Escrituras oscenses en aljamía hebraico-árabe, por <i>Antonio Durán Gudiol</i>	96
BALAGUER, FEDERICO: Una nota sobre la introducción de la letra carolina en la Cancillería aragonesa, por <i>Ricardo del Arco</i>	97
UBIETO ARTETA, ANTONIO: Documentos para el estudio de la Numismática navarro-aragonesa medieval, por <i>Federico Balaguer</i>	97
ALFARO LAPUERTA, EMILIO: El Palacio de la Aljafería de Zaragoza, sede de la Hispanidad, por <i>Ricardo del Arco</i>	97
LACARRA, JOSÉ MARÍA: A propos de la colonisation «franca» en Navarre et en Aragon, por <i>Federico Balaguer</i>	98
ANTUNES RODRIGUES, SEBASTIÁN: Apontamentos duma viagem a Espanha a respeito de D. ^a Isabel de Arago, por <i>Ricardo del Arco</i>	98
ARCO, RICARDO DEL: Las juderías de Jaca y Zaragoza, por <i>Federico Balaguer</i>	99
UBIETO ARTETA, ANTONIO: Un mapa de la diócesis de Calahorra en 1257, por <i>Federico Balaguer</i>	99
TUCOO-CHALA, PIERRE: Origine et signification du surnom de Gaston III de Foix dit «Fébus», por <i>Federico Balaguer</i>	100

Dibujos de Jesús Paredes y Francisco Zuera

ARGENSOLA no mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y afirmaciones contenidas en sus escritos.

Los estudios y comentarios que se ofrezcan para ser publicados en la revista deberán ser originales, de carácter estrictamente científico o literario, e inspirados —aunque no de un modo exclusivo— en temas altoaragoneses. La Redacción se reserva la libertad de modificar, en ciertos aspectos accesorios, si le pareciera conveniente, los trabajos presentados.

LOS SANTOS ALTOARAGONESES

SAN ORIENCIO, OBISPO DE AUCH

Por ANTONIO DURÁN GUDIOL

1 Tres hechos de la primera juventud de san Oriencio¹, puede el hagiógrafo apartar, como seguros, de la policromía de narraciones que han llegado hasta nosotros: la patria, la procedencia pagana y la formación literaria de nuestro santo.

Todas las versiones de su biografía, que hoy por hoy es posible cotejar², están concordes en que Oriencio vió en Huesca la luz primera. Y forzoso es aceptar este origen, aun cuando parezca inexplicable el silencio que guardan los antiguos textos medievales aragoneses. Uno más entre tantos misterios que, muy posiblemente, jamás podrán franquear la luminosidad histórica.

En cambio, es posible demostrar que Oriencio procedía del paganismo. Durante parte de su juventud, por lo menos, en pleno uso de razón, teniendo conciencia de ello, profesó la idolatría. De él dicen las Actas al parecer más fidedignas: *Una vez despreciada la vileza de los ídolos, Oriencio venció la perversidad pagana*. Despreciar supone un acto plenamente consciente. Y para que esta frase no pueda ser interpretada en el sentido que él, cristiano desde la cuna o no, luchó hasta vencer el paganismo, aquí está el testimonio del propio Oriencio: *Nosotros mismos hemos emergido*

1. Por razones filológicas, preferimos la forma Oriencio a la más común de Orencio.

2. *Acta Sanctorum Maii*, t. I (1866), p. 64, da la biografía de san Oriencio según manuscritos de Toulouse y de Albi. En *Acta Sanctorum Augusti*, t. II (1867), p. 485, se refuta el testimonio de *Gallia christiana*, t. I, col. 973, según el cual san Oriencio fué hermano de san Lorenzo e hijo de los santos Oriencio y Paciencia. La tradición aragonesa fué recogida—no sabemos de qué fuentes—por FRANCISCO DIEGO DE AYNSA Y DE YRIARTE, en *Traslación de las reliquias del glorioso Pontífice San Oriencio; hecha de la ciudad de Auch a la de Huesca, su cara y amada patria, con las fiestas espirituales y temporales, que al recibimiento dellas se hizieron; y el insigne Certamen, o Justa Poética, que la Universidad publicó y celebró en alabanza del mismo Santo* (Huesca, 1612). Los bolandistas califican de fabulosa la narración de Aynsa. Las Actas del Pacional bodecense pueden verse en *Acta Sanctorum Maii*, t. I (1866), p. 62.

de las brumas del paganismo, cuyas nieblas logramos romper gracias al verbo de los ángeles espirituales. Traducidas estas palabras al lenguaje llano, corriente, moderno, significan: *Yo mismo fui convertido al cristianismo gracias a la predicación de los obispos*. Aparte una no tan fácil disquisición sobre los obispos que predicaron y convirtieron al futuro pontífice de Auch, que ahora no quedaría del todo mal, podemos ahondar más y, a la vista de su actuación apostólica, precisar que Oriencio procedía del paganismo ibérico, no del romano. De no ser así, no habría estado, humanamente hablando, tan bien preparado para predicar con éxito el Evangelio entre los vascones, como lo hizo y después se verá.

Finalmente, a juzgar por los escritos que nos han llegado y de los que hablaremos luego, Oriencio tuvo una más que mediana formación literaria, aun cuando no pueda ser alineado junto a los grandes Padres de la Iglesia ni por su contenido, ni por su estilo. Si no se hubiese dedicado a las letras, no habría podido escribir los poemas ascético-místicos que dictó. Habría podido exponer las mismas ideas, pero la forma diferiría muchísimo. Es evidente.

La piedad de los primeros cristianos forjó mil poéticas invenciones con el fin de rellenar los huecos que en la biografía de Cristo habían dejado al descubierto los evangelistas. La del medioevo inventó áureas leyendas para nimbar el recuerdo de los héroes del espíritu. Por lo que se refiere a nuestro san Oriencio, el Pirineo es la línea divisoria de dos corrientes legendarias que convergen raras veces: más allá de los montes los relatos de Toulouse y de Albi; acá, la tradición recogida por Diego de Aynsa. Poco emparentadas con las dos, unas terceras Actas, las del monasterio bodecense, en Westfalia, más comedidas y, con toda probabilidad, más dignas de crédito. En la presente recopilación, daremos en composición tipográfica sin interlinear aquellos detalles de la vida del santo que saben más a leyenda que a historia.

2 Según las fuentes francesas, san Oriencio fue hijo del cónsul de Urgell, en la parte de Occitania. Un hermano mayor que el santo sucedió al padre, pero murió prematuramente y Oriencio tuvo que vestir la toga consular. No especifican si los padres y el hermano eran o no cristianos. No es posible fijar la fecha de su nacimiento, aunque es lícito suponer que nació algo entrada ya la segunda mitad del siglo iv.

Advirtió bien pronto la vanidad de la riqueza, del poder, del lujo, y comprendió que era imposible servir a un tiempo a Dios y a Mammona y decidió desprenderse de todo y buscar la paz en el desierto. Efectivamente, vendió todos sus bienes, abandonó sus ricos ropajes y sus mag-

níficos palacios, obsequiando con el producto de la venta de su hacienda a los pobres y se retiró a la vida solitaria en un lugar no lejos de Huesca, su ciudad natal. Aquí vivió una buena temporada. Hasta que las maravillas que Dios obraba por medio de él no pudieron ser celadas a los ojos de sus conciudadanos, que le buscaban y le encomiaban en demasía, para la humildad del santo. Y creyó que más le convenía huir de su tierra en secreto y pasar a Francia, donde no sería conocido, ni distraído de su total entrega a Dios.

La tradición aragonesa, más pormenorizada, explica que san Oriencio fue hermano gemelo de san Lorenzo, y los dos, hijos de los patricios oscenses Oriencio y Paciencia, nacidos en una casa que hubo donde hoy se levanta la basílica del mártir en Huesca. Lorenzo y Oriencio fueron matriculados muy pronto en la Universidad Sertoriana, cuyas aulas se alumbraron con la luz de sus virtudes y de su ciencia, hasta tal punto que, tiernos en años aún, contra todo lo establecido, fueron los dos promovidos a los sagrados órdenes.

Poseía Oriencio, el padre, una alquería en el preciso lugar donde siglos más tarde se edificaría la iglesia de Loreto. Buenas temporadas pasaba aquí toda la familia, particularmente en los períodos de siembra y de cosecha. En Loreto se hospedó san Sixto II, papa, de camino por tierras aragonesas. Prendado de la ejemplaridad de la familia del patricio Oriencio, gozaba el futuro papa en las reuniones familiares, conversando largamente sobre lo apreciable de los bienes eternos y la caducidad de los temporales. Subyugado por las explicaciones de Sixto, Oriencio, el padre, decidió en su corazón vender los bienes sobrantes y darlos a los pobres. El romano, enamorado de Lorenzo, quiso convencerle para que se fuera a Roma con él y lo consiguió, no sin gran pesar de los padres —lloró mucho Paciencia—, los cuales se resignaron a lo que evidentemente era manifestación de la voluntad de Dios. Para su consuelo, san Sixto quiso consagrar, dentro de la misma finca de Loreto, una capilla que dedicó al hijo de ambos, el futuro mártir Lorenzo, que él se llevaba a Roma en prenda de grandes esperanzas.

Poco tiempo después, santa Paciencia se durmió plácidamente en el Señor y fue enterrada en la capilla doméstica, junto al altar dedicado a su propio hijo. El padre y esposo consumía largas veladas en oración, arrodillado sobre el sepulcro de su esposa. Y aconteció cierta noche, entregado a este su quehacer predilecto, que oyó una voz venida del cielo, que le decía:

—Deja tu casa, toma contigo a tu hijo Oriencio y ve a vivir donde te será mostrado.

Antes había donado los bienes sobrantes a los pobres. Ahora vendió toda su hacienda, que no era poca, y, abandonando las tierras oscenses, padre e hijo se marcharon a Francia.

3 Una gesta sobresale, incuestionable, en todas las narraciones biográficas de san Oriencio: su victoria sobre el paganismo, mediante la conquista de la montaña.

Los Pirineos, como línea de separación entre Francia y Aragón, datan de no muy lejanas épocas. Los montes pirenaicos, muy al contrario, han sido casi siempre lazo de unión de los dos países. Igual que una procesión de cogullas une las crujías de un claustro monacal. Por lo menos desde el siglo v antes de Cristo, el puerto de Somport ha presenciado el paso constante de gentes de una y otra parte, en un eficiente intercambio de ideas y personas. Consta que quienes abrieron la marcha fueron los ilergetes y los vascones del valle del Ebro, quienes no sólo se establecieron en Francia, sino que impusieron sus maneras, su civilización y hasta su nombre: Vasconia, que se transformó en Guasconia, Gascogne. Aun hoy es patente allí la civilización ibérica en la toponimia del país y en mil reliquias arqueológicas, principalmente inscripciones en caracteres ibéricos.

En el primer cuarto del siglo v después de Cristo, hay que situar la entrada de Oriencio en Francia, donde llegó caminando, a la sombra de una nubecilla de la que emergía una mano bendicente, por los mismos caminos que los vascones, y escogió para morada—y como campo de acción opostólica—un monte, ya fuera éste el Narveya, ya alguno del valle de Lavedán. Ciertamente que el paisaje se diferenciaba mucho de la geografía de su patria. El ambiente, empero, era el mismo: ibérico.

Las montañas, según el lenguaje de las crónicas cristianas, estaban infestadas de demonios, que, dicho en otras más asequibles palabras, significa que la Vasconia era, en tiempo de san Oriencio, un país intensamente ibérico en religión, aun después que los romanos hubieron impuesto a la oficial Aquitania su lengua y sus dioses, que no cuajaron más que en las grandes ciudades de Burdeos, Dax, Eauze, fuera de las cuales se pasó directamente al cristianismo desde la religión ibérica. Los dioses de la Vasconia, como en esta parte de los Pirineos, no eran invisibles. Se adoraba a las montañas, a los picos, a los bosques, a los árboles, a las plantas, al sol, a la luna, a las estrellas... La simbología cultural era rica en esvásticas, círculos concéntricos, ruedas solares, hélices, rose-tones, estrellas...

De aquí que la acción evangélica debía ser planteada no en las plazas de los pueblos, ni en las *consacranias* o colegios funerarios, sino en el mismo corazón de los dioses ibéricos. Así lo entendió san Taurin, obispo de Eauze, que cayó el año 293 en el bosque de Verdale, víctima del fana-

tismo de los habitantes de un caserío que fue, más tarde, Aubiet, no lejos de Auch ³. Oriencio, siguiendo la misma táctica, aplazó la predicación del Verbo y edificó su casa en la montaña sagrada que no podía ser hollada por el pie del hombre, so pena de lesa divinidad.

Su técnica apostólica, correctísima, perfecta, se basó en esta trilogía: el arado, la Cruz y la vida penitencial. Abrió surcos en las laderas, taló árboles, edificó un molino junto al río... El verde de sus trigales fue prenda de un inefable verde del espíritu. El blanco de sus harinas, trofeo de victoria sobre los errores ibéricos y sobre los vanos temores a venganzas de unos dioses supuestos sumamente irritables, en realidad sobremanera pacíficos. Deshecho el embrujo y los vascones tuvieron necesidad de abrir sus mentes y sus corazones al Dios del héroe. Y la Iberia cristiana, por obra de Oriencio, sustituyó ventajosamente a la Iberia naturalista. Oriencio es, por antonomasia, el apóstol de los vascones.

4 Según las Actas westfalianas, *Oriencio en posesión perfecta del dogma, corrigió al pueblo con sagrado discurso y destruyó la perversidad de los paganos*. Y explican cómo se estableció en el monte Narveya cuyo nombre le viene a la montaña de pico conspicuo de haber sido dedicada a los demonios, no surcada por camino alguno, imposible de labrar por los íncolas de Auch. A pesar de la oposición de la gente del llano a los proyectos del santo, bien pronto el agua lustral de la oración purificó el lugar de espíritus inmundos y lo que anteriormente había sido feudo de los demonios, gracias a la fortaleza de Oriencio, es ofrecido pacífico al Dios de verdad. Ya no fué posible en adelante temblar a causa del ceño fruncido del Narveya, transformado en potente tornavoz de una dulce salmodia coreada con acompañamiento de vigiliat y largas limosnas.

Los franceses tienen para sí que Oriencio fijó su residencia en algún monte del valle de Lavedán, no lejos de Bigorre, cerca de Tarbes, según los aragoneses, conviniendo todos en que fue en la orilla oriental del río Adour, donde edificó una iglesia y un molino.

Llegados a Francia, según nuestras tradiciones, los dos Oriencios, padre e hijo, se dedicaron de lleno a la vida de trabajo y de perfección. Y estuvieron juntos hasta que el hijo comprendió que Dios les pedía más sacrificio y más entrega. Se pusieron de acuerdo y el futuro pontífice se retiró a lugar más solitario, permitiéndose de vez en cuando el placer de visitar y conversar con su anciano padre.

Al detallar la vida que llevaba Oriencio, hijo, convienen las dos tradiciones pirenaicas. Era su principal ocupación el rezo y leía todos los días el Psalterio de David, metido en agua hasta el ombligo, invierno

3. F. CANÉTO, *Prieuré de Saint-Orens d'Auch. Etude historique et monumentale depuis les premiers siècles de l'ère chrétienne jusqu'à nos jours* (Auch, 1873), p. 7.

y verano. Se alimentaba de pan y hierbas, rociándolo únicamente con agua. Dormía sobre la tierra dura las noches que no pasaba, insomne, en oración. Vestía burda túnica y pobre palio, ciñéndose con una cadena de hierro. No le fue fácil pasar desapercibido de los indígenas que acudían a él ora en busca de una limosna, ora ansiosos de una palabra de consuelo, ora con la esperanza de un milagro. En cierta ocasión fue tal el concurso de vascones que acudían a su encuentro, que Oriencio temió no aprovecharse el demonio aquella coyuntura para tentarle de soberbia, de sobrestimación de sí mismo. Hurgó con la mirada aquellos parajes en busca de un escondite y vió que no era posible escapar. Sus devotos seguían avanzando rápidamente, envueltos en cánticos, oraciones y aclamaciones al santo, el cual, abandonándose a los brazos de Dios, buscó refugio en la roca. Se tumbó sobre ella y he aquí que Dios quiso que se ablandase suavemente, como si hubiese sido mullido colchón, cediendo al peso de Oriencio. La multitud tuvo que volverse desilusionada, pero el santo no dió ocasión alguna al diablo. Sean por ello dadas gracias a Jesús Cristo que vive y reina por los siglos de los siglos, amén.

5 Oriencio fue arrancado de la vida eremítica por los ciudadanos de Auch, quienes, según las normas de la época, le eligieron obispo, a la muerte de san Ursiano, acaecida posiblemente a finales de la segunda decena del siglo v.

Doctísimo en las disciplinas eclesiásticas—escriben las Actas de Westfalia—enmendó con certera palabra los defectos de su pueblo al que instruyó tan eficazmente en la santa doctrina que la mano del santo pastor llegó a cansarse en la administración de la gracia bautismal, resucitando a un gran número de auscienses que casi, casi estaban muertos para Dios. Fue tan grande la fe que Oriencio albergaba en su pecho, que Dios de él se valió para obrar tantos prodigios que prolijo sería enumerarlos tan siquiera.

Había cerca de Auch una montaña consagrada por los paganos al diablo. Su cima tocaba las nubes. No era lícito rayarla con caminos, ni aprovechar la feracidad de sus tierras. Allá se fue el obispo santo, precedido del estandarte de la Cruz, y a su mandato los demonios hubieron de abandonar, por fuerza, aquellos parajes que ya no serían en adelante contaminados por rito alguno de perversa intención. Perdido todo temor, los de Auch cultivaron las faldas del monte pacificado por la gracia de Cristo y aprovecharon sus árboles y con los frutos alegraron hogares y llenaron hórreos. Todo el pueblo dió gracias a Dios por el magnífico regalo que les había hecho con tal pastor.

Aragoneses y franceses ven más filigranas en la elección de Oriencio para obispo de Auch. En aquel tiempo—aseguran los de más allá del Pirineo—aconteció la muerte de san Ursiano, arzobispo de Auch, muerte que sumió a los auscienses en el más grande de los pesares, ya que no confiaban en encontrar un digno sucesor. El pueblo cristiano se reunió durante algunos días en la Catedral y oró largamente pidiendo a Dios un buen pastor. Hasta que, sumamente recogida la comunidad de fieles, se oyó una potente voz bajada del cielo que mandaba:

—Oriencio es el pastor que debéis elegir. Oriencio es el pastor que debéis elegir.

Toda la concurrencia prorrumpió en gozo:

—Oriencio para obispo... Oriencio para obispo—, resultando de esta forma elegido unánimemente para ocupar la vacante de san Ursiano.

Inmediatamente, en impresionante procesión, se dirigieron a la ermita habitada por el arzobispo electo, a quien encontraron labrando. Se postraron humildemente los auscienses a sus pies, le saludaron como requiere la dignidad episcopal y le expusieron los motivos de su visita.

Oriencio quiso huir, pero se lo impidieron sus feligreses. Insistió repetidamente y con lágrimas, que le dejaran en paz, asegurándoles que no era digno de subir a tan sublime dignidad. Sin embargo, los ciudadanos de Auch, tercos en obedecer la voz que ellos creían de Dios, se negaron a volver a la ciudad sin la compañía del santo. Sin saber qué hacer, Oriencio se arrodilló, apoyándose firmemente en el báculo que empuñaba y pidió a Dios le manifestase su santa voluntad. Y he aquí que el báculo fue creciendo, creciendo rápidamente y convirtiéndose en un árbol frondoso de genuinas ramas y flores de verdad. Por donde conoció Oriencio que la voluntad de Dios era que accediera a los deseos de los auscienses. De vuelta a la urbe, la clerecía y el pueblo todo, enfermos incluidos, formando una gozosa procesión, dió gracias a Dios.

Siendo obispo, convirtió a los vascones idólatras y extirpó de una montaña vecina de Auch y llamada Narucia la mentira de los ídolos y ahuyentó los demonios de diversas especies que allí moraban. Ahora se levanta en aquella montaña una iglesia consagrada a los santos Ciríaco y Julita. Alabemos por todo a Cristo Jesús.

Aynsa recoge la tradición aragonesa y explica con su estilo que sabe a vino añejo: «Era tanta la fama que la santidad del mancebo Oriencio en toda aquella región había, que acudían a él muchas personas, para alcanzar por su medio reparo en sus necesidades espirituales y corporales. Y entre otras veces acudió una a él tanta multitud de gente, que por huir la molestia de ella, se fué como huyendo a esconder a un monte cercano llamado Hyaus, y dejando señaladas las pisadas en las peñas, le iban siguiendo por ellas, hasta que, llegando al pie del montecillo, por ordenarlo así Dios, les pareció ver una sima u hondura grandísima y la altura del monte tan inaccesible, que desistieron de la empresa y se volvieron y el santo se mantuvo allí unos días empleándolos en ayunos, vigiliass y oraciones».

«A la sazón estaba vacante la sede de Auch y reunidos en ella los obispos de la provincia y clero de la ciudad para elegir arzobispo y no pudiéndose concertar en la elección, acordaron se ayunase tres días y se pidiese al Señor con devota oración proveyese de pastor y prelado a aquella su Iglesia. Hecho esto, les reveló Dios que el primero que entrase por la puerta de la ciudad llamado Oriencio, eligiesen en arzobispo. Había el santo viejo Oriencio (permitiéndolo así Dios) enviado delante a su hijo para que proveyese en la ciudad de lo necesario. Llegado, pues, el mancebo a la puerta de ella, viéndole los obispos y clero y los demás que aguardándole estaban, llegando todos a él preguntándole su nombre y respondiendo se llamaba Oriencio, le saludaron por arzobispo y con cánticos de alegría le llevaron a la Iglesia y aunque resistiendo él sumamente le consagraron y asentaron en su silla. El viejo Oriencio derramó muchas lágrimas de contento y se volvió a su patria».

Coincidiendo con la tradición francesa, asegura Aynsa que «convirtió muchos idólatras en la tierra de los vascos y destruyó todos los ídolos que en el monte Arbexa, que está a la parte septentrional de Auch, había y ahuyentó y echó de él todos los demonios que en aquellos ídolos y simulacros daban respuestas».

6 Andando por unos mismos senderos, las tradiciones aragonesa y francesa narran con complacencia el episodio de la curación de una hija del rey de Francia, llamada Cornelia.

Tenía el rey de Francia una hija, algunos dicen que era única, que era muy maltratada por el demonio. Repetidas veces se intentó liberarla y siempre el eneinigo se negaba dejarla en paz y aseguraba que jamás la abandonaría si no era Oriencio en persona quien se lo mandase. El rey no conocía este nombre, ni nadie de su corte. Y dió orden de buscarlo por todas partes de Francia, mandando a sus mandatarios que no volviesen a él antes de dar con el paradero de Oriencio.

Pasado un tiempo, que no fue corto, la Providencia guió los pasos de los enviados por el atribulado príncipe y, por fin, les fue dado encontrarlo dedicado a la faena de labrar la tierra. Sabedor el santo de los motivos y razones que le expusieron, pidió a Dios le hiciese saber su voluntad. Sin más detalles, dicen los franceses que Oriencio acudió donde se encontraba el rey y su hija, a quien curó. Aynsa especifica más y atribuye la liberación de Cornelia a los exorcismos de Oriencio hijo y a las oraciones de Oriencio padre. Coloca junto a este milagro el otro de la conversión del báculo de Oriencio en árbol florido.

Y otra vez se unifican las dos tradiciones para asegurar que el rey, sumamente agradecido, obsequió al obispo de Auch con un códice de los Santos Evangelios encuadrado en plata y una ara portátil de jaspe con reliquias de varios santos.

Termina Aynsa el relato: «Estas santas piezas del libro y ara se

conservan hasta nuestros tiempos y las muestran los monjes del monasterio de San Oriencio de Auch, donde están y son sumamente reverenciadas.

7 Tienen las actas más antiguas, las de Westfalia, un elogio muy expresivo a pesar de su laconismo lapidario. *Oriencio fue grandemente necesario así en la predicación, como en la liberación de la patria*, resumiendo así toda la actuación episcopal del oscense.

Los tiempos de san Oriencio fueron calamitosos para las Galias. El mismo santo, en su *Conmonitorio*, traza con palabra precisa el panorama de aquella época:

*¡Muerte, dolor, destrucción, guerras, incendios, llanto!
Toda Francia se abrasa en una misma hoguera.*

No era solamente la idolatría que infestaba aquellas tierras. El arrianismo y el desenfreno de las pasiones assolaban el país. Oriencio tuvo que afrontar la situación y buscar caminos a propósito para soluciones prácticas y a corto plazo.

El luchó eficazmente contra el arrianismo con la ejemplaridad de una vida intachable y contra los vicios imperantes, con la fogosidad de su verbo y la solidez de su doctrina y la valiente decisión de su voluntad.

Aparté la actuación pastoral, Oriencio muestra otra faceta de su grandiosa personalidad: la de *Padre de la Patria*. Es tradición francesa, que no figura en ninguna de las Actas clásicas que nos han llegado, que el municipio de la augusta urbe de Auch le eligió para *Defensor de la Ciudad*. Cuando se vió asaltada por los vándalos, san Oriencio, como otro san León en Roma, consiguió que Auch no sufriera lo más mínimo los estragos de la guerra y del afán de botín.

Más sonada fue la gesta de nuestro santo con ocasión del sitio por las legiones romanas de Aecio y Litorio de la ciudad de Toulouse, en la que había sido encerrado el rey de los visigodos Teodorico el Viejo (419-451), después de los desastres de Arles y Narbona. A ruegos de los sitiados, acudió san Oriencio que convenció pronto a Aecio para que levantara el cerco. Litorio, sin embargo, se resistió a los ruegos y amenazas del santo. Hechas las paces entre Aecio y Teodorico, se entabló la lucha contra Litorio que cayó prisionero, desapareciendo de esta manera uno de los mayores impedimentos para la alianza de aquellos dos, que tan eficaz se mostró cuando la lucha contra Atila, rey de los hunos.

Las Actas del monasterio bodecense narran así la gesta de san Oriencio:

Por la gracia del Señor, Oriencio cargaba con el peso de una fecunda longevidad, cuando aconteció que el emperador envió al patricio Aecio y a Litorio a que hicieran la guerra contra el rey de los godos. A su llegada, se estremeció el rey, viendo que no podría resistir con las armas a los poderosos enviados, máxime cuando Dios permitía grandes males debido a estar Teodorico envilecido por la mentira arriana. Oriencio, no impresionado por la afiliación del rey al error, sino con deseos de subvenir las necesidades del prójimo, escuchó a los mandatarios que el príncipe le envió y aceptó gustosamente presidir la embajada que, en nombre de aquél, había de ir a negociar con los dos jefes romanos. Se puso inmediatamente en camino. Al llegar al campamento de los romanos, Aecio descendió prestamente del caballo que montaba y, besándole la mano, rogó al obispo de Auch que le tuviese presente en sus oraciones. Litorio, en cambio, le recibió con la figura erguida y fruncido el ceño y ni siquiera quiso responder una sola palabra, cuando Oriencio expuso los motivos de su embajada. Y lo hacía para demostrar que despreciaba profundamente al obispo. Por si quedaba alguna duda sobre la negativa de Litorio a entablar conversaciones dirigidas a la paz, interrumpió bruscamente el discurso del santo pastor y sentenció:

—Prometo que entraré en Toulouse.

Oriencio se retiró a orar y Litorio, a fin de cumplir su promesa, puso sus huestes en movimiento, tratando de impugnar y conquistar la ciudad fortificada. Mas he aquí que una niebla espesa y muy oscura envolvió su ejército que pronto cayó en el desconcierto, tornándose fácil la lucha para los sitiados que obtuvieron resonante victoria sin derramar sangre por su parte, gracias a la intercesión del glorioso san Oriencio. Litorio fué hecho prisionero y recibió el castigo merecido. Aecio, en cambio, en méritos a su comportamiento con el obispo, logró salvar su propia persona y su ejército. Y así aconteció que la turba de herejes, que habitaba la ciudad, hubo de dar las gracias al mismo antes despreciado Oriencio que los liberó cuando habían de ser exterminados por las armas romanas. Y todo ello tuvo lugar alrededor del año 439⁴.

4. AYNDA explica sucintamente este pasaje de la vida del santo y dice que el emperador romano era Maximiano y Agencio y Lythorio los dos generales que aquél mandó a Toulouse, cuyo rey se llamaba Olimbrio (op. cit., pág. 6).

8 *Vivió en el episcopado durante 41 años, dicen las crónicas francesas, fundadas en un documento de la catedral de Auch del siglo XII. No lo sabemos. Pero sí parece probable que la muerte le sorprendiera entre 440 y 450. Fue enterrado en la iglesia de san Juan Bautista, junto a los sepulcros de sus antecesores: Paterno, Servando, Optato, Pompodiniano y Ursiano, el primer día del mes de mayo.*

No añaden más detalles de la muerte del santo las fuentes francesas, pero sí las aragonesas que tienen aún más cosas que decir sobre Oriencio. Según éstas, intentó volver a la vida eremítica, pero Dios le manifestó con claridad que su voluntad era que siguiese rigiendo la iglesia de Auch. Después de un tiempo, conoció que se acercaba la hora de dar cuentas a Dios y pidió le fueran administrados los santos sacramentos. Próximo el tránsito, se le apareció Jesús acompañado de una gran multitud de ángeles y santos para invitarle a que fuera a recibir la corona que tenía preparada en el cielo. Aparición que pudieron ver otros dos que cuidaban de él y comprobar por el suavísimo olor que embriagaba la estancia. Muy contento suplicó al Señor quisiese recibir su espíritu, guardar su sepulcro y salvar la católica ciudad de Auch de toda herejía. Hechas tales peticiones, se oyó una voz que dijo:

— Se cumplirá lo que has pedido. Y si alguno en tu nombre pide remedio para sus males, será escuchado.

Y, acto seguido, Oriencio expiró, y fue enterrado su cuerpo en la iglesia de los santos Juan Bautista y Juan Evangelista. Y ha sido Dios servido de obrar muchos y muy grandes milagros por intercesión de tan santo prelado.

En el siglo X fue edificado un monasterio de benedictinos alrededor del sepulcro de nuestro santo, cuya iglesia fue consagrada solemnemente el año 1075.

9 San Oriencio compuso veinticuatro oraciones en versos pentámetros y exámetros. Un códice de Tours ha conservado la primera y la última de ellas, publicadas por Migne, *Patrología Latina*, vol. LXXI, col. 973, bajo el título *Sancti Orientii Conmonitorium*. Dice del Conmonitorio Duquesnel, literato francés del siglo pasado, con certera apreciación, que es «como una especie de guía para ir al cielo, escrita con dulzura y santa melancolía». Efectivamente, todo el esfuerzo del santo obispo escritor se reduce a hacer comprender a sus fieles que nada valen las cosas de este mundo en comparación con los bienes que nos aguardan en la eternidad. Para ello, suplica tiernamente al lector, fustiga dura-

mente los vicios de la época y ensalza la belleza y la grandiosidad de la glorificación por Dios de sus creaturas. Júzguese por este fragmento del Libro I:

¡Oh tú, que corres veloz hacia los premios de la vida eterna! Más deseas lo imperecedero que lo mortal. Aprende un camino que descubre el cielo, que huye la muerte, que evita lo áspero, que corre por suave sendero.

Vencidos por la carne y por el tiempo, marchamos sobre la tierra, camino de dolor. El gozo engendra siempre más deseos, si los otros logran lo que nosotros no. Y vivimos esta vida que pronto escapa, cogidos a desleales caricias.

¡Oh, qué fuente de daños y males son la lascivia, la miseria, la mentira, la pequeñez, la vanidad!

Tente fuerte tú por la confianza en lo inmortal y deja a un lado cuanto ha de perecer.

¡Hazme sentir, Señor, hazme hablar, para que, gracias a Ti, te plazca mi discurso de Ti!

Conoce ante todo, amigo, la doble vida que, con razón, ha dado Dios al hombre: la una, unida al cuerpo pesado de tierra, nos es dada sin mérito alguno—no está en nosotros el nacer, no está en nosotros el largo vivir—; la otra, la ganamos aquí.

Y esta es nuestra razón de ser y existir: buscar con empeño al Señor del Cielo y de la Tierra y de la Mar.

Sabemos que hay un Señor digno de toda alabanza y le adoramos con un ruego a flor de labios: «¡Danos la vida perpetua!». No con regalado incienso, ni derramando sangre, ni llenos de vino, ni de manjares ahitos. —Oro, vestidos, olores, rebaños, libaciones, perlas y cosas que los hombres juzgan raras y preciosas, ante Dios son viles y pesadas moles de barro, que yacen, para El, sin estima, como inmundicias—.

Todo es de Aquel de quien somos. El tiene y dona. Nuestro, ¡nada!

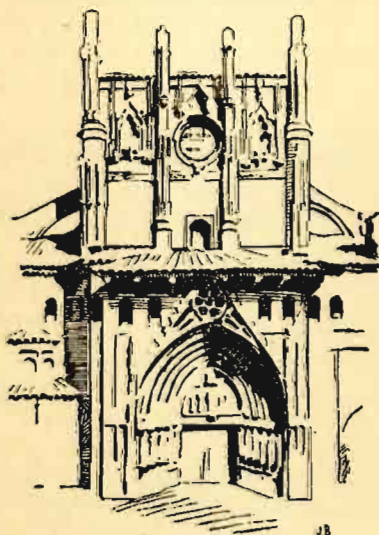
No podemos darle lo que ya le pertenece. «No quieró tus machos cabríos—dice por el profeta—, no quiero tus terneros. Míos

son los campos y la gloria del cielo, el orbe es mío y cuanto encierra. Ofrendas quiero de pechos santos, hostias de alabanza en bocas puras».

¡Cree, lector, ante todo cree y, creyente, canta al Señor con tu boca!

Loado sea Jesús Cristo en Oriencio, apóstol, poeta, obispo y santo, por los siglos de los siglos. Amén ⁵.

5. El día 14 de septiembre de 1609 llegaron a Huesca reliquias insignes de san Oriencio donadas personalmente a los síndicos del Cabildo, Concejo y Universidad oscenses por el arzobispo de Auch, previa autorización y mandato de Enrique IV, accediendo a las súplicas de un caballero natural de Zaragoza, Manuel de Donlope, gentil-hombre de la corte del rey francés. AYNSA (op. cit.) refiere con toda clase de pormenores las fiestas que, con tal motivo, se organizaron en Huesca, de carácter religioso, literario y profano.



¿UNA CITA ALTOARAGONESA EN MARCIAL?

Por MIGUEL DOLÇ

El bosque de «Boterdus».

EN la serie de topónimos hispanos—algunos de ellos extremadamente difíciles—que aparecen en la obra de Marcial y que yo he tratado de estudiar recientemente¹, hay uno, muy discutido, que a veces se ha querido localizar en el alto Aragón. Nos referimos a la localidad de *Boterdus* (o *Boterdum*), cuya desinencia de nominativo es incierta, puesto que de los dos pasajes del epigramista en que se menciona dicho topónimo, uno lo registra en genitivo y el otro en acusativo. La discusión carecería de sentido si la forma del topónimo fuera idéntica en los diversos manuscritos del poeta² que nos han transmitido los epigramas en que el nombre de la localidad parece repetirse. Pero dichos manuscritos presentan la variante que estudiaremos.

1. En mi tesis *Hispania y Marcial. Contribución al conocimiento de la España antigua* (Barcelona, C. S. I. C., 1953), especialmente p. 29 ss. y 169 ss. Véase F. BALAGUER, *ARGENSOLA*, V (1954), p. 91-92.

2. Para el problema de la tradición manuscrita de Marcial y la división de los códices en tres familias, puede verse un resumen en mi edición crítica del poeta, en curso de publicación (Barcelona, Fundació Bernat Metge), I (1949), p. XXIX ss. El primero que clasificó los códices en tres familias fué F. G. Schneidewin (Grimma, 1842); todos los editores posteriores han mantenido esta división.

Consignemos previamente los dos pasajes. La primera cita del nombre se da en la bella bucólica 49 del libro I de los *Epigramas* (vv. 7-8):

*delicati dulce Boterdi nemus,
Pomona quod felix amat;*

la segunda, en el epigrama 18 del libro XII (vv. 10-11):

*hic pigri colimus labore dulci
Boterdum...*

El libro I fué publicado, juntamente con el II en su primera edición, a fines del año 84 o a principios del 85; el XII, unos quince años más tarde, durante el invierno del 101 o en la primavera del 102. La composición I 49 fué escrita en Roma; el epigrama XII 18, en BÍLBILIS, después del retorno de Marcial a su nativa Celtiberia. Se trata de dos piezas esencialmente «hispanas»: las que reflejan con más fuerza—juntamente con IV 55—el profundo sentimiento indígena del poeta, a quien hay que atribuir, sin embargo, ascendencia romana o itálica. Con la oda I 49, que conserva vivo un eco, aun en la métrica, de la idílica felicidad que cantó Horacio en el famoso *Beatus ille*³, acompaña Marcial a su amigo y coterráneo Liciniano, que sale de Roma para BÍLBILIS. Liciniano, por otro lado desconocido, era un poeta y abogado oriundo de BÍLBILIS, un rico hacendado que poseía latifundios en Layetania, donde pasaba el invierno, entregado al bienestar y a los placeres de la caza. Reproduzcamos el pasaje entero (vv. 1-30) de la composición que nos conviene analizar⁴:

«Varón digno de la loa de los pueblos celtiberos y prez de nuestra Hispania: vas a ver, Liciniano, la enriscada BÍLBILIS, celebrada por sus caballos y sus armas, y el Cayo blanco de nieves, y el sacro *Vedauero* de cimas dentadas, y el delicioso bosque del ameno *Boterdus*, en el que se deleita la fecunda Pomona. Te bañarás en el vado tranquilo del templado *Congedus* y en los blandos lagos, morada de las Ninfas; y vigorizarás el cuerpo por éstos relajado, en el breve Jalón, que temple el hierro. Allí *Voberca* proveerá ella misma para tu mesa las piezas, que traspasarás con tus dardos sin alejarte apenas; aplacarás los serenos ardores del estío con el áureo *Tagus*, amparándote a la sombra de sus árboles. Apagarán tu ardiente sed la congelada *Dercenna* y *Nutha*, más fría que las nieves. Y cuando el blanco diciem-

3. HORACIO, *Epo.* 2.

4. Publiqué la traducción completa de dicho epigrama en ARGENSOLA, I (1950), p. 37.

bre y el desembridado invierno desencadenen los raucos mugidos del Aquilón, tornarás a las soleadas riberas de Tarragona y a tu querida Layetania. Allí inmolarás gamos aprisionados en sutiles redes y jabalíes nacidos en tus fincas, y sobre raudo caballo reventarás la liebre astuta, cedida a tu granjero la caza de los ciervos. Los leños del vecino bosque descenderán hasta tu mismo hogar, rodeado de desarrapados hijos de esclavo. Llamarás al cazador vecino e, invitado, se sentará contigo a la mesa».

El poema XII 18 va enderezado al famoso satírico Juvenal, con cuya musa iracunda fraternizó el alegre poeta bilbilitano. Desde Bilibilis, compra Marcial su vida sosegada en el campo con el ajeteo que día y noche agobia a su amigo en la Urbe. Entrégase a las prácticas de la agricultura, duerme profundamente, siéntase en torno del hogar, platica con el cazador y el colono. Véase el trozo que nos interesa (vv. 1-16) para nuestro objetivo ⁵:

«Mientras tú acaso vagabundeas sin reposo, Juvenal, a través de la vocinglera Subura, o frecuentas la colina de la soberana Diana; mientras hacia los umbrales de los potentados la sudorosa toga hincha tu vuelo, y agobian los dos Celios tu correteo; a mí, en retorno tras de muchos diciembres, me acogió y trocó en aldeano mi Bilibilis, orgullosa de su oro y su hierro. Aquí, indolente, cultivo con suave labor los campos de *Boterdus* y *Platea* — he aquí los nombres más bastos que hay en las tierras celtiberas—. Gozo de profundo y prolongado sueño, no quebrado a menudo ni por la hora tercia, reponiéndome así de cuantas vigiliás sufrí en el decurso de treinta años».

Variantes del topónimo en los manuscritos.

Si examinamos serenamente, sin prejuicios, ambos textos, habrá de sernos muy difícil, y hasta imposible, segregar el ambiente descrito y vivido por el poeta del escenario natural de Bilibilis o de sus cercanías, en la cuenca del Jalón. Por lo que se refiere al segundo texto (XII 18, 11), la lección del topónimo es invariable en los manuscritos: *Boterdum*. La rara unanimidad de los copistas en mantener intacta la grafía de un nombre para ellos desconocido, es debida sin duda a la cercana alusión

5. ...Doy la traducción, con ligeros retoques, que aparece en mi *Antología Epigramática de M. Valerio Marcial* (Palma de Mallorca, 1942), p. 89.

a unos «nombres bastos» — *crassiora nomina* (v. 12)—, que actúa directamente sobre el amanuense, impidiéndole seguir, por el sendero de la imaginación, una posible glosa que reflejaría una forma más fácil y comprensible. De este peligro no se libraron, en cambio, otros copistas al transcribir el topónimo en el primer texto (I 49, 7). Aquí, en efecto, frente a la lección *Boterdi* de los manuscritos β , los manuscritos γ adulteraron el topónimo dándole la grafía *Boleti*, forma ya combatida por Ramírez de Prado en sus comentarios del poeta.

Desgraciadamente, ninguno de los dos epigramas figura en los tres florilegios que integran la familia α , la única que a menudo da la mejor lección del texto de Marcial; sólo podemos acudir, por tanto, al testimonio de las otras dos familias. W. M. Lindsay, en su magnífica edición de Marcial ⁶, utilizó fundamentalmente para las formas de nombres propios en general los manuscritos γ , más antiguos que los β , pero plagados de errores; sin embargo, han conservado mejor los nombres extranjeros y una serie de voces griegas. G. Thiele, en su estudio sobre los nombres hispanos de Marcial ⁷, mantuvo la misma preferencia, que se puede seguir por lo que respecta a los topónimos celtiberos. Como excepción a esta regla general, hay que señalar la mencionada corrupción de *Boleti* por *Boterdi*.

Resulta difícil, en efecto, considerar el topónimo en I 49, 7 como distinto del que figura en XII 18, 11. En ambos pasajes se refiere el poeta a una localidad situada en las inmediaciones de Bilibis, tradicionalmente identificada por los traductores y comentaristas aragoneses de Marcial en las huertas de Campiel, situadas frente al cerro de Bilibis, después de la confluencia del Ribota con el Jalón ⁸. El mismo sentido literal de XII 18, 10-11 postula dicha interpretación: *Boterdi* y *Platea* designan dos lugares próximos a la actual Calatayud, donde el poeta posee unas fincas, unas parcelas de tierra labrantía. Los otros topónimos que, por decirlo así, envuelven el dulce *Boterdi nemus* de I 49, 7, pertenecen, hasta el v. 18, estrictamente a la Celtiberia; sólo a partir del v. 19 el escenario poético se traslada bruscamente, llegado el invierno, a Layetania, sector costero entre Ampurias y Tarragona, cuyas «soleadas riberas» son evocadas con evidente emoción.

6. Oxford, Clarendon, 1903.

7. G. THIELE, *Spanische Ortsnamen bei Martial*, «Glotta», III (1912), p. 257-266.

8. Sobre otras localizaciones y sobre la transcripción editorial de este topónimo, véase M. DOLÇ, *Hispania y Marcial* cit., p. 190-192.

El supuesto «Boletus».

Si, por el contrario, la mención del supuesto *Boleti* estuviera incluida en este escenario geográfico, no sería arriesgado atribuir a éste dicha localidad, que podría recordar la *Boletania*, nombre mantenido por la actual Boltaña, a la orilla del río Ara, en la zona del Cinca: Liciniano podría haber alcanzado esta comarca en sus excursiones cinegéticas. No siendo posible aquella inclusión, hay que pensar forzosamente en la identidad de los dos nombres, *Boterdum* (XII 18, 11) y *Boterdi* (I 49, 7), proclamando corrupta la forma *Boleti*. Nada nos autoriza, sin embargo, a juzgar la grafía *Boleti* de los manuscritos γ como una vulgar corrupción basada en el nombre corriente, y frecuente en Marcial, de la «seta» o *boletus*, sino quizá como una antigua anotación marginal de un copista culto, versado en topónimos hispanos, para quien sería más familiar *Boletus* que el bilbilitano *Boterdus* ⁹.

Debe descartarse, en consecuencia, la posibilidad de esta cita altoaragonesa en Marcial. Preciso es reconocer, con todo, la honesta solución de los correctores de los manuscritos γ al dar erróneamente la forma *Boleti*. Un legítimo nombre de la antigua geografía hispana debía de flotar en su imaginación: el nombre no está documentado en ningún texto literario, pero el étnico *Boletanus*, atestiguado por dos inscripciones ¹⁰, nos autoriza a suponer una localidad denominada *Boletus* (-um) o un *oppidum Boletanorum*, no lejos del monte Cillas, a unos quince kilómetros al Norte de Barbastro, en el término de Coscojuela de Fantova, donde fueron encontradas dichas inscripciones.

El nombre del poblado podría ser todavía más simple, si consideramos en el étnico *Boletanus* el sufijo -*etanus*, elemento de derivación

9. Véase THIELE, I. c., p. 262, que discute inteligentemente esta cuestión.

10. C. I. L. II Suppl. 5843: *L. Val. L. f. Gal. | Materno | Bolet. b. ext.*; 5845: *L. Val. Gal. | Materno | Boletano | M. Cor. Pompeianus amico opti...o ob merita*. Sobre estas dos inscripciones, véase F. FITA, *Inscripciones romanas de la diócesis de Barbastro*, «Bol. R. Acad. Hist.», IV (1884), p. 211 ss.; en conjunto, HÜBNER, al publicar las inscripciones, encontradas por Mariano de Pano (y dadas a conocer parcialmente por éste en «La Ciencia Cristiana», 1879), p. 939 del citado volumen del C. I. L. Véase también RICARDO DEL ARCO, *Catálogo monumental de España. Huesca* (Madrid, 1942), p. 46-47, que publica y explica todas las inscripciones aparecidas en el monte Cillas, junto a la ermita de la Virgen del Socorro. Sobre las excavaciones practicadas en este lugar en 1920, véase la *Memoria* (Madrid, 1921) del mismo DEL ARCO, especialmente p. 4.

característico de las regiones occidentales ¹¹, constituido en realidad por el elemento *-anus*, puramente latino, y el primitivo infijo *-it-/-et-/-at-* propio del Mediterráneo occidental, de valor colectivo, relacionado con el colectivo hamítico *-tan-*, que aún sobrevive en nuestros días en el colectivo bereber *-ten-*. Formada con el mismo sufijo cabe imaginar también una región llamada *Boletania*, nombre postulado por la Boltaña de hoy y no documentada hasta el año 551, en que aparece *terra Boletana*, y explícitamente en 941, en que se recuerda una *uallis Boletaniae* ¹².

Parece poco probable que el topónimo altoaragonés *Boletus* (*-um*) tenga un origen botánico relacionado con *boletus* 'seta', que quizá es un préstamo del griego *bolites*, acreditado a partir de la latinidad imperial como sustituto del término genérico antiguo *fungus* ¹³. Elemento esencial de aquel topónimo es la raíz *bol-*, a la que me referí en otra ocasión ¹⁴: hoy considero que su carácter indoeuropeo es muy sospechoso. Sin salirnos del ambiente geográfico altoaragonés, lo hallamos de nuevo en *Bolska*, el más antiguo nombre conocido de la *Oscá* romana, la actual Huesca; en el pueblo de *Bolea*, documentado sólo a partir del siglo xi bajo la forma *Boleia* o *Bolea* ¹⁵, aunque los numerosos objetos prehistóricos y de la época romana que proporciona su suelo, permiten atribuirle una antigüedad muy remota; en *Bolturina*, pueblo del partido de Benabarre. Después de examinar las características tipográficas de estas localidades, quizá puede proponerse, aunque como hipótesis meramente provisional, el significado de «cerro» para aquella raíz, de origen desconocido.

Dicha base parece gozar de gran extensión en la cuenca del Mediterráneo, si es lícito aducir aquí los nombres de varias ciudades de Italia,

11. Véase G. DEVOTO, *Storia della lingua di Roma* (Bologna, 1944), p. 43; J. WACKERNAGEL, *Zu den lateinischen Ethnika*, «Archiv f. latein. Lexicogr. und Gramm.», XIV (1905-1906), p. 1-24, especialmente p. 18, sostuvo la dudosa teoría de que el sufijo *-itanus* pasó al latín por influjo de la lengua ibérica y otras emparentadas con ella.

12. Véase FITA, l. c., p. 218; HÜBNER, op. cit. Desde el siglo xi hallamos registradas las formas *Boltana*, *Boltania*, *Boltanna*, *Boltanya* y *Boltaya*: véase J. SALARRULLANA Y DE DIOS, *Documentos correspondientes al reinado de Sancho Ramírez*, I (Zaragoza, 1907), p. 4, 19, 21, 26, 49, 86, 93, 99, 105, 113, 116, 134, 140, 164, 177, 201.

13. Véase A. ERNOUT-A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine* (París, Klincksieck, 1939), s. u. *boletus*; W. MEYER-LÜBKE, *Romanisches etymologisches Wörterbuch* (Heidelberg, Winter, 1935³), 1193.

14. M. DOLÇ, *Los primitivos nombres de Huesca*, ARGENSOLA, II (1951), p. 153-165, especialmente p. 164. Una crítica de este artículo por N. LAMBOGLIA, en «Riv. di Studi Liguri», XVIII (1952), p. 108.

15. Por ejemplo, en 1097, en un documento de Pedro I, publicado por ANTONIO UBIETO, *Colección diplomática de Pedro I* (Zaragoza, 1951), p. 257; anteriormente, en 1085, en otro de Sancho Ramírez: véase SALARRULLANA, *Doc. cit.*, p. 85.

Grecia y Europa meridional: entre ellas, *Bola*, ciudad del Lacio (cf. nuestra *Bolea*); *Bolentium*, en la Panonia superior; *Bolina*, en el Peloponeso; *Bolissus*, en la isla de Quíos ¹⁶. El panorama de las posibilidades comparativas se ensancha sensiblemente al pensar en la facilidad de relacionar la raíz *bol-* con la raíz *vol-*, dada la confusión de *b* y *v*, a partir del siglo I después de Jesucristo, en posición intervocálica o inicial después de palabra terminada en consonante ¹⁷. El paralelismo es tentador y, de momento, aceptable. Ya señalé antes ¹⁸ la casi segura relación entre el nombre del pueblo itálico de los *Volsci* y el topónimo *Bolska*. Con estos radicales hay que enlazar el nombre de los *Volciani*, pueblo del Norte del Ebro ¹⁹; en la Galia Narbonense existieron los *Volcae*; entre las ciudades de Italia, recordemos *Volci* y *Volcei* ²⁰. Nos encontramos sin duda ante una segura base de exploración, para dilucidar el sentido de una interesante raíz toponímica y étnica floreciente en el alto Aragón.

16. Documentación sobre estas ciudades en M. BESNIER, *Lexique de géographie ancienne* (París, Klincksieck, 1940), p. 138-139.

17. Véase M. NIEDERMANN, *Précis de phonétique historique du latin* (París, Klincksieck, 1940), p. 117.

18. M. DOLÇ, *Los primitivos nombres de Huesca* cit., p. 160.

19. Cf. TITO LIVIO, XXI 19, 6.

20. Documentación sobre estos nombres en BESNIER, *Lexique* cit., p. 823.



COMENTARIOS

VIDA RELIGIOSA DE LA VILLA DE BOLEA (SIGLOS XVI-XIX)

EXPONENTE magnífico y significativo de la vida religiosa de esta villa son las dieciséis iglesias que tenía erigidas dentro de su término municipal.

La iglesia parroquial, situada en lo más alto de la población, como madre de todos, vigila amorosamente y cobija los edificios de la feligresía teniendo mezclados entre ellos las ermitas de San José, Santo Tomás y de la Soledad, más el oratorio semipúblico de San Joaquín.

En las afueras, y como formando un valladar o cinturón de fe y religiosidad, se encuentran las ermitas de Nuestra Señora de la Capilla o Virgen de Mueras, de San Pedro, San Pablo, San Esteban, Santa Cruz, San Bartolomé y San Jorge, y, ya en vanguardia, las de Nuestra Señora de Garisa, Santa Quiteria, San Cristóbal, San Andrés y de la Santísima Trinidad. Hoy no quedan al servicio del culto más que la Parroquial, de la Soledad, Virgen de Mueras, oratorio de San Joaquín, Santa Quiteria, San José y de la Santísima Trinidad.

De todas ellas vamos a ocuparnos en el presente trabajo valiéndonos de los datos recogidos en la investigación del «Libro de Mandatos» que se conserva en este archivo.

IGLESIA PARROQUIAL.—Edificio suntuoso, de tres naves y de estilo gótico de la tercera época. Actualmente tiene nueve altares: el mayor; el de Santiago Apóstol, cuyo altar fue de los Diestes, pues así consta por la facultad que les concedió de fabricar la capilla y altar y construirse un carnerario o cisterna, don Diego Gómez, prior de la catedral de Huesca, arcediano de Sobrarbe, vicario general y visitador del aba-

diado y monasterio de la Real Casa de Montearagón por el reverendísimo doctor don Juan de Urríes, dignísimo abad de dicho monasterio, al doctor don Diego Dieste, maestro en Sagrada Teología, enfermero mayor del monasterio de Montearagón y canónigo de la metropolitana de Zaragoza y a sus dos hermanos don Juan y don Pedro Dieste; el de San Sebastián, en cuya base hay unas tablas de valor artístico; el de Nuestra Señora del Pilar, de cuya capilla nos ocuparemos más tarde; de San Vicente Mártir; de Santa Bárbara; de la Crucifixión del Señor; de Nuestra Señora del Rosario y del Sagrado Corazón de Jesús.

El más rico y digno de ser contemplado es el mayor: precioso retablo compuesto de dieciocho tablas pintadas por Pedro Aponte. También son notables el de Santiago por sus imágenes de alabastro, y el de San Sebastián, por las pinturas ya citadas; no son menos notables los de Nuestra Señora del Rosario, del Pilar y de la Crucifixión, por su rico dorado.

El templo está dedicado a la Santísima Virgen en su Concepción Inmaculada y lleva el título de Santa María la Mayor, título que aparece ya en los documentos de la Edad Media, expresándose también en la santa visita que hizo el obispo de Huesca don Fernando de Sada y Azcona, el 29 de septiembre de 1659. El obispo de Huesca don Diego de Monreal, en visita del 14 de mayo de 1595, la llama iglesia «so la Invocación de Nuestra Señora», y más tarde, don Gerónimo, prior chantre de la Seo de Huesca y visitador del obispado, pone «so la invocación de Nuestra Señora de la Asunción».

No siempre hubo los mismos altares y capillas. La capilla en la que actualmente está la pila bautismal, cerrada con verja de madera, era de Santa Catalina, y el patrono tenía allí el derecho de sepultura. El muy caritativo obispo de Huesca don Cayetano de la Peña, en visita del 29 de abril de 1792, mandó que se desocupara dicha capilla y se trasladara a ella la pila bautismal situada hasta entonces a los pies de la iglesia en un rincón de la entrada por el lado del cementerio; del retablo y demás enseres no se conserva nada actualmente.

En el lugar que ocupa hoy el altar del Sagrado Corazón de Jesús estuvo el altar del señor san Diego, según consta por haber constituido patrón de dicho altar y con derecho a enterrarse con sus familiares a don Martín Juan Garcés, el ilustrísimo señor obispo de Huesca don Pedro de Gregorio Antillón, el cual concedió cuarenta días de indulgencia a cuantos rezaren devotamente ante este altar.

En la sacristía hubo un altar tras sagrario cuyo retablo de tablas doradas costaron dieciocho libras jaquesas; en pintar el nicho o capilla se gastó más de cincuenta libras; hoy sólo quedan restos de las tablas

y un sagrario toscamente labrado. El señor obispo don Cayetano, para evitar conversaciones e irreverencias de hombres y mujeres que entraban a la sacristía, mandó quitar el reservado y ser llevado al sagrario antiguo del altar mayor; pero, por estar muy elevado, permitiósse que hiciese otro colocado en la mesa-altar. Ya entonces había Santísimo reservado en la capilla de Nuestra Señora del Rosario donde se administraba la comunión a los fieles. Este mismo señor obispo mandó quitar los altares colaterales de Santa Quiteria y derruir, por ruinosas, las ermitas de San Jorge, San Pedro y San Pablo, ordenando llevar las imágenes a la iglesia parroquial.

Había también un altar dedicado a san Miguel, según se desprende de un mandato del prelado de Huesca don Antonio Sánchez Sardinero.

El coro tiene su facistol con cajones o pequeños armarios para dejar los hábitos de coro los capitulares; tiene una fila de veinticuatro sillas; el asiento de la silla central, que estaba reservada exclusivamente para el señor obispo, lleva labrada una cabeza de ángel con alas y en cada una de las tablas que separa las sillas hay un rosetón a cada lado con figuras de hombres y animales y flores labrados; hay una segunda fila inferior de bancos ordinarios fijos.

Tiene también la iglesia un hermoso órgano que hoy está inservible; ya en 1754 tuvo que ser arreglado. En este mismo año fue mandado hacer un monumento de perspectiva que es el que actualmente se usa; fue mandado hacer en 1750 por el visitador don José Carrillo de Albornoz, para que no se hiciese, como hasta entonces, con «rosas caseras». También fue mandado hacer en esta visita un biombo para la puerta principal.

En enero de 1603 se hizo la obra de la lonja de la iglesia por el cantero Domingo Villabona, cuya obra costó 11.823 sueldos jaqueses, que pagó el concejo de la villa.

RÉGIMEN DE LA IGLESIA COLEGIAL.—Estaba regida esta iglesia parroquial por un capítulo eclesiástico que lo componían diez individuos: un vicario, que era el párroco de la iglesia, y nueve racioneros; el más antiguo de ellos era el prior; o sea, que había nueve raciones llamadas: de Santo Tomás, de San Pedro, de Nuestra Señora de Mueras o Virgen de la Capilla, primera de Capiscolía, segunda de Capiscolía, primera del prior Aguilar, segunda del prior Aguilar, primera de Graneruelo y segunda de Graneruelo.

Este capítulo percibía las décimas en todos los frutos y especies llamadas de Graneruelo, que son ciertas posesiones y heredades de la

misma. También las décimas del castillo y monte de Guadasespe y además las primicias. Además, por vía de décimas, la dozava parte de las décimas de Bolea, de Esquedas, del monte de Anzano y Castejón de Becha, de los lugares de Montmesa, Ortilla y Pardina de Fornillos y monte de Almudévar, sacando de las de Bolea la cuarta parte libre para el monasterio y real casa de Montearagón. Sobre las décimas y demás que fueron del priorato, ya extinguido, tenía el capítulo las siguientes cantidades de dinero: 110 libras jaquesas por distribuciones de las horas canónicas que canta cada día (Tercia, Misa conventual, Vísperas y Completas) y algunos maitines y otras horas entre año; seis libras jaquesas por comuniones, procesiones y salves de todos los sábados; una libra y diez sueldos por vestuarios; todo a repartir en partes iguales.

La dignidad del priorato de Bolea fue suprimida por san Pío V, aplicando algunas partes de sus rentas a la maestre-escolía, de Huesca, y al colegio imperial y mayor de Santiago, de Huesca; y en 1584 aplicó su santidad Gregorio XIII las rentas que faltaban que aplicar del priorato extinto a la capellanía mayor y real de la catedral de Huesca, al convento de Loreto de dicha ciudad, a las monjas de Santa Clara, a las capellanías y vicaría del lugar de Siétamo. Por no prolongar excesivamente el presente trabajo no se expresan otras muchas decisiones ordenadas en la bula de Gregorio XIII sobre rentas del capítulo de Bolea.

Tenía además este capítulo otras muchas fundaciones como, por ejemplo, la Misa conventual y Aniversario campanudo del día de san Demetrio, más catorce salves al año, dos el día del Corpus y una cada mes del año aplicadas por Demetrio Lorés, canónigo de Valencia, en agradecimiento a las grandes dádivas que tiene regaladas a la iglesia de Bolea.

En distintos mandatos ordenados en visita girada por algunos preladados, se dictan normas para la conducta de los capitulares en la iglesia y costumbres personales de los moradores de la villa. Reseñaremos algunas de ellas: Fr. Belenguer de Bardaxí (1608-1615), don Cayetano de la Peña (1790-1792), don Pedro Gregorio de Padilla (1715-1734) y don Antonio Sánchez Sardinero, entre otros, dieron las siguientes: que los sacerdotes no celebren sin sotana, a no ser que sea pasajero; que no tomen tabaco en el coro; que no entren sin sobrepelliz y almuza, hagan reverencia y se sienten cada uno en su silla sin recostarse, sin leer cartas, sin pasarse a otro lado para hablar, que no permitan entrar en la sacristía, menos a mujeres, para comulgar ni tener en ella conversaciones o reuniones para evitar irreverencias; que no desamparen a los enfermos después de oleados, que se enseñe la doctrina cristiana a los feligreses y que se examine de doctrina a los desposados y a los que

van a cumplir con parroquia; ni tampoco sea admitido maestro de escuela sin haber sido examinado de doctrina; que se tengan conferencias cada mes, a las que han de asistir los seminaristas so pena de que no serán admitidos a nuevas órdenes los que no asistan; que celebren capítulo los viernes bajo la presidencia del vicario; que celebren la misa de caridad todos los jueves de cada semana; que todos los sábados celebren una misa muy temprano para que los feligreses no pierdan la misa ni el trabajo; que, durante el Oficio Divino, no salgan por la puerta de la capilla de San Sebastián para exonerar el vientre, ya que los capitulares tienen sus letrinas nuevas; que no se confiesen en el coro; que, desde Santa Cruz de mayo hasta la de septiembre, se celebre misa de alba y después se explique un punto de catecismo y se lean los actos de fe por el que celebra la misa. En 1670, el canónigo que hace la visita manda al vicario que «declare» el Santo Evangelio al pueblo los domingos y fiestas principales; pero en 1700, en vez de que se declare, dice se «explique» el Evangelio; que en las cruces de los altares se ponga en bulto o escultura la figura de Cristo; que el capítulo no gaste sus fondos en sostener pleitos.

El capítulo de Bolea tuvo un pleito con el abad de Montearagón sobre el destino de algunos trehudos y censos. También tuvo otro con los religiosos del santuario de Loreto, sobre algunos censos que habían de cobrarse de la villa. Tuvo otro con los religiosos de la casa hospicio e iglesia de la Santísima Trinidad, los cuales, al parecer, no se avenían a ayudar en algunos ternos de las fiestas de la parroquia de Bolea, pidiendo el capítulo y el concejo si habían de conservarse en dicha residencia, ya que el pueblo les había dado la vecindad y una porción de tierras muy considerable para su sustento, arándolas, sembrando y segando las mieses a expensas de la villa y entregando los frutos libremente a los religiosos. Este pleito fue presentado para que, como árbitros y amigables componedores, lo resolviesen los doctores don Juan Francisco de Dios, canónigo de la Santa Iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y Juan Antonio de Tena y Bolea, infanzón; los cuales, vistas y oídas las razones de ambas partes, resolvieron que en la casa e iglesia de la Trinidad no viviesen más que tres religiosos sacerdotes y dos legos, que uno de los religiosos sacerdotes haya de estar continuamente en dicho hospicio por si algún vecino de la villa quisiera confesar para su consuelo, y otro obligación de ir a la parroquia los días de Pascua, fiestas de la Virgen y días de jubileos también para confesar, y a los habitantes de la villa que no puedan entablar nuevo pleito en adelante. Los religiosos que entonces residían, pertenecían a la orden y religión de servitas o esclavos de la Virgen, y se resolvió el día 22 de agosto de 1676.

Respecto de las costumbres para los feligreses y velando por el decoro del culto se dieron las normas siguientes: prohibido a los seglares entrar en el coro con el pelo atado o llevando redes y berretines de colores; que se guarde completo silencio en la iglesia; que no entren en el coro más que los que han de cantar; que no ocupen las sillas de los capitulares, a no ser que se trate de personas de alta política a los que el capítulo invite a ocuparlas; que no se tengan reuniones en la puerta de la iglesia con músicas, cantos y conversaciones, ni se juegue mientras la misa; que no se trabaje en domingo ni días de precepto, ni aun para hacer cargas de leña, bajo pena de pagar cuatro libras de cera; que no se «secuestren» a las mujeres con fines de matrimonio ni se hagan cerradas en bodas de viudos.

Tenía el capítulo 48 constituciones hechas por mandato del obispo señor Sánchez Sardinero, ordenándoles que, para confeccionarlas, tomen modelo de las de Ayerbe o Almudévar, bajo pena de 25 escudos para el seminario de la Xarea; antes se regían por convenios particulares entre el prior, vicario y racioneros.

Las vacantes de raciones se proveían a voluntad del señor obispo, si vacaban, en los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre, menos las del prior Aguilar que debían proveerse entre los naturales de Bolea ordenados más antiguos y, si no hubiese nadie, entre los hijos de Montmesa y Ortilla, por ser sus décimas del priorato de Bolea. Las vacantes de los otros ocho meses eran de provisión de Su Majestad, mediante concurso general entre los naturales de Bolea, elevando el prelado, ante quien se hacía el concurso, una terna.

El celo vigilante de los prelados y la conducta ejemplar de los capitulares en las solemnidades religiosas y costumbres personales surtieron su efecto saludable en los feligreses, como prácticamente se demostró con las numerosas fundaciones y legados que los fieles hicieron en favor de la iglesia (así consta en el libro de ellas que se guarda en el archivo); su fe en los momentos culminantes de la vida. Al final de las listas de confesados pone el vicario esta nota: «No me consta que haya quedado nadie sin cumplir ni hay pecado público alguno en esta parroquia», y así debía ser, pues, en una ocasión, el concejo y personas notables de la villa elevaron protesta ante la sentencia de la Audiencia de Aragón que condenaba a una quondam de Bolea por el pecado de hechicería y maleficio, certificando de su moralidad y de haberla visto frecuentar los Sacramentos.

PROCESIONES.—Son también fruto excelente las procesiones, y éstas eran las siguientes: las de los terceros domingos de cada mes (Minerva);

las tres de letanías a la ermita de San Pedro, a San José y a la Virgen de la Soledad en Santo Tomás; el día de San Gregorio para bendecir los términos; el día de Santiago; el día de San Urbez; a Santa Quiteria; a San Esteban; a la Trinidad. Esta procesión, en vez de hacerla el día de Pentecostés, como ya estaba allí fundado en «1618» el monasterio de Agustinos Recoletos, se hacía el primero o segundo domingo de septiembre. El día de san Marcos se iba a la ermita de San Esteban y también a Nuestra Señora de Garisa, volviendo por la de San Nicolás. Mencionaremos también las de rogativas que pide la villa como, por ejemplo, el día de san Sebastián, en el que su cofradía, por agradecimiento de haber librado el santo a la villa de muchas enfermedades, pagaba 25 reales por la fiesta. Las procesiones a Santa Quiteria, San Esteban, Trinidad y San Jorge, las suprimió el obispo de Huesca don Pedro Gregorio Antillón.

COFRADÍAS.—Otro fruto son las cofradías, llegando a haber instituidas veinticuatro; la más antigua parece ser la de Nuestra Señora «so la invocación de Nuestra Señora de la Soledad y angustias de ella», que fue fundada el 6 de marzo de 1587; notable también la de San Antonio de Padua, fundada por los «caballeros» hijosdalgo e infanzones de la villa, quienes expresan el motivo de instituir la con estas palabras latinas: «Congregavit nos in unum Antonii Amor»; muy espirituales la del Santísimo Sacramento de Minerva y la de San José, cuyos cofrades expresan el motivo de fundarla recordando las palabras de David: «Mirad que buena cosa es estar y habitar los hermanos en un amor y caridad».

Los objetos de culto procedentes de donaciones y legados eran: siete cálices de plata y uno de bronce, tres custodias de plata, dos cruces grandes de plata sobredorada, una de ellas con asta de plata y también llevaba una cuatro escudos grabados; un palio con pasos de la Pasión bordados en la cenefa. También es muy notable un libro de difuntos cuyas hojas y cubiertas son todas de pergamino fino; lleva el permiso de editarlo la tipografía de Mariano de Larrumbe, de Huesca, con fecha 1765, y un misal romano, edición francesa, impreso en Lyon el 29 de noviembre de 1660 cuya licencia dice así: «Soit fait conformément aux conclusions du Procureur du Roy, ce dix Setieme Juin 1663» y la firma Du Sauzey.

LEGADOS.—Había uno de 400 libras jaquesas con destino a casamiento de las doncellas y pago de estudios de los descendientes de Martín Juan, José y Catalina Cabrero, hermanos del fundador Fr. José

Plácido Cabrero, abad del real monasterio de Nuestra Señora de la O, cuyo fundador tenía también un hermano monje en el mismo monasterio llamado Martín Plácido Cabrero.

CAPELLANÍAS.—Había tres capellanías laicales fundadas, dos en la iglesia parroquial y una en la ermita de Santo Tomás. La capellanía del Rosario, fundada en la iglesia parroquial de Bolea a servicio de misas, por la quondam Paciencia Bernués, viuda del quondam Martín de Nisarre en 18 de febrero de 1683 y cuyos patronos debían ser el prior, vicario y racioneros de Bolea, para que ellos pudieran nombrar capellanes a los descendientes de Martín Juan Garulo, del lugar de Aniés; dotada de abundantes rentas, tenía de congrua 107 libras jaquesas anuales con obligación de celebrar 208 misas al año.

La capellanía o beneficio del Pilar en la iglesia parroquial, fundada por el licenciado Orencio Solana, racionero de la parroquial, en la capilla y altar suyo bajo la invocación de Nuestra Señora del Pilar, libre, franca e inmune de cualquier carga eclesiástica o secular, cuyo fundador se nombró a sí mismo el primer capellán; tenía obligación de celebrar dos misas semanales: el miércoles y el sábado; ha de residir perpetuamente en la villa, pudiendo tomarse un mes de vacación; la caridad para cada misa era de tres sueldos de plata.

La capellanía de la Transfiguración del Señor, establecida en la iglesia de Santo Tomás o de la Soledad, fundada por Juan de Sarasa, con obligación de celebrar dos misas semanales: martes y viernes; tiene de capital 600 sueldos dineros jaqueses, buena moneda corrible en Aragón y tiene de congrua 30 sueldos anuales.

HOSPITAL.—Noticias de 1595 nos hablan de un hospital, heredero, sin duda, del que existió ya en la Edad Media ¹, situado en donde hoy está la iglesia de San José, pues en este mismo año el prelado manda al justicia, prior y jurados hagan cuadras o aposentos en el hospital para que no estén juntos los hombres y mujeres y, entre tanto, que los hombres estén en el patio. No se llevaba, al parecer, muy bien la administración, ya que en 1723 el prelado manda a los regidores y patronos del hospital compren colchones y sábanas con lo que cobraban del Monte Pío. Las rentas principales de este hospital eran: 202 sueldos, una fanega y un cuartal de trigo; además, el año 1696 Vicente Sevil dejó en testamento 300 libras jaquesas para mejoras del hospital; por otro lado, estaba el legado del prior Aguilar de 100 cahices de trigo,

instituído el 13 de mayo de 1570, otorgado ante el notario Diego Clemente, para prestar a pobres; tenía este hospital la iglesia de San José y también su cementerio.

CEMENTERIO.—Como se sabe, hubo un tiempo en que algunas personas se enterraban en las iglesias y otros en el cementerio común. En la iglesia parroquial de Bolea había 40 familias con derecho a sepultura en la iglesia, entre las que se contaban los Villarreales, Garcés, Nisarres, Diestes, etc. El cementerio común era el montículo junto a la iglesia parroquial, al que se salía por la puerta que está al pie de la iglesia junto al baptisterio. Estuvo muy descuidado, pues en 1790 don Cayetano de la Peña, obispo de Huesca, mandó cercarlo, descabellar o peinar el montecillo que está por donde se va a la balsa, cavar un hoyo en donde se recojan los huesos diseminados para que no los demuelan o conculquen los cebones y otros animales inmundos. El derecho de sepultura en la iglesia cesó por real cédula de 1787, para que no se enterrasen más que los que tenían derecho antes de publicarla.

También tenía cementerio la ermita de Mueras, pues había sido templo parroquial de un pueblo pequeño allí situado y del que en 14 de febrero de 1652 aún quedaban cuatro casas.

El culto en la iglesia parroquial estuvo suspendido, por estar en obras, desde fin de enero de 1882 hasta el 30 de enero de 1883, siendo habilitada como parroquia la ermita de santo Tomás; el primero bautizado en ella fue Julián Banzo Pérez y el último Juana Bailo Villa.

Para terminar, diremos que la villa de Bolea tuvo dos fechas de gran honor: una el 5 de enero de 1641 por haber recibido y tenido en ella durante unos meses el colegio de Santiago, de Huesca, mientras duró la gran peste que fue tan horrorosa que en la catedral sólo quedaron cinco prebendados; todavía más horrorosa que la que tuvo lugar en 1614, en la que perecieron 1.200 personas y el obispo, Fr. Belenguer de Bardaxí, daba de comer diariamente a 1.500 pobres en lo que llamamos mandato.

La otra fue en septiembre de 1609, pues consta que el 24 y 25 de dicho mes del citado año estuvieron en Bolea las reliquias de san Orenco que venían de Auch (Francia) de donde había sido obispo; venían con ellas el señor obispo de Jaca, la comisión de Huesca que las fue a buscar a Auch, dos capellanes y cuatro monjes; el 26, después de haberse celebrado grandes fiestas en la villa, salieron para Huesca, y de Bolea las acompañaron tres síndicos nombrados por el concejo de la villa ².

Con resultar tan extensas y abundantes estas notas, queda mucho y muy interesante que decir según libros y legajos de este archivo consultados para este trabajo, y daría materia para otros más, de esta índole, a los que, Dios mediante, no renunciamos.

VICENTE ARNAL

F U E N T E S

Libro de Mandatos del archivo de Bolea.

Libro o Legajo de mosén Simeón Belenguer (archivo).

Cuadernos de cofradías, capellanías, treudos y rentas (ibid.)

1. FEDERICO BALAGUER, *Bolea en la época de Ramiro II*, en ARGENSOLA, t. III, n.º 12, p. 352.
2. FRANCISCO DE AYNSA, *Traslación de las reliquias de San Orencio* (Huesca, 1612).

ALEJANDRO OLIVAN

UNO de los primeros montañeses que en el siglo pasado abandonaron los riscos pirenaicos aragoneses, a cuyo cobijo nacieran, para medrar y triunfar en la tierra baja del Ebro o en el ápice de la Meseta, fue Alejandro Oliván, escritor punto menos que desconocido, filósofo, tratadista de agricultura y de derecho administrativo, humanista y gramático, y, de añadidura, político sano y honrado, y hasta público detractor de las corridas de toros, como simpatizante con las nacientes sociedades protectoras de animales y plantas.

Gómez Uriel, en la refundición de las bibliotecas antigua y nueva de los escritores aragoneses, del bibliógrafo Félix de Latassa, en 1884, añadió de su cuenta—y hay que alabarle por ello—una leve biografía del Oliván político y funcionario, mas sin referirse al escritor, y sin dar la lista completa de sus producciones, y ni siquiera el año de publicación de las tres que menciona, demostrando que no las conoció. Con todo, los datos que trae Gómez Uriel son valiosos, y los voy a resumir como un escueto *curriculum vitae* de Alejandro Oliván.

Nació en Aso de Sobremonte, lugar del partido de Jaca, situado entre dos altas montañas en la margen derecha del río Gállego, el día 28 de febrero de 1796. Estudió en un internado francés de Soréce. Tomó parte en la guerra de la Independencia como alférez de artillería. Fue oficial del archivo del Ministerio de Guerra. En 1828 emigró a Francia huyendo de la represión absolutista de Fernando VII. Se repatrió, y detenido en la frontera, ingresó en la prisión de Zaragoza, de donde salió en 1825. En 1828 se fue a La Habana en comisión oficial, y a otros países para estudiar la elaboración y la refinación del azúcar.

De regreso a Madrid fue nombrado secretario de la comisión encargada de la reforma de la Enseñanza y secretario de la sección de Indias del Consejo Real. Fue diputado por la provincia de Huesca. En 1836 era subsecretario de Gobernación. Al triunfar la sublevación del sargento García, emigró al extranjero, y después se restituyó a su cargo. Fue designado director general de Estudios. En 1840 atacó en el Parlamento la ley de Ayuntamientos. Al triunfar la Revolución se instaló en París. En 1843 regresó a España al conseguir el poder el partido moderado. En 1847

fue ministro de Marina. El día 19 de marzo de este año ingresó en la Real Academia Española como individuo de número. Dimitió el cargo de ministro y se retiró de la vida pública, después de haber representado en el Congreso y en el Senado a diferentes distritos, de haber pertenecido al Consejo de Instrucción Pública, al de Agricultura, Industria y Comercio, a la Sociedad General de Minas como presidente, a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando como académico de honor, adscrito a la sección de Arquitectura, desde el 11 de julio de 1838, y a la de Ciencias Morales y Políticas. Falleció en Madrid el día 14 de octubre de 1878.

A estas noticias, que he completado con otras y fechas, puedo añadir que Oliván fue periodista, fundador y director de «El Orden», de tendencias moderadas; pero abandonó esta profesión para entregarse al estudio de las cuestiones económicas, de las leyes agrícolas y de los asuntos de la administración pública. Presidió el Ateneo de Madrid. En el Senado, siendo presidente del Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio, presentó un proyecto de ley para suprimir en España las corridas de toros. El Gobierno se opuso, llevando su voz en el debate el conde de Toreno, y el propósito de Oliván no tuvo eco, a pesar del tesón que en ello puso nuestro aragonés, imbuído de las ideas de ultrapirineos. A los pocos meses murió.

Dos años antes, el 20 de marzo de 1836, firmaba un trabajo titulado *De locuciones viciosas y de la filosofía flamante*, impugnando a Darwin, a Haeckel y a Krause a través de Sanz del Río, y hacía profesión de fe religiosa a la española: «Los españoles han creído, y a ello debe España principalmente sus glorias históricas. Cuando se les ha preguntado la causa de un hecho inexplicable en lo humano, su sencilla contestación ha sido: «Porque Dios quiere». No soy ningún fanático; soy hombre de orden, de razonada y posible libertad y de verdadero progreso. Lo mismo pensaba en los años juveniles al empezar mi carrera, que recuerdo con placer fue en el Cuerpo de Artillería durante la guerra de la Independencia. Ya se comprenderá que a estas horas, la carrera la doy por sustancialmente terminada».

Este fue, acaso, el último trabajo científico que salió de la pluma de Alejandro Oliván. Conozco del autor, además, el *Manual de Agricultura*, al que precedió una *Cartilla agraria* para las escuelas elementales. Lo publicó en 1849, y fue premiado en concurso público, con derecho a servir de texto en las Escuelas Normales y en las inferiores. En 1857 lo reimprimió, con alteraciones y mejoras, y también fue aprobado por el Gobierno, a consulta del Real Consejo de Agricultura, Industria y Comercio, y en 1875 ¹ salió una tercera edición corregida y aumentada. «En las escuelas, en las conferencias de los agricultores y en los campos

podrá juzgarse de su acierto y oportunidad», se dice en la advertencia preliminar. Esta obra contribuyó al progreso de la industria rural en España. Es muy interesante el último capítulo, que da reglas de conducta para el agricultor; encantador breviarío.

Otra producción más importante, que ahora se está aireando con elogio, es: *De la administración pública con relación a España*, que el autor había incluido antes en el tomo IV de la *Enciclopedia española del siglo xx* en forma de artículo. Cediendo a consejos de sus amigos, Oliván lo publicó por separado, con algunas variaciones.

En «Revista de España e Indias»² escribió sobre gramática, en discusión con don Antonio Alcalá Galiano, quien había trazado un artículo sobre algunas locuciones viciosas, tratando también del uso del *le* y el *lo*. Oliván elaboró su alegato en un balneario. Galiano no replicó. «Poco después tuve la honra de ser admitido en la Academia Española; y como por entonces los discursos de recepción no aspiraban a la importancia y encumbramiento que alcanzan en la actualidad, me reduje a reproducir la parte de lo publicado en la «Revista» referente al tercer pronombre personal, como asunto propio del Cuerpo custodio y moderador del idioma castellano».

En «Revista de España»³ insistió en el tema bajo el título *Discusión gramatical*, enfrentándose con un desafortado literato chileno, José María de Bassoco, quien había impreso folletos contra la Academia Española, Andrés Bello y Oliván, tildándolos de «loístas» (por el empleo del pronombre *lo*, y no del *le*). En este trabajo escribió Oliván: «Por mi parte, no acostumbro hacerme el sordo cuando se me dirige un reto, y menos si viene acompañado de la acrimonia que campea en el estilo del impugnador ultramarino». Al principio del artículo, Oliván nos entera de que en una sola sesión pública habían sido recibidos por la Academia Española, Nicomedes Pastor Díaz, Juan Eugenio Hartzenbusch y él, y a cada uno de los tres contestó en un mismo discurso el director don Francisco Martínez de la Rosa. Y al final se dirige a su contradictor: «El señor Bassoco se quedará en sus trece, pero acaso reflexionará. Volverá de sus inmotivados y, al parecer, geniales acaloramientos, y por lo menos caerá en la cuenta del carácter propio de la discusión literaria y del tono de cultura y dignidad que debe reinar en ella; reconocerá la diferencia entre sus dentelladas agresivas y mis alfilerazos defensivos; y escuchando la voz de su conciencia, se resignará a aplicarse, aun cuando fuese a manera de ventosa, la moraleja de aquello de

Y advierte que es desati-
siendo de vidrio el teja-
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-».

En la misma revista ⁴ Oliván publicó un artículo sobre locuciones viciosas, el cual aclaró en un folleto impreso el año siguiente bajo el título mixto *De locuciones viciosas y de la filosofía flamante*. Por una parte, se sinceraba de que solamente pretendía, no «corregir al descabellado lenguaje del vulgo, lo cual sería obra de nunca acabar, sino meramente de rectificar errores y deslices en que suelen incurrir escritores, y aun hablistas, por inadvertencia y mala costumbre»; no «restablecer en su pristino vigor y prosodia a todas las voces griegas y latinas, que forman el fondo del castellano. Lo autorizado y consagrado por el uso constante de doctos e indoctos; tiene ya su carta de naturaleza, o siquiera cédula de vecindad... El dique es contra distracciones en la pronunciación, o equivocaciones de sentido en voces nuevas o recientes, y a veces también contra viciosa pronunciación o aplicación de las antiguas en el seno de la buena sociedad». A continuación de este primer capítulo del folleto, en cuatro más la emprende contra «la filosofía romancesca, que quiere ponerse en moda» (la racionalista).

He aquí el precedente de Mariano de Cavia, entrambos aragoneses. Oliván llegó a ocupar la silla (letra J) de la Academia Española; Cavia no se sentó en la suya (letra A).

No conozco el *Ensayo imparcial sobre el gobierno de Fernando VII*, que Gómez Uriel afirma escribió Alejandro Oliván. Como humanista, lexicógrafo y gramático, nuestro coterráneo mereció ser admitido por la docta corporación que limpia, fija y da esplendor al idioma. Y en la de Ciencias Morales y Políticas, como filósofo y tratadista de Agricultura y de Administración pública.

Azorín ha comentado con brevedad ⁵ el *Manual de Agricultura*, de Alejandro Oliván, y afirma: «Así se escribe». Pero para mí, es más expresivo, ágil y preciso el estilo del alegado folleto de 1876 sobre locuciones y filosofía, precisamente por ser, acaso, el último trabajo suyo. Con él le bastó para tener un puesto de honor en el Walhalla aragonés de prosistas.

RICARDO DEL ARCO

1. Imprenta de Rafael Anoz, calle del Factor, n.º 14; librería de Hernando, Arrenal, n.º 11.
2. De 1846, núms. 23 y 24.
3. De 1876, n.º del día 13 de junio.
4. Número del 28 de diciembre de 1875.
5. «A B C» del día 15 de febrero de 1955.

EL CASTILLO DE FAÑANAS HASTA EL SIGLO XIV

LOS CASTILLOS EPISCOPALES DE HUESCA.—La organización interior o económica de la Iglesia, en los primeros siglos de la Reconquista, apenas tiene puntos de contacto con la moderna. Toda iglesia era propiedad particular, del rey, monasterio o persona cualquiera, que fundándola la dotaba de bienes, engrosados más tarde por aportaciones voluntarias u obligatorias de los fieles. Estas propiedades pasaban a título de arriendo a favor de un sacerdote, encargado de ellas.

Sólo a partir de 1059, concilio de Letrán, la Iglesia lucha por conseguir una organización que la hiciera independiente del poder civil y desligara esta mezcla de la propiedad y administración civil con la jurisdicción eclesiástica.

Pero como contrapartida a todo esto, no era menor la ingerencia de lo eclesiástico en lo civil, en esta época de formación del Estado.

El obispo, al llegar a ser propietario de una villa o castillo, que constituían los bienes de determinada iglesia, asumía en ellos toda la administración civil y aun los hombres que allí moraban le estaban sujetos como siervos o colonos.

Esta dependencia estuvo determinada por las circunstancias, que imponía la lucha por la conquista del territorio.

Al ir avanzando los reyes aragoneses, desde los primeros núcleos montañosos, que constituían su estado, se encontraron poseedores de tierras yermas, sin dueño. De ellas hicieron donación, tanto a iglesias como a nobles, para que fueran organizadas y cultivadas.

Estas tierras eran explotadas una parte por los criados o siervos personales del señor, constituyendo el núcleo de la posesión, castillo o monasterio, y otra parte era trabajada por los llamados siervos adscritos, que poseían un huerto o tierra colindante y una casa, cuyo conjunto formaría la villa.

En estas tierras pertenecientes a los señores, formaron municipios; unas veces para impedir que emigrasen en masa los colonos, otras con el fin de aumentar sus ingresos mediante las prestaciones e impuestos

que percibían de los pobladores. El nombramiento de los magistrados municipales era hecho por los señores, prelados o iglesias a que pertenecía la villa; como también los de justicia y administradores.

Todo esto va reflejándose en la documentación de los castillos y villas, que pertenecieron al obispado de Huesca.

En realidad, estas propiedades sólo pueden llamarse episcopales a partir de 1201. Los bienes de la catedral de Huesca constituyeron un fondo común que cubría las necesidades del obispo y canónigos, y sólo a partir de esa fecha, bajo el episcopado de García de Gudal, para proveer a la «Honestidad y utilidad de su iglesia», según dice el documento, se procedió a dividir la antigua y única mensa en dos: «mensa episcopi» y «mensa canonorum»¹.

Quedaron como propiedad del obispo los castillos de Sesa, Fañanás, Alcalá, Abrisén, etc., cuya historia se intenta reconstruir a través de las noticias documentales que de ellos se conservan.

EL CASTILLO DE FAÑANÁS.—Al conquistar Pedro I Huesca el 24 de noviembre de 1096, la antigua sede de Aragón, por entonces establecida en Jaca, pasa a la ciudad recién conquistada.

La mezquita mayor, emplazada sobre la antigua iglesia visigoda², es consagrada para cátedra. El rey ha de dotarla de bienes para el culto y la subsistencia de su obispo y cabildo, y por ello, siguiendo el documento de donación real³: «Pedro I dona a la catedral las posesiones de la mezquita, más para remedio de su alma y las de sus padres y por la salud de su hijo Pedro, el castillo y villa llamados de Fañanás, cerca de Alcalá».

Este mismo documento muestra hasta qué punto adquiriría la Iglesia el dominio de aquel lugar y castillo, al continuar que lo dona «con todos sus términos cultos e incultos, con todos los hombres que allí habitan y los que lo habitarán».

Pero Pedro I, al ir conquistando estas tierras que rodeaban la ciudad, había ya recompensado a uno de sus servidores con parte del castillo de Fañanás, pues la donación la hace «con la condición de que Sancho Garcés y sus descendientes, tengan allí, en nombre de Jesús Nazareno, de San Pedro y del obispo oscense, lo que hasta ahora ha tenido en mi nombre y sirva como a mí me ha servido».

Sigue una aclaración que a la vista de los sucesos posteriores se hace sospechosa: «a no ser que él, o alguno de sus sucesores obrare contra el obispo, en cuyo caso lo perderá».

No podía hacer mucho que Sancho Garcés había sido recompensado con aquel lugar, pues era muy poco el tiempo, en que, bajando de la sierra de Guara, los reyes de Aragón ocuparon el llano. Parece poco natural que se amenazara así a un servidor recién recompensado.

Los documentos que sobre esta donación se conservan son dos copias; teniendo en cuenta lo que fue muy corriente en aquella época, hay probabilidades de que esa condición fuera interpolada más tarde, cuando surge la lucha por conseguir la posesión plena del castillo, frente a los derechos de los sucesores de Sancho Garcés.

La Iglesia llega a la posesión completa en 1139⁴ en que: «Dodo, obispo oscense, con el consentimiento del cabildo, a fin de terminar las vejaciones de la discordia, que desde tiempos pasados había existido entre mis predecesores obispos y Sancho Garcés y los hijos de éste Galind Sanz y Lope Sanz, di a Lope Sanz el castillo de Tabernas, con todo lo que me pertenece, menos la iglesia de la villa y sus propiedades, con la condición de que lo posea solamente él durante su vida y un hijo o una hija suyos, si fueren nacidos de legítima mujer, después de la muerte de él o de su hijo o hija, volverá con todos sus derechos a ser propiedad del obispo y canónigos de la Seo. También añadí a título hereditario unas heredades, que yo poseía en Zaragoza y Borja, con la condición de que él y los suyos asistan con su consejo y auxilio a mí y a mis sucesores». Y Lope Sanz, por tales donaciones y concesiones, accede y declara: «Dejé la parte que mi padre había tenido en Fañanás y que yo tenía por voz paterna, de manera que ni yo ni mi posteridad podemos tener o reclamar cosa alguna en dicho castillo y sus términos».

Este acto de concordia revistió gran solemnidad, pues según el documento, se hizo «en presencia de Ramón, príncipe de los aragoneses y conde de Barcelona». El primer título lo ostentaba Ramón Berenguer desde el 11 de agosto de 1137, en que desposó a doña Petronila y con ocasión de lo cual intervino precisamente Dodón, obispo de Huesca⁵. Estaban además presentes en la concordia: «D. G. obispo lascurrense y legado de la Santa romana Iglesia; A. Mir, conde de Pallars y próceres de Aragón». La plena posesión por la Iglesia del castillo de Fañanás es confirmada en abril de 1139, por la bula del Papa Inocencio⁶.

En 1199, una donación particular incrementa las posesiones de la Iglesia en Fañanás⁷: «Ramón de Uncastillo, que edificó, con el consentimiento del obispo Ricardo, un puente sobre el Guatizalema, en la parroquia del castillo de Fañanás, y más tarde un hospital para pobres», «quoniam pons et hospitale sunt in parrochia oscensis episcopi», los da al obispo de Huesca, el cual concede a Ramón de Uncastillo y a sus sucesores derecho de tener en dicho hospital oratorio y cementerio de pobres». Impone el obispo una condición, que refleja que no había llegado todavía en estos momentos a llevar plenamente a la práctica las disposiciones del concilio de Letrán de 1059, pues el obispo ha de puntualizar que «el clérigo encargado del hospital, deberá hacer obediencia al obispo».

Existe además en este documento otra cláusula que viene a confir-

mar que en este año el castillo de Fañanás pertenecía por completo al obispado: «de las oblaciones que obtenga el oratorio—dice el documento—se harán dos partes, una para el obispo «pro castro de Fanyanas» y la otra mitad para el hospital».

Esta propiedad va a ser discutida años más tarde, en 1278, en un largo pleito. Guillelmona de Sora y García Pérez de Lozano, su marido, retenían en Fañanás bienes, que el obispo de Huesca reivindicaba. El Papa nombra juez a Arnaldo de Yernet, deán de Lérida, pero doña Guillelmona apela a Roma y es nombrado auditor de la causa el cardenal Guillermo, que da sentencia a favor del obispo, estando ausente Guillelmona y su marido.

El pontífice Nicolás III, con bula expedida en Viterbo el 19 de julio de 1278⁸, delega en el abad de Poblet, para que cumpliendo la sentencia del auditor, dé posesión al obispo de Huesca del «castrum de Fayanas cum juribus et pertinencis suis», el cual García Pérez de Lozano y Guillelmona «detinebant contra justiciam occupata».

Guillelmona se opone a que se lleve a cabo este mandato. No podría describirse con más viveza el hecho, reflejándonos el modo de vivir de aquel momento, que siguiendo el documento, en que se hace constancia de él:

«Fray Bernardo, abad del monasterio de Poblet, ejecutor nombrado por la sede apostólica, en compañía del notario Pedro Ferrer y los testigos Miguel Violeta y Martín de Bolea, fue al castillo de Fañanás para dar posesión del mismo al procurador del obispo Arnaldo del Cascalls, canónigo de Lérida.

Al acercarse al castillo la comitiva, saliéronle al paso Juan de Sora, hermano de Guillelmona, armado con una lanza, así como otro hombre que le acompañaba. Les dijo dicho Juan que no pasaran adelante porque doña Guillelmona no quería hablar con el abad, advirtiendo que de seguir adelante, corrían peligro sus pieles.

Preguntó Juan de Sora al abad si quería hablar con García Pérez de Lozano, indicándole le encontrarían con el noble Atón de Foces. El abad y los demás acompañantes, al dirigirse donde estaba García Pérez, viéronle dirigirse al castillo. Se le acercaron y él no quiso esperarles. Es más, les mandó un escudero, el cual dijo al abad: «¿Sois vos el abad de Poblet?» Y éste dijole que sí. Dijo el escudero: «Os dice García Pérez, que salgáis inmediatamente del castillo, ya que no quiere hablaros, ni oíros».

Por fin, viendo el abad que el castillo y la villa estaban defendidos por una multitud armada, que tañían las campanas, que los vecinos chillaban y que los hombres armados, los de a caballo y los de a pie, no cesaban de moverse, juzgó que no estaba seguro y que no convenía acercarse más al castillo, lo que hubiera equivocado a ponerse en peligro de muerte.

Y allí mismo, aún dentro del término del castillo, puso y dió posesión del dicho castillo y villa de Fañanás al antedicho Arnaldo de Castalls, como procurador del obispo de Huesca, mostrándolo lo ancho y lo largo del término».

No se puede deducir de los documentos qué título ostentaría doña Guillelmona de Sora para disputar así al obispo la posesión de Fañanás: tal vez lo disfrutaba ella y su familia en arriendo hacía años, tal vez había servido de prenda en algún préstamo.

Es de suponer que, en la realidad, serviría de poco al obispo de Huesca la posesión dada por el abad de Poblet en aquellas circunstancias. Pero el obispo usaría de todos los medios, no deteniéndose si fuera necesario ante la fuerza, para recuperarlo.

De julio de 1280⁹ se conserva un documento en el que, aun no haciéndose mención de Fañanás, es probable estuviera relacionado con ello: El arzobispo de Tarragona, P. Brn., escribe al obispo de Lérida, G., diciéndole que ha recibido quejas del obispo de Huesca, sobre agravios, injurias y daños, que ha recibido este «a nonnullis tam militibus quam aliis». Manda al de Lérida «ne dicti molestatores et malefactores de sua perversitate diutius valant comodum reportare», que se vea con el de Huesca y, según éste le diga, promulgue sentencia de excomuni6n como previene la constituci6n del concilio de Tarragona.

Con esta excomuni6n conseguiría al menos el obispo de Huesca desligar a los servidores y vecinos de Fañanás de sus compromisos de dependencia con doña Guillelmona.

Parece ser que en 1289¹⁰ había, por fin, conseguido aquél recuperar el castillo y villa, pues: «Jaime, obispo de Huesca, encomienda a su escudero, Sim6n Aparicio, el castillo de Fañanás con todas las cosas que hay en él, segun el inventario hecho por el notario de Sesa, García de Arbaniés, a fin de que lo guarde diligentemente y lo defienda por el tiempo de su beneplácito».

La recuperaci6n debió tener lugar muy poco tiempo antes, pues son muchas las precauciones que toma. Así manda «no deje entrar a nadie, fuera de las personas que le acompañan ahora durante la ausencia del obispo; no saque del castillo armas, paños, vituallas ni cosa alguna, a no ser en caso de necesidad para la defensa del castillo o de la villa; no pase ninguna noche fuera del mismo castillo y que de día no salga más allá de la puerta del castillo, a no ser que deje suficiente guardia o que el obispo se encuentre allí; no lo entregue a ninguna persona, a no ser al mismo obispo y, si éste muriera antes de devolverle el castillo, se atenga al testamento que hará, y si muere sin testamento, lo entregue al obispo que le sucediere; en caso de que se defiriera la elecci6n de obispo, lo entregue al prior y cabildo de Huesca».

Simón Aparicio acepta el cargo con todas estas condiciones y «hace al obispo homenaje con la boca y con las manos, según el fuero de Aragón y la costumbre de Cataluña».

El 12 de julio de 1292 ¹¹, el obispo Ademar expulsa de la villa de Fañanás a doce sarracenos y un cristiano, alegando que eran causa de perdición para el pueblo.

Como no existen noticias relacionadas con la diócesis o con el reino de Aragón que nos lleve a creer fuera esta medida tomada en Fañanás, reflejo de otra de carácter más general, cabe suponer que está todavía relacionada con el asunto de doña Guillelmona ¹².

Puede ser que estos sarracenos y el cristiano ayudasen a levantar y defender la villa y el castillo contra el obispo, con ocasión ya de la visita del abad de Poblet, o en momentos posteriores, de los que no queda referencia documental.

Existe un documento anterior a todo este conflicto, con fecha de 1231 ¹³, en que pueden hallarse ya motivos para que los sarracenos se enfrentaran con el obispo. Siendo éste García de Gudal «concede a los cristianos vecinos de la villa episcopal de Fañanás las heredades que poseen y labran», y entre las condiciones que les impone «les prohíbe comprar propiedades de los sarracenos de Fañanás».

El documento del obispo Ademar, además de mostrarnos las condiciones en que era costumbre hacer estas donaciones, refleja con numerosos datos la economía de la región. Así impone que: 1.º el conjunto de las propiedades se las repartirán entre doce cristianos, que nombra; 2.º cada uno tendrá en Fañanás «hospicium» con obligación de hacer fuego y cada uno un par de bestias, que sean suficientes para el trabajo de la heredad; 3.º dar al obispo el noveno de todos los frutos, a saber: trigo, ordio, «sigilinis», «mixture», avena, «milii», olivas, habas, «arbellarum», garbanzos, alubias, lentejas y demás legumbres, nabos, cebollas, ajos y demás frutos; 4.º que no levanten la cosecha sin la presencia del baile o alcaide del obispo; 5.º dar al obispo diezmos y primicias de los frutos antedichos y de corderos, «edulis», lanas, quesos, lino y cáñamo; 6.º ayudar al obispo o a su baile o alcaide a arar y sembrar las propiedades del castillo, dentro del término de Fañanás durante dos días cada año y con un par de bestias cada uno; 7.º igualmente concurrir durante dos días y con dos bestias cada uno, anualmente, a la trilla del obispo; 8.º que tengan como único y señor al obispo de Huesca; 9.º si alguno quiere vender su propiedad debe hacerlo saber al obispo, el cual tendrá derecho de preferencia, pagando por ella diez sueldos menos que el mejor postor. Si el obispo no la quiere, podrá venderla a quien quiera, menos a nobles, infanzones, religiosos, clérigos, leprosos y santos, salvando siempre el derecho episcopal; 10.º si alguno no cumple las condiciones antedichas «ipso facto» será privado de su propiedad.

Durante muy poco tiempo gozó el obispado en paz la posesión del castillo y villa y de los beneficios que las nuevas concordias le señalaban, aunque no se hallan restos documentales hasta 1310¹⁴, que hacen referencia a la época del obispo Ademaro.

El documento es una bula expedida en Avignon el 7 de marzo, cuyo contenido dice: «En tiempo del obispo Ademaro, Pedro Garcés de Jánovas y su mujer Oria de Rufas presentaron un falso documento de pignoración de los frutos, réditos y provechos del castillo y villa de Fañanás. Oria Garcés, hija de los anteriores, retiene todavía por el mismo título el castillo y villa de Fañanás, y el obispo de Huesca, Martín López de Azlor, recurre a Clemente V, el cual manda por dicha bula al obispo de Lérida que entienda en el asunto y que si es tal como dice el obispo obligue a Oria Garcés a restituir al obispo, bajo la pena decretada en el concilio de Letrán contra los usureros».

Las noticias que quedan del obispo Ademaro, no hacen suponer necesidades extraordinarias, ni que una mala administración pusiera al obispo en la necesidad de pignorar esta posesión. Por el contrario, el P. Huesca¹⁵ destaca las grandes dotes de gobierno de este prelado.

Documentos posteriores hacen ver que tuvo lugar de nuevo la restitución a la sede de este lugar.

El 23 de marzo de 1384¹⁶, por orden de Pedro IV es visitado el castillo de Fañanás por Jaime de Lidón, vicario general, Gil Blanca, capellán mayor, y Bernart Arlovín, comisario, con el maestro de obras de fusta Domingo de Montagut y el maestro de obra de piedra Johan de Quadres.

Reconocieron el castillo, las casas y estancias y encontraron: «las cubiertas en grant parte eran caydas e derribadas e de si la torre de piedra mayor de dito castiellyo, que es derribada, así que d'aquella partida de la dita torre es el dito castiellyo abierto» y creen que «para baxar un cantón, que y ha alto, en el dito castiellyo de Fannyanas, de la torre grand de piedra, que es derribada e pora fer ende albacar o muro, para cerrar d'aquella partida el dito castiellyo e otrosi pora recorrer e adobar las cubiertas necesarias de las estancias e casas del dito castiellyo, entienden que a todo lo menos y ha necesarios siet mille solidos jaccenses».

Cabe preguntarse, aquí, por qué Pedro IV realiza obras de reparación en éste y otros castillos pertenecientes al obispado oscense.

Desde luego, Pedro IV mostró siempre una especial benevolencia hacia Huesca, pues él fue el fundador de la Universidad y la sede de la ciudad estuvo siempre ocupada por clérigos, que tuvieron gran privanza cerca del rey, así Fr. Bernardo (1341) fue nombrado embajador real ante Felipe de Francia y Jaime de Mallorca¹⁷ y el obispo Eximino de Ribabellosa (1364-1369) ocupó la primera dignidad del reino como cancelario

real¹⁸. Pero sin duda serían razones políticas las que le movieron a esta revisión de los castillos; tal vez, aunque firmada la paz con Francia, no era muy firme la amistad y le convenía estar prevenido.

De estas obras de reparación puede deducirse cómo sería en aquella época el castillo de Fañanás: un muro rodeaba la construcción principal, estancias ocupadas por obispos y alcaides, viviendas para criados, soldados y almacenes para las necesidades agrícolas y ganaderas que surgían de la explotación de las propiedades pertenecientes al castillo. Una torre de piedra, como lugar vigía y defensa más notable del castillo dominaría el muro, estando unida o no a las demás dependencias.

Ya dentro del siglo xiv sólo queda una referencia documental¹⁹, en la que consta que el obispo Jaime hace donación «ad vitam» del lugar de Fañanás y sus rentas a Simón Aparicio. Es decir, los bienes del castillo no van a ser explotados directamente por el obispo, sino a través de los arrendadores, método que probablemente continuará en años y siglos sucesivos.

No se puede conocer con certeza la evolución posterior de estas propiedades, pues el archivo conserva los libros de administración, referentes a los bienes del cabildo, pero no de los del obispado, a quien pertenecía Fañanás.

MARÍA DEL CARMEN UCEDA

1. En la exposición de esta materia, seguimos a ANTONIO DURÁN en sus artículos *La Iglesia de Aragón*, en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. IV, p. 7, y *Derecho Capitular de la Catedral de Huesca*, en «Rev. Esp. de Derecho Canónico», n.º 20.

2. Ver ARGENSOLA, I, p. 261, y II, p. 35.

3. Arch. Cat. Hu., 2-7-331; 2-11-741. El doc. ha sido publicado varias veces.

4. ACH, *Libro de la Cadena*, p. 68, 164, 378.

5. P. R. HUESCA, *Teatro histórico de la Iglesia de Aragón*, vol. VI, p. 184.

6. ACH, 2-6-287.

7. ACH, *Libro de la Cadena*, p. 169.

8. ACH, 2-3-107; 6-4-245.

9. ACH, Extrav. papel.

10. ACH, 6-5-329.

11. ACH, 6-2-148; 6-7-460.

12. Con el título *Notas sobre los mudéjares oscenses*, FEDERICO BALAGUER prepara un trabajo sobre la población musulmana de la comarca de Huesca. A finales del siglo XIII, se registran expulsiones de mudéjares en varios pueblos, sobre todo del Somontano; en cambio, permanecen generalmente en los señoríos nobiliarios; esta pervivencia se debe a causas económicas.

13. ACH, *Libro de la Cadena*, p. 68-386.

14. ACH, 6-3-206.

15. P. R. HUESCA, ob. cit., vol. VI, p. 260.

16. ACH, 2-3-137.

17. P. R. HUESCA, ob. cit., p. 273.

18. P. R. HUESCA, ob. cit., p. 284.

19. ACH, 6-5-329.

TRAYECTORIA ESTETICA DE FRANCISCO ZUERAS

AUN a trueque de lastimar su modestia, realizamos hoy nuestras páginas con el nombre de este joven artista cuyas obras tan inspiradas como jugosas disfrutan del aura popular, no menos que del favor crítico, siendo gala y ornato de los certámenes en que se exhibieron para regalo exquisito de la vista y pura delicia del goce estético.

Recluído largas horas en el ámbito, silente y luminoso, del estudio acogedor, el romántico espíritu del pintor es como la resultante del sentimiento sobre la razón alquitarada, aquélla, en lugar tan propicio al cultivo del alma, la personalidad y el refinamiento. Así lo evidencian óleos y acuarelas que, en profusión y variedad temática, cuelgan de las paredes no menos que la gama infinita de dibujos, bocetos y apuntes, lamentablemente olvidados en las profundidades tenebrosas de abultadas carpetas que yo registro, ávidamente, con vistas al lector.

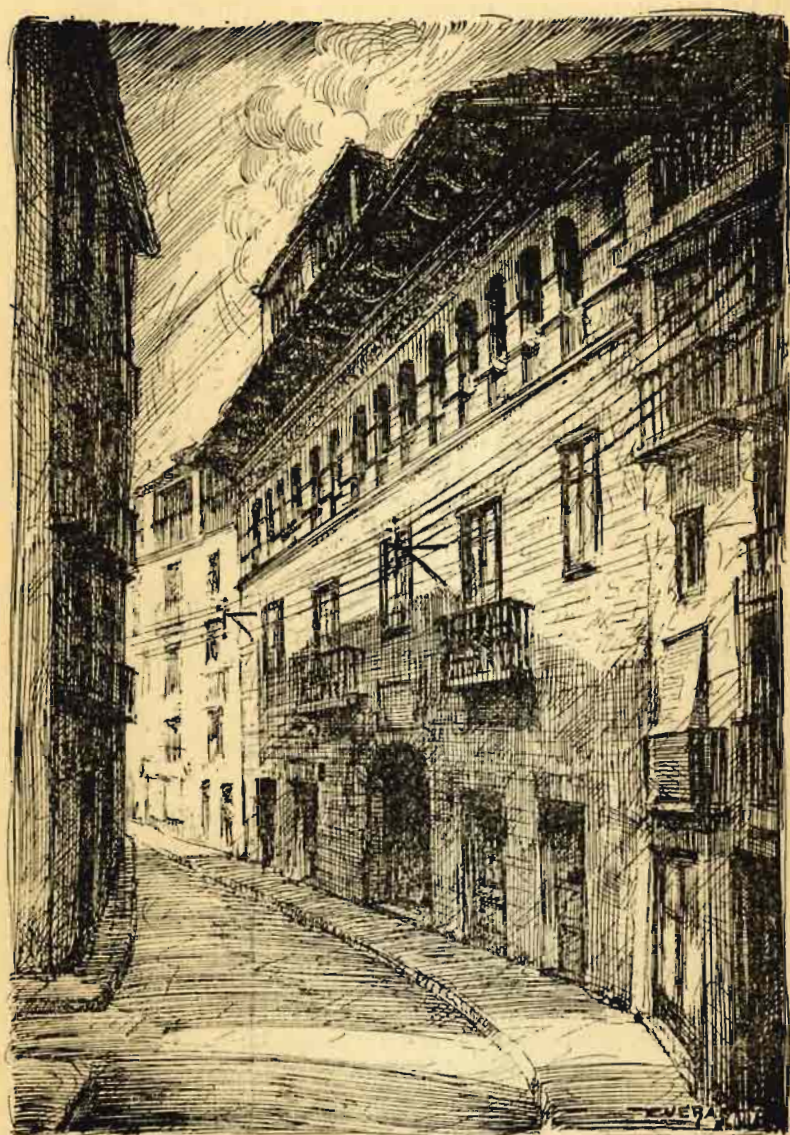
Los rayos fulgurantes de un mediodía primaveral incendian hasta la incandescencia unos carteles soberbios de composición y de factura en los que Zuera clamorea, a buen ritmo, la festera algarabía del Pilar y los Sanfermines, con pincelada amplia y desenvuelta, propicia al despliegue de tonalidades diversas. Aquél, muy original, nos ofrece unos tipos juveniles, reflejo exacto de la placidez campesina, apoyados en gráciles y aladas líneas que se destacan sobre el oscuro silueteado de las torres basilicales. Mientras que el segundo, más dinámico, evoca las febriles amanecidas de los encierros pamplonicas, con plástico modelado en las figuras, reforzando los volúmenes para que se destaquen más corpóreos. Consecuencia, en definitiva, de la personalidad artística del pintor, dotado de una tan fina intuición plástica que le lleva poco menos que al reencuentro ideal de aquellos parajes cuyos complejos típicos, bellezas naturales o riqueza monumental con anterioridad entreviera.

A nuestra llegada le sorprendemos afanosamente entregado al gozoso quehacer de dar los últimos toques a un vistoso retrato, que se destaca sobre su caballete. Representa en tamaño natural, de busto prolongado, a un torero cordobés en traje de brega, guinda y oro, pero abstraído y melancólico como un signo profético de su inmolación prematura. El rostro enjuto y de perfil un sí es ascético de Manolete —que tal es aquél— resalta sobre un cielo apasionado y radioso de sombríos matices. La entonación cálida, la composición y la técnica tienen ciertas reminiscencias de Zuloaga, cuyos famosos retratos de Juan Belmonte y de Domingo Ortega evocamos. Y a nuestra curiosidad desbordante sobre esta manifestación temática de lo taurino, que desconocíamos, responde jovialmente diciéndonos cómo la fiesta nacional, aparte de su plasticidad abigarrada y barroca, es fuente inagotable de inspiración artística en la gama infinita de graciosos escorzos y actitudes, bellísimas, que hombres y animales ofrecen. En fe de lo cual se refiere a las maravillosas estampas de Goya, Lucas, Unceta y el citado pintor eibarés, cuyos primores elogia con exaltación entrañable.

Nacido en Barbastro, desde muy niño sintió una inclinación incontenible al arte dibujando ingenuamente cuanto se le ponía delante, de acuerdo con las orientaciones de su padre, excelente pintor, decorador y paisajista. Posteriormente ha frecuentado el estudio de todas las manifestaciones artísticas, especialmente la pintura, y en ella el óleo, la mural y el dibujo, entablando relaciones con buenos artistas que le encauzaron adecuadamente.

Una de sus mayores pasiones ha sido y es la pintura mural, en la que realizó algunas obras de esta especialidad, como la decoración del amplio salón de sesiones del Ayuntamiento barbastrense, con abundante ornamentación y «panneaux» decorativo-mitológicos. Así como la capilla de Nuestra Señora del Carmen en la iglesia de las Escuelas Pías de la misma ciudad, completada con dos grandes lienzos laterales sobre pasajes de la vida de san Pompilio María Pirrotti. Aparte de esta labor ha pintado también en caballete, sintiendo inquietudes por casi todas las facetas de las artes plásticas, y ejecutando obras con destino a la exhibición, por encargo o para fines publicitarios, ilustraciones de libros y escenografía teatral.

Estima que el pintor debe tener una formación completa desde el punto de vista artístico, pues la especialización es casi siempre signo deficitario de competencia técnica. Es realista y procura poner en su obra sinceridad y emoción, con gran pasión por el color que trata de unir, en todo momento, a la completa concepción del tema. No desdeña, por ello, otras tendencias modernas que le parecen muy estimables, siempre que en ellas vea claridad emotiva y buena técnica. Esta última



Casa de los Argensolas en Barbastro
(Dibujo de FRANCISCO ZUERAS)

la considera esencial, máxime al corroborarla en sus dilatadas visitas al Museo del Prado, de donde ha sacado esta conclusión: «Opino que el camino de la pintura está en la continuación de los grandes maestros, añadiéndoles el latido de nuestro momento actual». Indudablemente Goya, El Greco y Velázquez—así enumerados—, por ser de la época esplendorosa de nuestra pintura, han concitado su admiración. En otro aspecto, Sorolla y Solana, entre los españoles, y Manet, de los impresionistas franceses. Palencia y Pancho Cossío son los actuales preferidos, y Picasso por lo que representa su labor en el movimiento artístico.

Como su base vocacional es la pintura mural, declara que admira profundamente a Piero della Francesca, por su total plasticismo. Y de los actuales, a los muralistas mejicanos, aunque considera lamentable la intención política de su pintura. Sabemos que Zueras ha trabajado intensamente en los últimos años, habiendo celebrado varias exposiciones. La primera de ellas fue en el Casino Mercantil de Zaragoza en 1943, donde concurrió en unión de Fernández Barrio, actualmente catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, y del excelente dibujante zaragozano Lalinde. En años sucesivos se presentó en la sala «Pahería» de Lérida, así como en Huesca, exponiendo temas humorístico-decorativos, y finalmente en la sala «Reyno» de Zaragoza.

Desde 1943 se inicia su participación en certámenes y exposiciones colectivas con obras diversas, obteniendo, entre otros, los siguientes premios: Diploma de Mérito en el concurso de Rincones Urbanos de Zaragoza, por su obra «Iglesia de San Miguel»; «David», estampa decorativa acuarelada mereció Medalla de Honor en el salón de Humoristas; Gran Medalla de Honor en el salón de Artistas Aragoneses de 1949, en cuyas exposiciones ha sido recompensado otros años con Medalla de Plata, y premio en Paisaje regional por su «Catedral de Barbastro»; Diploma de Honor en la III Exposición Provincial de Arte en Tarazona, por el boceto decorativo «Gitanos», y la acuarela «Frondosidad» se llevó el primer premio en el VI Concurso de Arte y Artesanía en Huesca.

Considera magníficas las Instituciones actuales en nuestra patria, por lo concerniente a la ayuda y orientación artísticas. Aparte de la dignificación en la faceta docente, son eficacísimos los otros medios que, para su formación, tiene el artista, como las becas, bolsas de viaje y los cursos que cada año se prodigan con mayor impulso. Todo lo cual, indudablemente, contribuirá al mayor esplendor del arte español contemporáneo que sigue, nos dice el joven pintor, en ruta creciente de progreso y superación.

Pero se nos va el tiempo, por desgracia, puesto que Zueras también inexorablemente apremiado por él, ha de acudir a su clase diaria

del Instituto Laboral «Hermanos Argensola», del que es profesor de la especialidad. Y salimos fuera, donde la retina goza también con el perfecto acorde de los verdes tiernos y el cielo turquesa que los dosela. Un suave estremecimiento de bronces, acompasados, vuela entre una bandada de golondrinas que se dejan caer desde los aleros, negruzcos, confundidos sus trinos con las señales horarias. Todo predispone al sosiego en este reencuentro de la dilecta ciudad cuna de los Horacios españoles que también, como aquella famosa de Cervantes, en *El Licenciado Vidriera*, «enhechiza la voluntad de volver a ella, a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado».

En la calle, antañona, adquieren nuestros pasos resonancia de siglos, y el diálogo, elemental, ecos de romance sincronizados con los pétreos blasones y las rejerías de forja, que prestan singular belleza a las casas hidalgas. De los viejos talleres de artesanía familiar, de las abacerías con tradición local dilatada asoman al exterior las más variadas muestras de unas actividades laborales, transidas de prestigio gremial: «trallas», «zurriagas», arneses y corambres de talabarteros y curtidores. Abarcas, peales, cinchas, «vencejos», sogas y «bastes». Mangos de aperos, cubiertos tallados en madera de boj por los pastores de Sevil y de Mascún. Toda una artesanía primitiva que inunda el ambiente de aquel aroma, indefinible, tan grato al mironiano caballero Sigüenza: «Olor honrado, sencillo, que le regala y suaviza el alma». Caminamos silenciosos, embebecidos, como dejando vagar la imaginación hacia un ayer legendario y caballeresco, más todavía con latidos de pervivencia en los evocadores nombres de calles y plazas... La Seo, San Ramón, de la Virgeneta, Doña Germana y Capuchinos; Oncinellas, Romero, Caballeros y La Encomienda, nostálgicas de tradición y sabor locales.

Caminando, Francisco Zueras nos cuenta una chistosa anécdota. Sabido es su carácter serio, de expresión melancólica que completa una mirada algo tristona. Al ser galardonado en el Salón de Humoristas Aragoneses, después de recibir la Medalla de Honor, le presentaron a un matrimonio aficionado, según decían, «a estas cosas de arte». No sé —nos indica— el concepto que la señora tendría de los dibujantes que hacen humor, pero lo cierto es que a guisa de comentario íntimo, cuando me despedía, pude oírle dirigiéndose a su marido: —«¡Chico! ¡Qué serrote y aburrido me resulta este joven para un primer premio de humoristas!» Por lo visto, tenía una impresión pintoresca del humorista plástico, al que identificaba con el escénico. Siempre pensé que aquella dama esperaba verme pasar a recoger el premio con la cara pintada «a lo Ramper» y haciendo cabriolas.

Reimos con el perfil gracioso de la efemérides, no exenta de cierto sentido humorístico «incongruente y ramoniano», cuando llegamos al

reimate inaplazable, de tan gozosa entrevista. La imponente mole de la mansión de los Argensola se nos ofrece, al exterior, con la severa pátina del tiempo y la gracia de su estilo. Sublimado en el cobijo entrañable de las entidades culturales que, merced a la intuición luminosa de sus regidores municipales, desenvuelven una inteligente política de misión espiritual, revitalizando la vieja solera humanística de la ciudad.

Sube de las mieses en sazón y de las tierras maduras, del sosiego campesino remansado en el véspero, una bruma sutil que inunda el alma de suaves melancolías. Y en el aire, pausadamente, se va deshaciendo la tarde mientras que las sombras escalan los montes matizando, de un violeta cálido, sus nostálgicas lejanías.

SALVADOR MARÍA DE AYERBE

EL CENTENARIO DEL LARINGOSCOPIO

«Honor se hace quien a los suyos honra»

SI todas las revistas españolas de Otorrinolaringología, en el centenario del descubrimiento del laringoscopio por nuestro compatriota Manuel García, divo y tratadista del canto, le han rendido testimonio y homenaje, ARGENSOLA, revista fundamentalmente artística y literaria, también quiere tributar en la exaltación y recuerdo de tan preclara figura, merecedora en sus tiempos, entre otras recompensas, de la Gran Medalla de Oro para la Ciencia, por el emperador de Alemania, y la Gran Cruz de Alfonso XII, por Alfonso XIII, sinónimos del actual Premio Nobel.

LOS PADRES DE MANUEL GARCÍA.—Manuel del Pópulo Rodríguez, llamado García desde pequeño, apellido de su padrastra, célebre tenor, nacido en Sevilla, alcanzó gran renombre desde los 17 años, como cantante y compositor; al principio del siglo XIX recorrió con ruidoso éxito ambos continentes; casó con Manuela Siches de Morales a los 23 años (1798); cantaba a dúo este matrimonio una tonadilla titulada *El majo y la maja*. Rossini escribió para él la parte de tenor de sus óperas *El barbero de Sevilla* y *Otello*. Fue autor de medio centenar de obras, entre óperas, operetas y monodramas, numerosos ballets y canciones. De su opereta *El poeta calculista* fue muy célebre la canción del «Contrabandista».

Manuel del Pópulo Rodríguez y Manuela Siches de Morales tuvieron tres hijos, María Felicia, conocida con el nombre de la Malibrán; Paulina, conocida por la Viardot, y Manuel Vicente. Los cinco componentes de esta familia cultivaron esta rama de las Bellas Artes hasta la inmortalidad.

MANUEL GARCÍA.—Nació en Madrid el 17 de marzo de 1805; fue bautizado en la parroquia de San Martín; murió en Londres en 1906, alcanzando la edad de 101 años.

En 1847 escribió en francés *Tratado completo de canto*, traducido al alemán e inglés; aquel año fue nombrado profesor de canto en el Conservatorio de París, y tres años después pasó con igual cargo a la Real Academia de Música de Londres.

EL GRAN INVENTO.—En 1854, paseando por París y como fruto de sus impacencias por ver el funcionamiento de las cuerdas vocales, pensando siempre que el hombre debe conocer bien y bajo todos sus aspectos los asuntos de que se ocupa, sentía la necesidad de una educación científica de su arte.

Manuel García comenzó por estudiar la anatomía de la laringe; para lo cual, junto a maestros, hizo disección primero en laringes de perros y después en laringes de cadáveres humanos, y por la disposición de las fibras musculares del músculo de las cuerdas vocales, pudo explicarse la formación de los sonidos graves y agudos.

Para hacerse con la fisiología de la laringe, para desentrañar el secreto de la formación de la voz, tenía que observar directamente la glotis en función, y esta idea le atormentaba, pues, si bien alguna vez la abandonaba, inmediatamente volvía a obsesionarle con mayor fuerza; coincidiendo esto con la lectura de Bacon, quien decía que todas las ideas, por estrambóticas que parezcan, deben llevarse a la práctica.

Por fin, un día cual relámpago vió el mecanismo de la laringoscopia, paseando en 1854 por el Palais Royal de París, idea que inmediatamente abordó con felicidad.

Desde entonces, el estudio de las enfermedades de la laringe y de otras vías respiratorias tiene en el siglo XIX su iniciación y progreso decisivo, con la invención del espejo laríngeo. Los progresos de la laringología, gracias al invento de nuestro compatriota que tantos quisieron arrebatárle, sin que nadie haya logrado mejorarlo ni sustituirlo; llegan rápidamente y hoy el invento de Manuel García, «Cristóbal Colón de la laringe», nos da dos hijuelas de la laringología, como son la Foniatría y la Logopedia.

En el centenario de su nacimiento, la humanidad entera, el 17 de marzo de 1905, celebró en Londres el homenaje al profesor de canto Manuel García, inventor del laringoscopio.

Allí se reunieron todos los países cultos, incluso rusos y japoneses, separados por la guerra. Y todo por el espejito laríngeo que tanto bien ha hecho y hará a toda la humanidad.

Los hombres cuya vida se desliza haciendo el bien y si después de su muerte ven este bien aún continuado, ponen de manifiesto que su obra fue buena y como tal perpetuamente recordada. Este es el caso de Manuel García, siempre gran español y digno émulo de Echegaray, Cajal y Benavente.

A C T I T U D E S

T R E S P O E M A S

Por LUIS FELIPE ARREGUI LUCEA

Yo, vagabundo

i Yo, vagabundo!

*¡Qué vocablo nuevo
para mi eterno caminar sin rumbo,
en viejas singladuras de marino
cansado ya de dársenas y puertos!*

*El tiempo me resbala entre los dedos
como el agua en las guijas del arroyo;
intento aprisionarla; cierro el puño:
sólo clavo las uñas en mi palma,
esta palma que un día acariciara
el suave terciopelo de tu carne
—¡oh mujer ideal de mis insomnios!—,
y hoy, rugosa, senil, tan sólo acierta
a tantear la piedra que cobija
con su arco de audacias mi descanso;
un descanso que turba con sus rayos
la misma luna que Beethoven supo
aprisionar en fusas, en corcheas.*

*Sí, sí; Pichurro. No me juzgues sólo
por mi chaqueta desgarrada, rota;*

por mis zapatos que se cuentan chistes
 y rien con estúpida sonrisa
 intentando morder tu rabo enbiesto
 cuando marchas, audaz, por el camino.
 No me juzgues tampoco por el ansia
 con que disputo el pan a tus colmillos
 ni por la luz de envidia que se enciende
 en mi pupila, al ver ese penacho
 con que suele adornarse al mediodía
 la roja chimenea de las casas...

¡Hubo un tiempo en que yo supe entender
 el íntimo lenguaje de la música;
 y vestí de etiqueta; y fui muy rico;
 y gocé los placeres de la mesa!

Pero más tarde —¿sabes?— fui poeta.
 ¿Te das cuenta, Picburro, lo que ello
 significa en el mundo de los hombres?
 Hay una luz de todos y de nadie
 que sólo tú aciertas a advertir
 enredada en los árboles, al alba.
 Y querrias que el mundo no cerrara
 sus ventanas de sueño a ese conjuro
 que el clavel y la rosa han aprendido.
 ¡Pero el hombre se acuesta tan cansado
 de su propio egoísmo insatisfecho,
 que sólo atiende la llamada ronca
 del viejo Cronos y el café con leche
 que hierve en el camino a la oficina!

Y dicen luego que eres un demente;
 que tu sitio no está en la multitud,
 ni en los cines que gritan sus colores
 a la fachada azul del firmamento,
 ni en el rincón tranquilo de tu cuarto,
 sino fuera, en el campo, sobre el césped,
 en la arena caliente, o en la piedra
 del antiguo torrente desecado...

*Te arrojan de su lado, con la ira
del que proyecta la moneda falsa
hacia el disco del sol, que nada sabe
de divisas, de dólares, de libras.*

¡Y sólo entonces eres libre! ¡Libre!

*Los muros de tu celda son los montes
—ciclópeo bastión de un nuevo Olimpo,
cobijo ya de dioses y poetas—,
y el techo busca en las estrellas verdes
la rútila esperanza de su trazo;
y el suelo es la pradera rumorosa
ignorante de asfaltos y cementos
que ahogan y desgarran a la tierra
con su abrazo y su cuña—flor de hierro—.
Una celda sin puertas ni ventanas
para espiar el trozo de esa nube
que las novelas copian, unas de otras,
sin agotar jamás su gris estela,
porque todo es contacto con el árbol
y la hierba, y la flor, y el arbustillo,
y el espino que araña y acaricia
mi cabeza en el sueño incandescente...*

Amanecer en la ciudad

*Os quiero confesar que nunca he visto
el reflejo del sol, en las ventanas,
cuando amanece el alba en mi ciudad.*

*Habladme del ludir de los tranvías
sobre el carril incierto de la noche,
colgado de los hilos de una turbia
acorde sinfonía de murciélagos;
habladme del tumulto incandescente
de anuncios luminosos, o de focos
de situación en pájaros de acero;
si queréis, hasta entiendo, sin palabras,
el sutil comadreo de los tilos
cuando ven, con envidia, a las acacias
regadas por el dardo opalescente
del viejo barrendero somnoliento...*

*Pero no me habléis, va a ser inútil,
de cómo despierta la ciudad.*

*Y, sin embargo,
quiero contaros lo que pienso
cuando sueño—¿pienso entonces?—con un sol
intacto todavía a nuestro roce.*

*La luz es como el viejo consomé
servido en cien banquetes de homenaje
que vuelve a la cocina, sin saber
por qué lo despreciaron, con sonrisas,
ochenta smokings devorados por la gula.*

*El último sereno va limpiando
con su Chuzo, del ojo de la noche,*

las telarañas que fingen un encaje
sobre el ocre de un cirro, ya rosado.

La quijada del cielo se distiende
en un disforme bostezo perezoso
mientras lleva a su boca, muy correcto,
el abusado palillo de un ciprés.
¡Buen provecho, señor, a tu pitanza!

(El cielo guiña un ojo, picaresco,
relamiéndose del gusto de la noche).

Huelo ya la tinta de una imprenta
brotando por la trampa que desciende
al indolente antro del periódico.
¿Es más rápido, acaso, nuestro olfato
que el telúrico sentido de la vista?
Cuando lea hoy los titulares
anunciando una guerra o un concierto,
me sabrán a noticia ya pasada,
cual si hubieran firmado el armisticio
o fuera conocido ya, del público,
el desliz del fagot en un bemol.

Una escoba de ramas va empujando
la gasa de mi sueño, por el lodo
que mancha mis zapatos blanquirrojos.

El primer tranvía reestrena,
con tumulto de cine de barriada,
el eterno camino inalterable
de su trayecto único a dos reales.

Y se oye a veces el crujir incierto
de un cántaro de leche, rebotando
en la calleja del barrio, que ya copia
la verde cercanía de los árboles,
mientras ensaya un guardia su silueta
en el curvo parabrisas de un Citroën.

Ofrenda

*Prostrada humildemente en tu presencia,
rendido el corazón, que a Ti se entrega,
hasta tus plantas amorosas llega
mi alma a consagrarte su existencia.*

*Me doy cuenta, Señor, de lo pequeña
que es mi ofrenda, mas dadme la medida
de vuestro pecho abierto, y de su herida
cayendo gota a gota hasta la peña*

*de mi cuerpo la sangre, en un momento
la flor apasionada de mi celo
brotará y, encendida en vuestro anhelo,
acaso llegue al alto firmamento.*

*Conocéis ya, Señor, mi pobre historia;
una más entre mil. Absorta estaba
en el mundo falaz, que me mostraba
el brillante espejuelo de su gloria.*

*Mas advertía en mí como un vacío
que con nada podía hacer fecundo;
estaba, sin estar, en este mundo
mi pobre alma, trémula de frío.*

*Un momento creí que mi dolencia
tendría aquí, en la tierra, su consuelo...
Con su mudo lenguaje, desde el cielo
las estrellas dictaron la sentencia.*

*En su arcano invisible adivinaba
la existencia de un Dios, todo bondad;*

la llama de tu ardiente caridad
con voz incontenible me llamaba.

Y por eso, doblada mi cabeza
en rendido ademán, os hago ofrenda
de mi vida, que sigue ya la senda
marcada por tu amor y tu pureza.

Renuncio, mi Jesús, a ese mundo
que es pecado inconsciente, turbia vena
de pasión y maldades, pobre arena
de un desierto mortal e infecundo.

Renuncio a Lucifer y a sus promesas,
a su soberbia torpe, loco anhelo
que pretende apagar, con su desvelo,
de vuestro Amor la llama en mil pavesas.

Renuncio a los halagos seductores
de la carne que muestra sus bellezas;
renuncio a los placeres, las riquezas;
sólo quiero gustar vuestros dolores.

Quiero ser flor que, humilde y olorosa,
adorne vuestro altar y vuestra gloria;
ser el día final de la victoria
guirnalda en vuestra frente poderosa.

Ser trompeta que al viento le confíe
el mensaje amoroso de tu pecho;
el anhelo que tienes de ser lecho
para el hombre que sufre y el que ríe.

Ser hoguera vibrante, consumida
en vuestro dulce Amor, de tal manera
que al morir de mis llamas la postrera
encuentre por la muerte nueva vida.

*Quiero ser nube, en fin, que sólo espera
en llanto deshacerse, en penitencia;
consagrarte, Señor, mi existencia,
siendo nube, trompeta, flor y hoguera.*

*Y al final de mi vida, sólo anhele
entregaros mi último suspiro
y ballar feliz, tras ese azul que miro,
la patria inmortal y, en Vos, mi cielo.*



TUMBAS PROFANADAS

Por JAIME DE SALAS MERLÉ

EN aquellos tiempos guerreros y feudales del siglo XIII, los caballeros no se dejaban tocar la barba por otro hombre que no fuese el peluquero. Los reyes y los nobles llevaban rizadas melenas y frondosas barbas y el mayor insulto que un caballero podía inferir a otro era cogerle por la punta de la barba. Como entonces no se habían inventado las tarjetas de visita, esta era la manera de desafiar a un rival.

Cuando don Jaime el Conquistador, rey de Aragón, asaltó la ciudad de Palma de Mallorca, ordenó a sus soldados que respetasen la vida del rey o emir sarraceno Said-ben-Alhakén, que defendía la ciudad capital de sus islas, porque quería don Jaime ser él personalmente quien le aprisionase. En pleno fragor de la batalla, avisaron al gran rey en qué casa se defendía el emir con su hijo. El Conquistador exclamó:

—¡Ese es para mí!. —Y se abrió camino hacia el edificio con su enorme espada «Tizón» que sembraba el terror en muchos metros a la redonda. Este rey de Aragón y Cataluña era el hombre más alto de su reino, pues sacaba más de la cabeza a los más talludos de sus súbditos. Era el hombre más hermoso de su tiempo y el más bravo de sus guerreros. Los leales ricos-hombres que le acompañaban en las batallas tenían que sujetar las riendas de su caballo para que no se lanzase temerariamente en los sitios de mayor peligro, a veces, para salvar la vida de un humilde ballestero o peón de mesnada.

Cuando don Jaime llegó a la puerta de la casa en que se defendía a la desesperada el emir, penetró solo y subió a saltos la escalera, llegando en pocos segundos a una amplia estancia en cuyo centro estaba el sarraceno esperando con sereno valor el golpe de gracia de la temida

«Tizón» del aragonés. Tal era el efecto que infundía la sola proximidad de don Jaime, quien llegó a decir que ahuyentaba a sus enemigos con la cola de su caballo.

—No temáis por vuestra vida—dijo el cristiano avanzando hacia su enemigo, pues él no era hombre que se ensañaba con los vencidos—. Se limitó a coger al emir por la barba para ganar una apuesta que hizo en una ocasión en que el moro trató de burlarle con un falso pacto de rendición. Podéis figuraros la satisfacción que sintió el arrogante adalid al obtener aquella venganza simbólica contra el enemigo que le había escarnecido. Después de recibidas las llaves de la ciudad, le dejó marchar libremente a Túnez con cuantos habitantes quisieran seguirle. El rey cristiano era muy caballeroso con sus enemigos derrotados.

Presenciaba la escena anteriormente descrita un muchachuelo de trece años, cuyos ojos oscuros, muy abiertos, miraban con supersticiosa admiración al rey de los cristianos. Era el hijo del emir, en quien el asombro pudo más que el miedo. Llevaba una capa blanca, debajo de ella un camisote carmesí y, ajustado al cuerpo, un juboncillo de seda también blanco.

—Acercaos—le dijo afablemente don Jaime con aquella sonrisa abierta y campechana que tantas victorias diplomáticas le había granjeado—. El doncel moro corrió a postrarse a sus pies y besó su mano. Don Jaime dijo al emir:

—Me quedo con tu hijo, que será príncipe en mi corte y tendrá castillos y vasallos.

Accedió el padre, con lo que el hijo del monarca musulmán pasó a ser don Jaime de Mallorca. Ni que decir tiene que su protector le hizo bautizar e instruir en el cristianismo y lo tuvo a su lado para hacer de él un auténtico caballero y rico-hombre de Aragón.

Pocos años después de la conquista de Mallorca, emprendió el rey de Aragón la liberación de Valencia, joyel el máspreciado de su largo y glorioso reinado de sesenta y tres años. El asedio de la perla del Turia fue laborioso y sangriento y en él hizo sus primeras armas, al lado de su padre adoptivo, el gallardo Jaime de Mallorca, cuya adhesión inquebrantable duró hasta la muerte, pregonando la nobleza de la raza de que procedía.

Entre sitiadores y sitiados se lanzaban retos a desafíos singulares en que unos y otros hacían gala de su destreza y de su gentileza caballeresca.

Un día, once caballeros del arzobispo de Narbona «tornearon» con once jinetes sarracenos, flor de la caballería de la ciudad. Emplearon

éstos un ardid para vencer a los cristianos, que consistía en fingirse vencidos y huir hacia un lugar enfangado para que los del arzobispo se atascasen y entorpeciesen y fuesen fácilmente descabalgados. Don Jaime vió a tiempo la argucia y, sin poder contenerse, galopó hacia el campo del torneo gritándoles que retrocediesen. Con ello les salvó de una muerte segura, pero estuvo a punto de perder la vida, porque cuando regresaba volvió la cabeza y un sarraceno disparó contra él un certero ballestazo. A pesar de lo mucho que ha adelantado la medicina, no podemos comprender ahora cómo aquella herida no le costó la vida al Conquistador. El proyectil atravesó el casco de suela y se clavó en la cabeza cerca de la frente. Un dolor intenso contrajo las facciones del monarca. El joven Jaime de Mallorca galopó hasta poner su caballo junto al del herido e intentó recoger en sus brazos el gigantesco cuerpo que iba a desplomarse; pero aquel cuerpo no vaciló siquiera. Una expresión de furor enrojeció el rostro del herido al mismo tiempo que la sangre, que manaba abundante.

—¡Avant, rellamp! ¡Via fora! Que quiere decir: ¡Adelante, relámpago! ¡Abridme paso! Y siguió galopando hacia su tienda. Con un cendal se limpiaba la sangre y ¡sonreía! para que sus tropas no diesen importancia a la herida y no desmayasen en el asedio. Una vez en la tienda, con su propia mano asió el asta de la saeta, y el esfuerzo para arrancársela fue tan violento que el vástago de dura madera de cerezo se quebró cerca de la herida.

El Conquistador tuvo que estar cinco días recluso en su tienda para ocultar a los suyos que se le había entumecido la cara e hinchado los ojos con pérdida de la vista.

El de Mallorca no se apartó de su lado y le hizo de enfermero y de lazarillo abnegado. No dicen las crónicas qué cirujano ni qué raras medicinas de la farmacopea medieval lograron la recuperación de la vista y la curación en pocos días. La vitalidad de aquellos hombres era portentosa.

Uno de aquellos días de forzada reclusión estaba el hijo adoptivo sentado en un escabel junto a las enormes rodillas del ciego. Tal vez escuchaba embelesado las portentosas hazañas que éste le relataba; quizás, su infancia en el castillo de Monzón entre los Templarios de Guillermo de Monredón... La regia mano acariciaba la hermosa y varonil cabeza del doncel y, al pasar por sus mejillas, se detuvo con una mezcla de ternura y de orgullo, diciendo:

—Dejaos crecer la barba, Mallorca. Y que esta sea la última mano de hombre que ose posarla en ella.

Con esta sentencia, el más esforzado guerrero de aquel siglo vino a dar el espaldarazo de caballero al hijo de su antiguo prisionero. En prueba de lo cual y del cariño que le profesaba, le hizo donación, de por vida, del señorío sobre la villa y el castillo de Gotor.

* * *

Said-ben-Alhakén no se olvidó tan fácilmente de su hijo. Lo sabía rico y poderoso entre los cristianos, olvidado de la patria y religión de su infancia. ¿Sería auténtica su conversión?

En aquella época, cristianos y moros, cuando no peleaban, se intercambiaban visitas y regalos, por lo que no hubiese tenido nada de extraordinario un encuentro amistoso entre padre e hijo. Pero el antiguo emir de Mallorca era al presente un anciano desvalido que arrastraba en Túnez una existencia miserable. Resultaba humillante para él presentarse así en el castillo de Gotor ante el noble señor que casi gozaba de las prerrogativas de infante de Aragón.

Por los moros de Denia y de Xexona (ahora se llama Jijona) supo el destronado que su hijo había contraído matrimonio solemne con una infanzona de lo más linajudo de Zaragoza y supuso, con acierto, que la esposa haría arraigar más fuertemente las creencias y la lealtad del protegido del rey. Se habría de contentar, pues, con verle de lejos, sin darse a conocer; con rozar sus vestiduras cuando visitase la morería de alguna población recién reconquistada...

Con esta obsesión clavada en el cerebro, Said-ben-Alhakén pidió como limosna un rinconcito en un bajel que hacía la travesía entre Bujía y Alicante, que entonces todavía estaba en poder de la Media Luna.

Arrastrado por vientos huracanados que soplaban hacia Oriente, el diminuto y tosco bajel moruno tardó diez días en hacer la travesía que hoy se realizaría en pocas horas. Fueron diez días de tortura para el desgraciado Said, tirado en cubierta sobre unos harapos, expuesto a los puntapiés de los brutales marineros, azotado por la lluvia y el viento y abrasado por la impaciencia de ver realizados sus sueños de tantos años.

Jaime de Mallorca se hallaba en aquel tiempo en el campamento que el Conquistador había plantado frente al formidable castillo de Játiva. Por los alrededores del vasto campamento pululaban mendigos, juglares, curanderos y vendedores de la más extraña mezcla de mercancías. Se veían confundidas las vestiduras cristianas con las moriscas, de modo que le era fácil a un espía o fugitivo introducirse hasta las mismas

tiendas de los sitiadores. Utilizando este ardid, llegó un día Said-ben-Alhakén hasta pocos pasos de la tienda de Jaime de Mallorca, enclavada en medio de las que cobijaban a los caballeros, mesnaderos y peones del señorío de Gotor. Llevaba el moro colgada del cuello una bandeja con golosinas morunas muy gratas a los rudos paladares de los soldados cristianos: pastas hechas con miel y almendras, cuya fórmula ha llegado hasta nosotros con el nombre de turrón.

Vendiendo trozos de turrón a unos y otros, logró asomarse a la tienda de su hijo, quien, sin conocerle, le ordenó que dejase allí todo lo que le quedaba por vender, pues que él se lo compraba, ya que le recordaba su infancia en Mallorca, cuando aquellos dulces hacían sus delicias.

—Mallorca es mi tierra, señor—dijo el moro postrándose en tierra, en ademán de besar los pies al guerrero español.

Las facciones de Jaime se llenaron de ternura y una sombra de tristeza asomó a ellas:

—¿Estabais allí cuando los cristianos la conquistaron?

Ahora fueron las facciones de Said las que se contrajeron de enojo, pero como tenía la cabeza inclinada hacia el suelo, nadie pudo advertirlo y contestó con el mismo acento de humildad:

—Alá todopoderoso permitió que la perdiésemos. Acatemos su voluntad. Yo la abandoné con su último emir, el desventurado Said-ben-Alhakén.

—¿Sabéis de él? ¿Vive todavía?—preguntó con viveza don Jaime, sin poder contenerse.

—Avergonzado de su derrota, se hurtó a la vista de los hombres. Se cree que huyó a la Meca.

—¿Seguirá allí? ¿Le ha visto alguien?

—¿Entendéis el árabe, magnífico señor?—preguntó ahora Said, levantándose del suelo.

—Sí; lo entiendo y me place mucho escucharlo.

—¿Dais vuestra venia para que entone en vuestra presencia una trova cuya música os recordará los jardines de Mallorca?

—¡Que me place!—exclamó con viveza y alegría don Jaime—. Comenzad presto.

Los tres caballeros que se hallaban presentes en la tienda hicieron un gesto de hastío, pues no entendían la lengua en que iba a cantar el buhonero y se fueron acercando a la puerta de la tienda para distraerse con el barullo del campamento.

Don Jaime comprendió por instinto que la trova que le ofrecía el viejo mallorquín no venía a humo de pajas, sino que en forma más o menos alegórica y encubierta, encerraría una respuesta a sus preguntas sobre el paradero del último emir de Mallorca y se dispuso a escuchar con los cinco sentidos.

Said-ben-Alhakén comenzó un relato en árabe cantado con una dulce tonadilla del país que, traducido, venía a decir así:

—«Escuchad, caminantes, esta historia que tiene el ardor del desierto, la fiereza del tigre y el dulzor de los dátiles. Detened los corceles y escuchad. Aprended la enseñanza que encierra esta fábula antigua que escuché en la Medina de los Omeyas una noche de Ramadán ya muy lejana».

—¡Seguid!—le pidió don Jaime, entusiasmado, con la trova.

—«La bella cristiana de tez de rosas y trenzas de oro cautivó con sus miradas al fiero príncipe de piel oscura y ojos de fuego que recorría el desierto al frente de mil lanzas invencibles. Supo el poderoso rey, por una de sus esclavas, la mágica servidumbre a que el príncipe su hijo se hallaba sometido, pero nada quiso decir a éste y prefirió dejarle en libertad para conocer la fuerza de sus creencias...»

Jaime de Mallorca escuchaba sin pestañear para no perder una sílaba de lo que, como sospechaba, iba a ser su propia historia. Maquinalmente iba comiendo la rica golosina que el viejo había dejado en la bandeja a sus pies.

—«El príncipe se fue muy lejos, arrastrado en el torrente de su amor por la cristiana. El rey lo maldijo sin derramar una lágrima, y los mil jinetes clavaron sus lanzas en la arena en señal de luto».

Jaime quedó pálido al oír lo de la maldición del padre, quien al advertirlo tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no le traicionase su propia voz:

—«Pasaron muchos años y el que fue adalid del desierto en nombre de Mahoma se convirtió en un poderoso caballero en las tierras de la cristiana de piel de rosa y cabellos de oro...»

Un día de descanso en la pelea, llegó hasta la tienda del renegado un viejo sarraceno que vendía esos higos confitados que en los serrallos de Arabia endulzan las lentas horas de las sultanas...»

—¡Pensad que os jugáis la vida!—murmuró entre dientes Jaime de Mallorca, apretando los puños para contener su enojo.

El recitador le hizo un gesto de calma para que le dejase llegar hasta el final. Un perrillo sin raza, de los que husmeaban entre las tiendas las sobras de las comidas, se aventuró hasta los pies del cristiano y lamió las migas de turrón de la bandeja ya vacía. El viejo terminó así su relato:

«No pudo el príncipe resistir a la gula. ¡Tanto tiempo hacía que no comía aquellas delicias...! Y cayó muerto a los pies del rey justiciero: envenenado».

Jaime se levantó y se llevó las manos a la garganta. Un sudor frío le bañaba el cuerpo.

Said no se inmutó ni contestó a su hijo. Sacó de entre sus mugrientas ropas un último trozo de turrón y se lo arrojó al perro hambriento:

—No temas por tu vida, hijo mío—habló entonces el viejo y señaló al perrillo que se retorció en el suelo agonizando:

—Con esto te demuestro la diferencia que a mis ojos existe entre el príncipe de la trova y el noble hijo del emir de Mallorca. Yo te bendigo y alabo a Dios por las venturas que te ha concedido.

Padre e hijo se abrazaron llorando en la soledad de la tienda.

* * *

Blasco de Pertusa supo pronto que Jaime de Mallorca recibía algunas noches en su tienda a un viejo juglar morisco y se encerraban a solas con el pretexto de que los romances y cantos de Mallorca eran la diversión favorita del señor de Gotor.

Blasco de Pertusa, infanzón de Sobrarbe, era uno de los envidiosos que no le perdonaban a Jaime la privanza de que gozaba cerca del rey. El Conquistador era muy dadivoso con sus guerreros, y esto no resultaba grato a los quince infantes ni a las doce grandes familias que desde el alzamiento de San Juan de la Peña se consideraban los únicos nobles «de naturaleza».

A la reina doña Violante le habían llegado a insinuar que el hijo del emir destronado aspiraba a recuperar el trono de Mallorca en el testamento del Conquistador.

Todos los envidiosos juntos consiguieron que naciera la duda en el corazón del rey. Así, una noche llegó de improviso a la tienda del de Gotor y penetró el primero con la «Tizón» en la mano. ¡La acusación era cierta! Su ahijado estaba en conciliábulo secreto con un espía de la plaza sitiada. El aragonés era impulsivo y violento; se arrojó sobre el joven y le asió por la barba gritando:

—Aprestad vuestra espada, traidor. Por mi mano voy a castigar vuestra felonía. Pero os daré campo donde defenderos y matarme si podéis, como por lo visto es vuestro deseo.

El acusado permaneció callado, paralizado por el estupor. Said se arrojó a los pies del gigante y suplicó:

—¡Mi hijo es inocente! Mi hijo es el vasallo más fiel que tenéis. Por nada del mundo os abandonaría. Me lo estaba diciendo cuando vos entrasteis.

Jaime I era muy buen fisonomista y no tardó en reconocer, a pesar de los cambios, a su antiguo rival de Mallorca. La alegría que sintió al ver derrotada la cobarde calumnia fue tan grande que empezó a reír a carcajadas y a repartir palmadas y abrazos. Tenía un corazón tan generoso e infantil que hizo repartir entre la soldadesca todo el vino de su despensa y todo el dinero de las arcas reales.

Desde las murallas de Játiva vieron los enemigos las hogueras donde se asaban cabritos y corderos y oyeron los alegres cantos de los sitiadores.

—¡Mal agüero para la fortaleza!—pensaron mohinos.

Sólo una persona no participaba de la alegría general, a pesar de ser el principal motivo de ella. Jaime de Mallorca apretaba los dientes y bajaba los ojos. Se encerraba en su tienda y paseaba por ella como un león enjaulado:

—Que esta sea la última mano de hombre que ose tocar vuestra barba—le había dicho el rey aquel día feliz en que, ciego por el saetazo, le acarició como niño por última vez.

—¿Qué se hace cuando el ofensor es el propio rey a quien veneráis y a quien debéis todo lo que sois?—se preguntaba durante sus largos y desesperados monólogos.

Said contó entonces a su hijo un cuento oriental digno de haber figurado en las *Mil y una noches* y que terminaba así:

—«El astuto Rach-el-Balduk vengó la afrenta que el sultán cazador le hiciera aquel día ante toda la corte. En adelante, cuando iban de cacería, la flecha lanzada por Rach-el-Balduk partía segundos antes de que la del sultán saliera del arco. Las fieras más hermosas y difíciles, muertas por la primera flecha, rehuían el honor de ser abatidas por el sultán. Hasta que el sultán cazador murió de rabia y de melancolía».

Jaime de Mallorca comprendió en seguida lo que le quería sugerir su padre y aquella misma noche atacó por sorpresa el fuerte que era la

llave de la fortaleza sitiada, o sea, abatió con un certero golpe la pieza más deseada por el rey. En otras circunstancias, esto le hubiera costado caro, pues era una desobediencia y una humillación para el caudillo supremo, pero éste comprendió muy bien el móvil de su ahijado y no sólo le felicitó ante el ejército entero, sino que le nombró alcaide perpetuo del fuerte y le dijo:

—La mano de un rey paternal y justiciero no trajo ofensa sobre vuestro rostro. Pero veo con gozo que no soportáis baldones y sabéis desquitáros con honor y provecho.

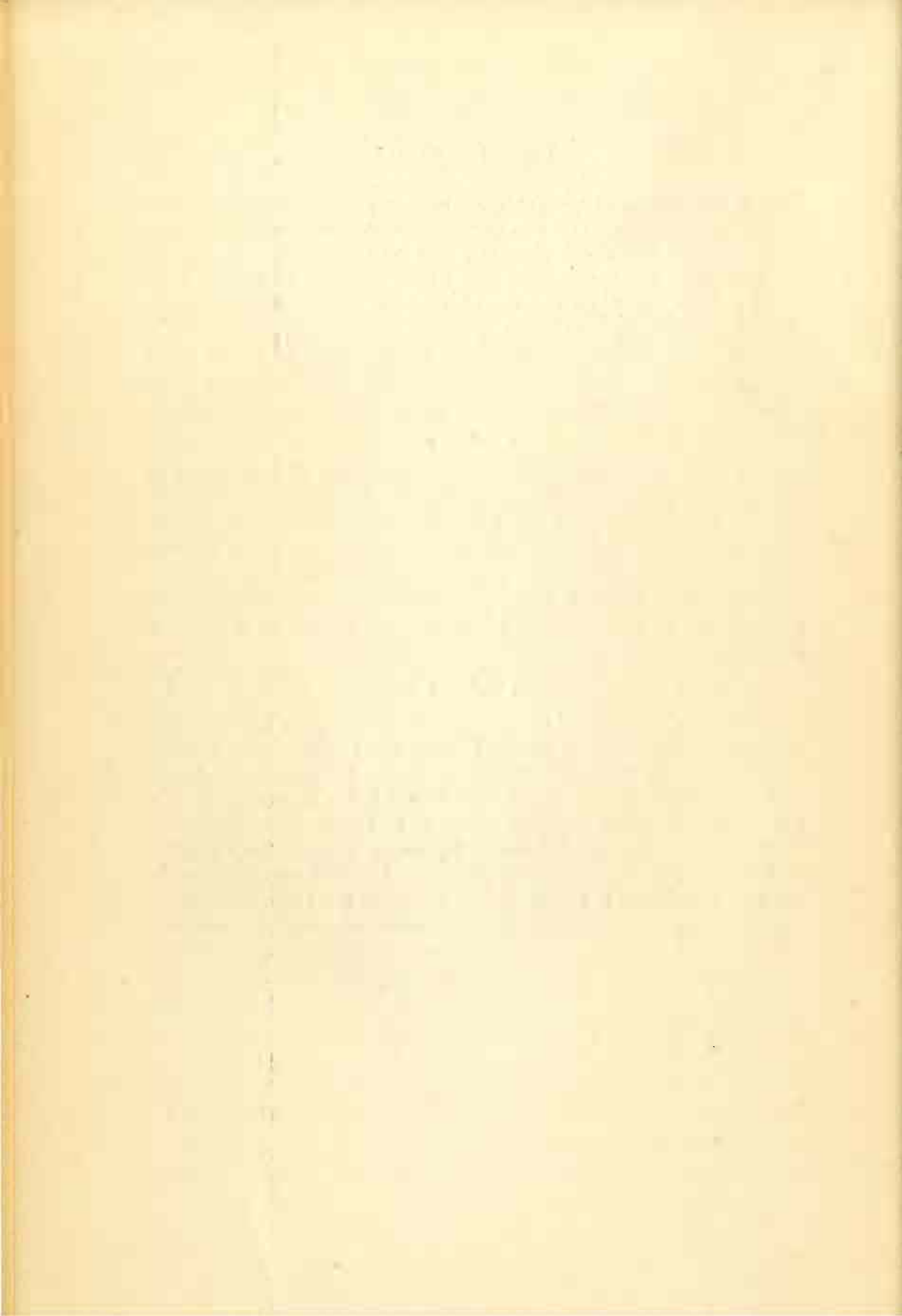
* * *

En 1835 las turbas revolucionarias saquearon el monasterio de Poblet donde estaban sepultados los reyes de Aragón con sus reinas e infantes. Vaciaron los sepulcros, hicieron bailar las momias y mezclaron los huesos. Manos piadosas volvieron a darles tierra y Jaime el Conquistador pudo ser reconocido porque su esqueleto era inconfundible: el más grande de todos; el único gigantesco. Además, ostentaba en la sien derecha de la calavera la brecha que en el sitio de Valencia le abriera una saeta sarracena.

* * *

Como un misterio del destino, también la tumba de Jaime de Mallorca sufrió una extraña y sigilosa profanación. Fue sepultado al morir en la cripta de la iglesia del castillo de Gotor. Su muerte había sido edificante. Sobre su cadáver, la espada que había manejado en vida ponía entre sus manos cruzadas la cruz de su empuñadura.

Cinco años después, la viuda lo trasladó a un soberbio mausoleo de alabastro y tuvo la curiosidad de abrir el féretro. Cuentan las leyendas que, en lugar de la espada, era un alfange lo que reposaba sobre su cuerpo, de tal manera que la Media Luna había ocupado entre sus dedos el puesto de la Cruz redentora. Se reparó inmediatamente la sacrílega usurpación, pero nadie ha podido explicarse nunca cómo pudo el fanático y terco Said-ben-Alhakén lograr aquella efímera victoria póstuma sobre el sueño eterno del hijo cristiano.



INFORMACIÓN CULTURAL

Una efigie notable.

Ignorada de todos, en los desvanes de la Casa Consistorial de Huesca se ha conservado una efigie románica de Nuestra Señora, sedente, con el Niño sentado entre las rodillas. Ha sido descubierta recientemente, y voy a dar su descripción por vez primera.

Es un ejemplar que añadir a los que, del mismo estilo románico, existentes en esta provincia, describo en mi *Catálogo monumental de España. Huesca*, publicado en el año 1942 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Arte «Diego Velázquez». En el volumen de grabados doy las fotografías de las Vírgenes de Salas (figura 106), Montserrat (108), Cillas (161) y Santa Lucía (162), en la capital; Ayerbe (256), Yéqueda (303), Liesa (326), Loarre (342), Loscorrales (354), Graus (359), Nueno (361), Panzano (363), San Martín de la Val de Onsera (371 y 372), Berbegal (470), Monzón (493), Hecho (501), Selgua (503), Benabarre (510), Roda de Isábena (572 y 574), Sopeira (628), Iguácel (752), Agüero (165), Riglos (884 y 888) y Monasterio de Sijena (954). Algunas de estas imágenes han desaparecido.

Antes, en la revista de arte «Museum», de Barcelona, vol. III, año 1913, núm. 12, publiqué un artículo titulado *Iconología mariana en la provincia de Huesca*, ilustrado con las fotografías de las Vírgenes de Arraro, en Panzano; Foces, en Ibieca; del Monte, en Liesa; Yéqueda, Salas, Cillas y Montserrat, en Huesca.

Don Virgilio Valenzuela Foved ha publicado en ARGENSOLA, núm. 20, (1954), una conferencia suya con el título *Presencia de María en Aragón y en su historia*, en la cual incluye la fotografía de la Virgen de Cillas, en Huesca, más la de la efigie a la que me refiero en la presente nota, pero sin hablar de la misma en el texto. En el grabado le adjudica, con acierto, el siglo XII.

Mide setenta centímetros de altura, y está tallada en madera de pino, sin cavidad posterior para reliquias, y conserva resto de color verde oscuro en las vestiduras, y de encarnación en los rostros de Madre e Hijo. La Virgen está sentada de frente en escabel rematado en bolas en los extremos del respaldo; escabel no marcado en los lados. Viste túnica y manto y ostenta corona a modo de bonete, terminado en cruz por

delante. La túnica muestra pliegues terciados sobre las piernas. Calza zapatos. Tiene los brazos en ademán de coger al Niño. Le faltan las manos; una de ellas se ha encontrado suelta. El rostro es fino, alargado, de rara belleza si lo comparamos con casi todas las imágenes del grupo de la época.

Jesús aparece sentado entre las rodillas de la Virgen, mirando al frente. Viste túnica y manto sin pliegues terciados. Lleva corona a modo de bonete y va descalzo. Le falta la mano derecha, y con la izquierda sostiene el Libro de la Vida. El rostro es también fino y alargado, afín al de la Madre.

Es una efigie de arte románico del último tercio del siglo XII, que forma buen trío con las de Nuestra Señora de Salas y de Montserrat, las tres en Huesca y las más antiguas y mejores de las conservadas en la provincia. Es la tercera en tamaño, y se distancia poco cronológicamente de las otras dos. Las restantes son muy del final de la centuria o entrando el siglo XIII. Pertenecen, por tanto, al tipo primero, grave y rígido, con el niño sentado exactamente entre las rodillas de su Madre, y de frente, como dirigiéndose al pueblo. Este tipo corresponde al siglo XII. No se conocen imágenes marianas exentas anteriores. Al final de aquella centuria, Jesús se sienta sobre la rodilla izquierda de la Virgen, aunque sigue de frente, y junto a otros caracteres de expresión, ropaje y atributos en las manos, y el ademán de bendición, determinan el tipo transitivo, que se manifiesta hasta muy entrado el siglo XIII para desembocar en el tipo humano, gótico, sedente aún, y después en el de pie, con el Niño en brazos mirando a su Madre.

La efigie mariana de la Casa Consistorial es un ejemplar muy notable, que sigue en interés iconográfico de conjunto a las Vírgenes de Salas y Montserrat; y en la fina estilización de los rostros las aventaja.

No encuentro noticia histórica de esta imagen. En un inventario «de todas las cosas y alhajas que tiene el andador encomendadas en las Casas de la Ciudad», del año 1664 (publicado en mi estudio *Apuntes sobre el antiguo régimen municipal de Huesca*, Huesca, 1910, págs. 48-50), no aparece incluida. Pudo recibir culto en la capilla de la Casa Consistorial; pero por su tamaño y su data me inclino a creer que procede de una ermita de la ciudad, o, mejor aún, de alguno de los lugares donde el concejo oscense ejerció señorío en otro tiempo.

Entiendo que debe ser instalada en sitio adecuado y visible o depositada en el Museo Arqueológico de la capital para que sea admirada.—
Ricardo del Arco

*Ciclo de conferencias organizado por la
Asamblea Provincial de Cruz Roja.*

La Cruz Roja Provincial, al igual que el año anterior, ha organizado durante el mes de marzo unas conferencias sanitarias, y si entonces el tema giró sobre el cáncer, este año ha sido sobre la tuberculosis. En este marco tan docente que nos depara el Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal» en su Aula Magna, tuvieron lugar los actos, todos ellos presididos por el excelentísimo señor gobernador civil, asistido por las primeras autoridades eclesiásticas, militares, locales y provinciales.

El ciclo fue inaugurado el día 16. En su previo parlamento justificó el ilustrísimo señor presidente de la Asamblea Provincial de la Cruz Roja, doctor Cardesa, la razón de estas conferencias y pasó a continuación a la presentación del ilustre conferenciante, excelentísimo señor don Alberto Rodríguez Cano. Este, observó, tiene muchas facetas; bien pudiéramos pluralizar su personalidad adornando con muchas virtudes cada una de sus actividades. Para llegar al acto de hoy, el general Rodríguez Cano nos depara la siguiente lección. En sus mocedades marchosas, con vistoso y preciado uniforme, compagina la obligación castrense con el estudio de la Medicina y así en enero de 1928 se licencia en Medicina y Cirugía. ¿Cómo actuó en la vida castrense? No soy, afirmó el doctor Cardesa, el indicado para decirlo, ni éste el lugar más apropiado para exponerlo; sólo reconoceré que en lo mejor de su vida ha llegado al generalato. El doctor Rodríguez Cano, después de licenciarse, quiere cultivar la Medicina seriamente y para ello ingresa en la escuela del profesor Marañón, permaneciendo a su lado varios años, trabaja con intensidad y ejerce con éxito la profesión en Madrid. A raíz del Movimiento Nacional, desde 1936, abandona la Medicina para incorporarse definitivamente al Ejército. Alguien se preguntará si a esta tribuna ha llegado la figura del general más que la del médico. Hay que deshacer esta duda. La personalidad médica del doctor Rodríguez Cano pronto se pone de manifiesto; en la conversación se le ve como el pez en el agua hablando de Medicina; habla con tal conocimiento de causa, persuasión y amenidad que pronto nos sentimos junto a un prestigioso médico activo. Durante su breve permanencia entre nosotros, bien hemos podido reconocer en él al caballero ejemplar y al padre esmerado en la educación de sus hijos. Para no dilatar más estas frases, el doctor Car-

desa recordó un episodio universitario de sus años estudiantiles. Cierta profesor nos hablaba—dijo—de cómo eran las grandes figuras, siendo corriente entre ellas poseer una carrera y un oficio; así, Jorge V, rey de Inglaterra a la sazón, era rey y cordelero. Pues bien, don Alberto Rodríguez Cano es general del ejército español y prestigioso médico.

El excelentísimo señor general don Alberto Rodríguez Cano, gobernador militar de la Plaza y provincia, desarrolló a continuación su conferencia titulada *Qué es la tuberculosis*.

Comenzó agradeciendo las frases del doctor Cardesa, llenas de afecto, pasando después a explicar su lección sobre el pronóstico de la tuberculosis en la actualidad, es decir, saber si un enfermo puede curarse o no tiene salvación. La tuberculosis lleva desde hace años una marcha decreciente, como lo demuestran las estadísticas citadas someramente. En 1900, el número de personas que pagaban su tributo a la muerte con esta enfermedad era de 203 por cada cien mil habitantes. En 1920, el índice de mortalidad era de 172, y en 1934, fue de 111. Estas cifras se producían antes del empleo de los antibióticos y de otros medios modernos de ataque. Sin embargo, esta marcha aleccionadora experimenta una regresión considerable en los duros años de la potsguerra, a consecuencia de las deficientes condiciones alimenticias por las que hubo de pasar España, regresión que pronto desapareció para volver a disminuir el número de muertos por esta causa.

Pero hay que tener cuidado, porque el mal todavía no ha sido derrotado en toda la línea, como lo han sido, por ejemplo, la sífilis o la clorosis. Hay una ley en Medicina que expresa cómo el crecimiento demográfico de una población, bien sea por absentismo rural o por la creación de nuevas industrias, trae aparejado un aumento paralelo de tuberculosis. En el caso de Huesca, ciudad en trance de una profunda transformación agrícola, es conveniente prever esta contingencia, ya que serán muchos los que acudan a nosotros en busca de trabajo y bienestar. En este orden de cosas se da un caso curioso: los hombres moradores de la alta montaña que nunca han tenido contacto alguno con el bacilo de Koch, al engrosar las ciudades y grandes núcleos de población, adquieren la enfermedad de una forma violenta y muchas veces fatal.

¿Qué es la tuberculosis? El doctor Rodríguez Cano, con una extraordinaria agilidad, describió sus síntomas, ya estudiados por los chinos y por Hipócrates, que sorprenden por su espíritu de observación. Hipócrates decía que la dolencia prendía con mayor facilidad en cierta clase de tipos humanos. Las terapéuticas anteriores a la era cristiana

eran extrañas y empíricas. Durante la Edad Media, las supersticiones eran aplicadas a la curación. El caso de Enrique IV de Francia es un buen ejemplo de ello. El monarca se creía con poder de curación, y para ello desfilaban ante él los atacados de peste blanca y éste les ponía la mano en la cabeza y decía: «Yo te toco y Dios te cura». Tanto auge adquirió esta superstición, que miles de atacados acudían ante el rey, cuyo ejemplo también siguió María Tudor de Inglaterra.

Pero es en los siglos XVII y XVIII, cuando se abren dos caminos en la lucha contra la tuberculosis: el clínico y el bacteriológico. En el primero, el avance más notable lo da un alemán, que tenía por costumbre para reconocer cuánto vino había en las cubas, el de golpearlas, adivinando por el sonido la altura del líquido. Aplicado a los seres humanos, se obtuvieron profundos avances, ya que los médicos tenían después buen cuidado de confrontar sobre el cadáver sus datos por auscultación. Sin embargo, el método cayó en desuso hasta Corvisart, médico de Napoleón, el cual recopiló lo escrito por el descubridor del sistema, apropiándose la gloria y el éxito del método. No obstante aún habría de perfeccionarse más. Laenec observó que unos niños que jugaban a columpiarse en un madero sobre otro, después de cansarse, uno de ellos arrimaba la oreja a uno de los extremos, mientras otro daba golpecitos en el lado opuesto, oyéndose con nitidez la repercusión. Entonces se le ocurrió auscultar a un enfermo, mediante un rollo de papel, con buenos resultados. En resumen, se había hallado un medio de exploración clínica de indudable valor.

El camino de la bacteriología se inicia en Holanda, gracias a la afición de un conserje a tallar lentes. Un día se le ocurrió poner debajo de una de ellas una gota de agua y pudo observar una enorme multitud de bichitos: había nacido el microscopio. El invento fue aprovechado por Spallanzani, para demostrar que no existía generación espontánea, sino que esos animales minúsculos nacían, crecían y se reproducían y morían. La aparición de Pasteur y de Koch, dos colosos de la ciencia, aportó nuevas y fecundas rutas en la lucha contra las enfermedades, entre ellas la tuberculosis. Citó a continuación con gran detenimiento facetas de la vida de estos gigantes de la Humanidad, con gran profusión de datos, a cada cual más notables e interesantes.

Describe la existencia del microscopio electrónico, explicando que no funciona a base de lentes, sino con electrones y con él se pueden obtener aumentos hasta de 45.000; mientras que los mejores del módulo clásico sólo llegan a 1.800. Gracias a este adelanto, ha podido conocerse

casi en su totalidad la bioquímica del bacilo de Koch, del cual hasta ahora no se ha podido descifrar la estructura de unos puntitos negros, que son moléculas, fácilmente disociables. Se extendió sobre el tema, demostrando sus profundas dotes de investigador, para terminar haciendo un recuento de los medios modernos de combate contra la peste blanca, citando los antibióticos, la vacuna Calmete-Guerin y glosando detalladamente la resistencia natural de algunos individuos al contagio, así como la hipersensibilidad de otros, a lo que Von Pirquet llamó alegría. Seguidamente mostró a la concurrencia unas microfotografías del microbio de la tuberculosis, visto a través de unos 25.000 aumentos, las cuales despertaron una gran curiosidad por su valor científico.

Lo segunda conferencia tuvo lugar el día 21; corrió a cargo del doctor don Laureano Menéndez de la Puente, director del Dispensario Antituberculoso de esta capital y del Sanatorio «Montearagón», bajo el tema *Colaboración social en el pronóstico actual de la tuberculosis*. Hace la presentación del orador el ilustrísimo señor don Miguel Dolç, director del Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», poniendo de manifiesto la gran labor científica del ilustre conferenciante a través de su brillante actuación en el Laboratorio Provincial de Madrid, en el Instituto Español de Hematología y Hemoterapia y en la Estancia Sanatorial portuguesa de Caramulo.

Comenzó diciendo el doctor Menéndez de la Puente que el médico, al enfrentarse con una enfermedad infecciosa, estudia primero cuál ha podido ser el origen de la misma, es decir, la etiología, y después, en fases sucesivas, su patogenia y su terapéutica. Tres cuestiones que son idénticas a las que se plantea el enfermo que acude al Dispensario para ser reconocido y diagnosticado. Si se confirma la existencia del mal, entonces se hacen las tres preguntas siguientes: ¿Y ésto de qué viene?, es decir, su etiología. ¿Habrá peligro de contagio?, la epidemiología; y la final: ¿Se curará?, la terapéutica. Sin embargo, la tuberculosis, cuyo pronóstico actual es mucho menos oscuro que lo fuera hace tan sólo veinte años, no ha sido todavía vencida. Necesita una colaboración total, tanto por parte del afectado como de la sociedad que le rodea. En este orden de cosas, el médico debe ser el portador de la lucha contra esta plaga, cumpliendo un doble cometido: el del profesional y el del propagandista, divulgando todas las facetas y repercusiones de la peste blanca.

La dolencia se caracteriza, en su proyección pública, por el intenso

terror que inspira, casi siempre exagerado. La causa de este singular pánico se debe a que es una enfermedad que no respeta ninguna clase social, por una parte, y por otra, a la abundante literatura de la época romántica, rica en personajes tuberculosos, muchos de cuyos autores y personajes murieron presos de la tisis. Sin embargo, el temor tenía sus fundamentos, tanto que él recuerda la frase de su profesor, Enríquez de Salamanca, en el sentido de que si un médico diagnosticaba neumonía caseosa y el paciente sobrevivía, era que el ojo clínico del médico había fallado.

Sin embargo, forzoso es reconocer que este panorama pesimista ha evolucionado notablemente. Hoy, con la ayuda de nuevas drogas y la B. C. G., que han hecho posible los tratamientos quirúrgicos pulmonares, el avance ha sido magnífico. Pero estas drogas pueden ocasionar, de hecho, grandes inconvenientes, sobre todo cuando no se usa la vigilancia del médico. Así, por ejemplo, la hidrazida adquirió pronto tal renombre que la gente la adquiría por su cuenta y riesgo, como si fuera artículos de «nylon».

La dificultad más acuciante que su diagnóstico actual presenta, es en aquellos casos de enfermedad sintomática o inaparente. El enfermo acude al Dispensario porque no está bien, y el examen radioscópico, en efecto, no registra lesiones. El remedio está en reconocimientos periódicos, ilustrando este capítulo con citas. Así, por ejemplo, entre los examinados en el Dispensario de Huesca, en 1954, por primera vez, un 33 por 100 tenían lesiones en fase avanzada. El problema de reconocimiento masivo y periódico presenta muchas dificultades, aunque la fotorradioscopia, de Abreu, modificada por un médico español, puede dar buenos resultados. En este quehacer social de la Lucha Antituberculosa destaca a los maestros y a la Sección Femenina, entidades cuyos miembros son examinados con cualquier motivo de traslado, oposiciones, concursos y viajes.

Continúa el orador con un detallado estudio de estadísticas locales y aborda después las modernas terapéuticas, de magníficos resultados si se hacen bajo prescripción facultativa, porque, de lo contrario, los espectaculares éxitos obtenidos en sus primeras aplicaciones corren el riesgo de reproducirse por abandono y creencia del enfermo en su total curación, con mayor intensidad. Cita anécdotas de alto valor significativo y termina glosando el aspecto público de la enfermedad. Son muchos los que no quieren ingresar en el Sanatorio. Y allí es donde aprenden algo fundamental: a cuidarse y a prevenir sus recaídas. En

resumen, la colaboración de todos es necesaria en esta fase final de la lucha. Su amenísima disertación, de la que sólo damos un ligero extracto, brilló por su profundo conocimiento de todas las facetas de la enfermedad, tanto en el orden patogénico como en el social.

La conferencia de clausura fue pronunciada el día 23 por el profesor Civeira, sobre el tema *La tuberculosis como problema dentro de la Medicina actual*. El señor presidente de la Cruz Roja, después de dar las gracias a todos y especialmente al excelentísimo señor gobernador civil, por su aportación al éxito del ciclo, y al excelentísimo y magnífico señor rector de la Universidad, pasa a la presentación del conferenciante. Muy ambiciosa es para nosotros —dijo— la participación en el acto de esta tarde, cual es la presentación a la Sala del profesor Civeira. Recurrimos a la recopilación de valiosas opiniones ajenas y con ello habremos salvado el aprieto. El profesor Civeira es hombre cuya inteligencia se halla vinculada a la viveza, actividad, dinamismo y precocidad, encapsulado todo ello por la mesura y prudencia; secreto de sus triunfos, siendo uno de ellos la cátedra a los 27 años. Hace unos siete años era presentado, en esta ciudad, por el doctor Gómez-Ullate como una revelación de la postguerra, con motivo de una conferencia sobre Metabolimetría y fuentes energéticas; el profesor Civeira, en su conferencia, tildó al mundo de viejo, ya que había empezado con la energía atómica a destruirse a sí mismo. En esta conferencia el profesor Civeira, teniendo constancia de ello, cautivó a un auditorio tan copioso como heterogéneo. Cuando llega a nuestra querida Facultad de Medicina de Zaragoza un nuevo catedrático, procuramos, por cuantas fuentes se ponen a nuestro alcance, formar concepto del nuevo elemento y así del profesor Civeira hemos escuchado las siguientes versiones. De un sanitario compañero suyo de hospital durante la guerra, cuando aún no era médico nuestro conferenciante: «Donde había trabajo, ahí estaba Civeira, mereciendo de todos el afecto, estima y respeto». De un profesor de la Universidad de Zaragoza no perteneciente a la Facultad de Medicina: «El prestigio del doctor Civeira pronto salió del ámbito de su Facultad para llegar a toda la Universidad». De un compañero médico: «El profesor Civeira es hombre de grandes vuelos como contrincante». De un estudiante de Medicina: «El profesor Civeira, es fiel cumplidor de su deber, orador ameno y didáctico; habla siempre don Fernando, con la gramática en la mano». Para terminar, nuestro Letamendi decía del médico lo siguiente: «El que sabe sólo Medicina, ni Medicina sabe». El

profesor Civeira es un universitario logrado en el saber, en el decir y en el obrar; es por ello, como exige el citado autor, un auténtico maestro de la Medicina.

Seguidamente, el doctor don Fernando Civeira, cuya presencia fue acogida con grandes aplausos, comenzó a desarrollar su conferencia sobre el tema ya indicado, conferencia magnífica, donde, con una expresión correctísima, elegante en el decir y siempre con amenidad, abundante, ofreció un dominio completo sobre la materia tratada. Comenzó agradeciendo a todos la asistencia, de modo especial a las autoridades y representaciones, y al doctor Cardesa por las palabras que sobre su persona había pronunciado, las cuales—dijo—solamente responden al sentimiento de la amistad.

Consideró oportuno hacer un recorrido sobre las evoluciones del saber técnico para detenerse en aquellos aspectos de la Medicina que ofrecen mayores huellas. En las etapas de la evolución del pensamiento médico, vamos a ver cómo se enfoca el problema de la tuberculosis. Nace la Medicina con el primer dolor del hombre. Y en sus afanes busca lograr dos fines que no ha de poder conseguir: impedir la muerte y anular el dolor. Estudió la figura de Hipócrates, fundador de la Medicina, y señaló los grandes aciertos logrados, los cuales fue estudiando. Fijó la iniciación de un cambio en la postura del médico en los siglos xvii y xviii, en los cuales son introducidas la observación y la objetividad.

Más tarde, en el siglo xix, la Medicina queda convertida en ciencia. Se estudia al hombre y se hacen frecuentes autopsias con el fin de ir al estudio de los órganos. Es entonces cuando se centra, entre las enfermedades de más importancia, la tisis. El descubrimiento del microscopio, que abre tantas posibilidades a la investigación, ofrece un interés extraordinario. La antigua tisis queda convertida en la tuberculosis, merced a la observación microscópica.

Llega el orador al momento en que Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Y surge luego con vigor el estudio sobre las causas de las enfermedades, buscando el conocimiento de los gérmenes que las producen.

Es en el primer cuarto del siglo xx cuando se siente el problema de haberse separado la ciencia de la persona enferma. Y se va a la recuperación de la persona, que se había perdido.

A principios de este siglo, se plantea el problema de la terapéutica y

se planteó en orden experimental. Es el preludeo del momento de hoy; y en la tuberculosis se inicia la cura sanatorial, que tiene mucho de psicoterápica.

¿Cómo se ve el problema de la tuberculosis en el segundo cuarto del siglo xx? Aumentaba la enfermedad o al menos se diagnosticaban muchos más casos. Las posibilidades terapéuticas eran reducidas (cura sanatorial), acudiéndose a la utilización de algunos medios de eficacia no definitiva. La sociedad se conmovió más ante el enfermo tuberculoso que ante aquellos que sufrían otras enfermedades. Y organizó la asistencia, dando el mayor vigor a aquella que se refería a esta clase de enfermos, llevando todos los Estados a sus presupuestos fuertes cantidades para este fin. Se buscó la asistencia al enfermo, pero también el aislamiento del enfermo, en defensa propia ante la posibilidad del contagio. Y el enfermo respondió con la desesperación ante una enfermedad que sabía que exigía mucho tiempo de tratamiento y con la ocultación de su enfermedad ante cuantos le rodeaban.

Otra postura menos corriente es la del enfermo que cree hacer un favor a la sociedad recluyéndose, estimando que no es él quien recibe el favor, sino el que lo hace a los demás. Y aún hay otra postura menos frecuente, la del enfermo que busca en su dolencia resolver sus necesidades, pasando de sanatorio a sanatorio a recibir asistencia para sus pequeñas lesiones.

Llega el orador al momento actual y señala los avances médicos. Habla sobre el quirúrgico, ya que todos los órganos son bien conocidos y ninguno escapa a la intervención quirúrgica. La cirugía contribuye a la curación de la tuberculosis con la resección del pulmón. Y se produce luego el hecho cumbre del siglo: el descubrimiento de los antibióticos.

Estudia luego el orador, de manera acabada, la variación que ha sufrido el concepto del enfermo tuberculoso. La estancia hoy en los sanatorios, la labor que busca la recuperación del enfermo con los poderosos medios de que se dispone, poniendo de manifiesto cómo el enfermo responde de modo bien diferente, sin desesperación de ninguna clase, sino con la confianza de la curación pronta; ni ocultando su mal, que sabe ha de tener el tratamiento eficaz y en perfectas condiciones.

Todos los oradores que intervinieron en el ciclo fueron vivamente aplaudidos.

Por no haber podido asistir a la sesión de clausura el excelentísimo señor don Juan Cabrera, rector magnífico de la Universidad de Zara-

goza, fue el excelentísimo señor gobernador civil quien pronunció unas palabras para dar por terminado este ciclo de conferencias. El señor Gil Sastre felicitó al doctor Cardesa por su labor frente a la Delegación de la Cruz Roja en Huesca, a la que está llevando a la altura que queremos estén todas las cosas que afectan a esta ciudad. Dió las gracias a los conferenciantes señores Rodríguez Cano y Menéndez de la Puente, y de un modo especial, agradeciéndole haberse molestado en su desplazamiento desde Zaragoza, al doctor don Fernando Civeira, que cuenta en Huesca con muchos amigos y grandes simpatías y donde se aprecia tanto su valer. Le rogó que hiciese llegar al rector de la Universidad los afectuosos saludos de Huesca.—D.

Sociedad Oscense de Conciertos.

En el trimestre enero-marzo de 1955 han actuado artistas extranjeros, todos excelentes. En la sesión del día 18 de enero intervino el Quinteto de Instrumentos de Viento, con piano, de Francfort, agrupación fundada en 1923, integrada por solistas de nombre, que interpretan música de cámara clásica y actual. Y así, junto al encantador quinteto, en *mi bemol mayor*, de Mozart, y al famoso y celebrado en *mi bemol*, de Beethoven, y a un «Divertimento», de Haydn, y la introducción y variaciones del romántico Schubert, aparecían piezas de Roussel e Hindemith. Es la primera vez que en esta Sociedad se ha interpretado música de cámara con instrumentos de viento; y a fe que los artistas Reichardi, Plath, Englert, Spach y Emig, más la pianista Carlota Selka, son maestros en el género, de fina pastosidad y sonidos emitidos con dulzura y precisión. Es un excelente conjunto, cuya labor destacó en el quinteto de Beethoven, obra del primer período del inmortal compositor, ya de brillante sonoridad y elegante escritura. Esta obra, y el famoso Septimino, llegaron a exasperar a su autor por la popularidad que entrambas alcanzaron.

El Collegium Musicum de Wiesbaden, del Teatro del Estado, de Hess, actuó hace unos años en esta Sociedad en la segunda audición, con éxito grande; ahora ha hecho su segunda presentación, y no hay que decir que el triunfo de estos artistas alemanes, dirigidos por el violinista Edmundo Weyns, superó al obtenido anteriormente. Es uno de los mejores conjuntos de orquesta de cámara que hoy actúan, constituido por dos violines, viola, cémbalo, cello, flauta, contrabajo, oboe

y fagot. Su especialidad es la música de los siglos xvii y xviii. En la primera parte del programa nos dieron una obertura y una suite, de Juan Sebastián Bach; en la segunda, un encantador cuarteto de Mozart, para oboe, violín, viola y cello, y un concierto del contemporáneo Höller. En la tercera parte, un «concerto» de Vivaldi, para flauta, oboe y fagot, y la suite en estilo teatral, de Couperin, matizada de modo exquisito.

En la velada del día 16 de febrero se presentó el violoncellista suizo Henri Honegger, al piano José María Franco, director de la Orquesta Clásica, de Madrid, y pianista bien conocido. Honegger es un intérprete eminente. Sus versiones de las tres suites de Bach, para cello solo, son de categoría, por su matizado, dicción clara y sonoridad sin decaimiento. Nos dió la número 6, en *re mayor*. Puro deleite fue la interpretación de las piezas de concierto, de Couperin, así como la bella sonata en *la menor*, de Schubert, que expresó con justeza, sin alharacas, como cumple a la sonata clásica y aun a la romántica, donde el piano tiene un papel tan importante como el otro instrumento. Completaron el programa piezas de Bela Bartock, Falla y Martinu.

El Trío Ebert, vienes, constituido en 1949, puede presentarse como modelo de interpretación de música de cámara. Yo la concibo así, como estos tres hermanos la ofrecen, fiel, precisa, graduada hasta el límite. Gustaron tanto, que el auditorio deseó la repetición de este conjunto. El violoncellista Wolfgang y el pianista Jorge Ebert son especialmente notables. Hicieron tres tríos: el en *sol*, de Mozart; el en *mi bemol mayor* —verdadera joya—, de Schubert, y el del Archiduque, de Beethoven, en la ejecución del cual llegó a su ápice la maestría de los artistas y la emoción del público.—*R. del Arco*.

Sesión académica en honor de Santo Tomás de Aquino.

Siguiendo una hermosa costumbre introducida estos últimos años, el pasado día 5 de marzo se celebró en el Aula Magna del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramón y Cajal» una solemne sesión académica en honor de Santo Tomás de Aquino, patrón de los estudiantes. El acto fue presidido por el ilustrísimo señor doctor don Miguel Dolç, director del Instituto, por los directores de otros centros docentes de la ciudad y por diversas representaciones de la cultura.

En esta sesión el ilustrísimo señor don Ricardo del Arco, profesor del Instituto y director del Museo, pronunció una magnífica conferencia

sobre *La cultura en la época de Santo Tomás de Aquino*. Cuantos hemos tenido la oportunidad de seguir paso a paso sus explicaciones, cuantos aman la historia y la literatura, cuantos entusiastas haya de la historia y del arte aragonés, no perderán ocasión y seguirán, como atraídos por un imán, las palabras que por vía verbal o escrita lance a la publicidad nuestro muy querido don Ricardo del Arco. Con palabra suelta, penetrante y documentada fue exponiendo esta lección. Hizo un esbozo de las figuras sobresalientes, en el orden literario, durante el siglo XIII, y después de estudiar los personajes destacados en tales días pasa a explicar cómo se transmitió el saber en la Edad Media. Comenta las escuelas del Medievo, anotando que la enseñanza en su primera mitad corre a cargo de la Iglesia y que por la evolución continuada de las escuelas parroquiales, abaciales y catedralicias llegamos a la Universidad; universidad significó en sus primeros tiempos «asociación humana organizada» y después este concepto se aplicó al conjunto de maestros y discípulos.

Sucintamente narra los vínculos de unión entre los elementos de unión docente y discente, anotando las íntimas relaciones que los ligaban. El estudiante universitario escucha las lecciones sentado con frecuencia en el suelo, y tras oír la lectura la comenta y disputa. Versa la enseñanza en los principios aristotélicos del *trivium* y el *quadrivium*. Menciona las Universidades de Oxford, célebre por los estudios en derecho canónico; Bolonia, por el civil; Montpellier, por la medicina y la nuestra de Salamanca. El título en artes era muy codiciado, y el alumno tenía derecho a escoger su profesor.

No faltaba en este siglo la enseñanza privada dirigida a conseguir el desarrollo armónico del espíritu y del cuerpo. La educación caballeresca fue practicada en los palacios medievales. Todo caballero tenía que tener conocimiento del honor, dignidad humana y espíritu guerrero, y al llegar a la edad propicia era investido, después de haber mostrado ánimo en la desgracia y excelente conducta y valor. Tras el acto del espaldarazo entraba en el ejercicio de la caballería.

La mujer fue considerada como obra perfecta. El caballero servía a la señora considerándola intermediaria entre el hombre y Dios; faceta que da origen al *stil nuovo*, surgiendo de aquí, al final del siglo, la figura de Dante, fiel cumplidor de este postulado al tener a Beatriz como intermedia de Dios y el poeta.

La Iglesia daba toda norma; por eso la cultura del siglo XIII está a ella vinculada, por ser los primeros profesores los monjes, y entre ellos

los dominicos y franciscanos. La cultura pagana penetró en la Iglesia sí, pero filtrada de toda impureza y buscando en ella sólo el elemento útil.

En los escritorios catedralicios se trabajaba en largas jornadas copiando y traduciendo las obras clásicas conocidas merced a la aportación arábica; la figura de Aristóteles se estudia con intensidad. Tomás de Aquino perfecciona en París sus conocimientos filosóficos y teológicos, donde después explica, superando en mucho las enseñanzas recibidas de su maestro Alberto Magno.

Hizo el orador un ligero comentario de la obra cumbre de Santo Tomás, la *Summa Theologica*. Santo Tomás es la figura cumbre del siglo XIII, a cuya diestra está su maestro y a la izquierda el doctor Seráfico. Menciona como importantes los nombres de Federico II de Sicilia y el inglés Rogerio Bacon. No es posible afianzar nada continuo sin España, que cuenta en tales fechas con un mecenas y un gran sabio: Alfonso X, emperador fallido, pero siempre celebrado por su aportación a las ciencias y las letras.

Sin miras de raza o religión rodéase de hombres cultos, y en Toledo establece la famosa Escuela de Traductores, a la que acuden personalidades versadas en latín, griego, árabe y hebreo. Otra figura cumbre de la época es Jaime I, circundada de personas cultas, como el dominico San Raimundo de Peñafort, profesor en Bolonia y fundador de la escuela arábica de Túnez. Es Alfonso X quien ordena se redacten los documentos de su cancillería en romance, con cuyo hecho la lengua castellana cobra un incremento notabilísimo. Esboza las obras del «Rey Sabio», anotando la participación regia en las mismas y realzando cómo nuestro rey canta a la Señora de Salas en Huesca con lenguaje bello y armonioso en verso gallego, en diecisiete *cantigas*.

A la escuela toledana llegan gentes de toda Europa, figurando entre ellos Brunetto Latini y Duns Scoto; al trabajo de esta escuela y de su rey se debe la ingente labor cultural que se extiende por el Occidente. En Toledo se establece el primer observatorio astronómico y se escribe la obra jurídica denominada *Código de las Siete Partidas*.

En la corte de Jaime I se educa Raimundo Lulio, espíritu aventurero. Pasa su juventud entre la corrupción, pero, a su madurez, cambia el rumbo de la vida entregándose a Dios con entusiasmo y ardor. En el orden pedagógico tiene la obra *Doctrina Pueril*, pero la principal es *Ars Magna*. Habla también de Arnaldo de Vilanova. Afirmó don Ricardo del Arco que el escolasticismo es el desarrollo de la escuela catedralicia, y desde el siglo XIII nos llega asistido por Dios, que iluminó la mente y

la pluma de Santo Tomás, como lo hizo más tarde con Santa Teresa de Jesús. Finalizó el docto orador con estas palabras: «El siglo xiii fue, sin duda, la aurora del Renacimiento».

El orador fue cordialmente aplaudido por su luminosa disertación.

A continuación, la «Schola cantorum» del Instituto, bajo la dirección de la señorita Trinidad Pueo, profesora de Música de la Escuela del Hogar, interpretó estas canciones populares: «Currusca foliada» (gallega), «Muntanyes del Canigó» (catalana), «A Virxen de Guadalupe» (extremeña), «Jotilla» (castellana vieja) y «Ala-la cantiga» (gallega). Finalmente, se dió lectura al veredicto del concurso científico-literario, convocado por el Instituto, y se repartieron los premios anunciados.—
Amado Valenzuela.

Cesión al Ayuntamiento del solar de la iglesia de San Juan de Jerusalén.

Recientemente ha sido devuelto al Ayuntamiento de Huesca el solar de la antigua plaza de toros, es decir, de la iglesia de San Juan de Jerusalén, ya que, como es sabido, este templo fue derribado en el siglo xix, no obstante las protestas de los amantes del arte, edificándose en su lugar una plaza de toros. Efectivamente, en 1846 se anunció la venta en pública subasta de la iglesia y de la residencia contigua. Fue el Ayuntamiento quien se quedó con estos venerables monumentos, pero desgraciadamente cedió la iglesia y subvencionó la construcción de la plaza de toros, inaugurada el 10 de agosto de 1849. Las habitaciones de los caballeros sanjuanistas siguieron en poder del Ayuntamiento, aprovechándose para cuarteles. Solución tan disparatada dió lugar a la protesta de la mayoría de los oscenses.

La iglesia era románica, construída hacia 1204. Su descripción puede verse en Aynsa, Cuadrado y Madoz. Una de las primeras noticias se refiere al año 1160, fecha de una donación de Gracia de Fantova para la construcción de la capilla de Santa Engracia (AHN, *Cart.º del Temple de Huesca*). En 1482, la Orden capituló con maestre Vicent la obra de reparación del «portegado» de la iglesia (Arch. Hist. Prov., prot. de Domingo Fraella, fol. 340). Un dibujo de Parcerisa muestra la iglesia tal como se encontraba hacia 1840. Al derribarse la plaza de toros en agosto de 1920, se encontraron dos capiteles románicos, conservados actualmente en el Museo Arqueológico.

Es de desear que ahora se dé al solar un destino digno de su glorioso pasado y a tono con lo monumental de aquella zona. Quizá la mejor solución sería dedicarlo, juntamente con el próximo cuartel y en relación con la vieja Universidad, a construcciones de carácter docente.—*Federico Balaguer.*

Una nueva revista: «Primavera Oscense».

Con verdadera satisfacción hemos de consignar aquí la aparición del primer número de una nueva revista de carácter escolar: «Primavera Oscense». La edita el Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», bajo la orientación y la dirección del Centro y de la Cátedra de Literatura, y la redactan, casi en su totalidad, como boletín propio, los alumnos de dicho Centro, especialmente los pertenecientes al curso preuniversitario. Es ésta sin duda una labor eficaz para iniciar a los estudiantes en la misión del escritor y para estimular sus naturales dotes científicas y literarias. Deseamos larga y próspera vida a esta naciente publicación.—*D.*

Ha muerto don Mariano Lacasa.

El pasado 2 de abril falleció en nuestra ciudad don Mariano Lacasa, recia personalidad altoaragonesa, que durante muchos años ha trabajado tenazmente en el planteamiento y solución de diversos problemas de nuestra región. Nacido en Sariñena, la egregia villa ribereña, vigía de la tierra siempre seca de Monegros, fue un entusiasta defensor de los planes de riego que habían de fertilizar aquellas esteparias comarcas, duras y sedientas.

Después de ganar varias oposiciones, fijó su residencia en Huesca, en donde desarrolló sus actividades profesionales y en donde publicó numerosos trabajos relacionados con ellas. Colaborador asiduo de la prensa regional, divulgó, con amenidad y justeza, temas de nuestra historia y de nuestro arte. Su inquietud intelectual le llevó a figurar en la vanguardia de todos los movimientos de signo cultural nacidos en Huesca durante medio siglo. Fue uno de los fundadores de la Sociedad Oscense de Cultura, antecedente inmediato de nuestro Instituto, y perteneció a la directiva, bajo la presidencia de don Ricardo Marzo, le

después famoso general. Al ausentarse éste de nuestra ciudad, don Mariano Lacasa fue nombrado presidente y al frente de la institución desarrolló una fructífera labor. En los últimos años de su vida, seguía colaborando en la Prensa, popularizando en las columnas de «Nueva España» el seudónimo de «Hispanófilo».

Al recordar hoy su vida, de laboriosa actividad, llena de inquietudes y de nobles afanes, pedimos a Dios le haya concedido el descanso y la paz eterna. — *Federico Balaguer*.

Premio «Institución Fernando el Católico 1955».

1.^a La Institución «Fernando el Católico» de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza instituye un premio para la mejor monografía que se presente sobre el tema: «Personalidad histórica de Aragón».

2.^a El premio será de 20.000 pesetas, entregándose en sesión solemne en una fecha destacada de la Institución.

3.^a Las monografías presentadas a esta convocatoria deberán ofrecer mérito científico suficiente, rigor histórico y justificación documental amplia. Deberán ser originales e inéditas.

4.^a La monografía se presentará escrita a máquina en papel folio, por una sola cara y a doble espacio, convenientemente encuadernada y designada por un lema. El nombre del autor se consignará en sobre cerrado no transparente, lacrado sin marca especial, en cuyo interior figure el lema.

5.^a Las obras se presentarán en la Secretaría de la Institución «Fernando el Católico» — Isaac Peral, 3, 1.º izqda., Zaragoza — antes de las doce horas del día 29 de febrero de 1956.

6.^a Las obras presentadas podrán ser de cualquier autor nacional o extranjero, siempre que el texto de las mismas esté redactado en español. No se exige ningún título para poder optar a este premio.

7.^a El Consejo de la Institución «Fernando el Católico» nombrará un Tribunal encargado de estudiar y fallar este premio.

8.^a El premio puede declararse desierto, y el Tribunal será autorizado para concesión de accésits en el caso de no adjudicarse aquél.

9.^a El trabajo premiado quedará en poder de la Institución «Fernando el Católico».

10.^a Los trabajos no premiados podrán ser retirados de la Secretaría de la Institución durante los seis meses siguientes a la publicación del fallo, previa identificación de la personalidad; pasado este plazo quedarán en propiedad de la Institución.

11.^a El hecho de tomar parte en este concurso significa la aceptación absoluta de las presentes bases y del fallo que el Tribunal dicte.

*Certamen literario y artístico en honor de
Nuestra Señora la Virgen de la Alegría.*

Con motivo del año XCIII de la fundación de la Pontificia y Real Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida, se convoca un certamen literario y artístico en honor de la Virgen de la Alegría, que se venera en Monzón, con arreglo al siguiente programa de premios:

Sección de Poesía. — 1.^o De la Academia: Flor Natural y mil pesetas. Poesía de tema mariano libre, en castellano o en catalán.

2.^o Del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Aurelio del Pino Gómez, obispo de Lérida: quinientas pesetas. Nuestra Señora de la Alegría, manantial abundoso de sobrenatural júbilo en la vida de Monzón.

3.^o Del Excmo. Sr. D. José Pagés Costart, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Lérida: quinientas pesetas. Los Templarios y María: diálogo entre sus castillos de Monzón y de Gardeny en Lérida.

4.^o Del Excmo. Sr. gobernador civil y jefe provincial del Movimiento en Huesca, don Ernesto Gil Sastre: mil pesetas. Romance descriptivo de la romería anual de Monzón y su comarca al Santuario de Nuestra Señora de la Alegría.

5.^o Del Excmo. Ayuntamiento de Lérida: setecientas cincuenta pesetas. Poesía de carácter mariano-ilerdense, en castellano o catalán.

6.^o Del Rvdo. Sr. D. Marcelino Lloréns, cura párroco de Monzón: quinientas pesetas. Oda a Nuestra Señora de la Alegría.

7.^o Del Excmo. Ayuntamiento de Monzón: mil pesetas. Gozos a la Virgen de la Alegría, hechos con la rima y metro clásicos en este tipo de composiciones: estribillo de cuatro versos octosílabos y seis estrofas de ocho versos octosílabos repitiendo al final de cada una los dos últimos del estribillo.

8.^o De los Rvdos. sacerdotes hijos y antiguos párrocos de Monzón: mil pesetas. La Virgen María, Madre especialísima de los sacerdotes.

9.º De la Rondalla Nuestra Señora de la Alegría, de Monzón: quinientas pesetas. Colección de veinte jotas a Nuestra Señora de la Alegría.

10.º Póstumo del M. I. Sr. D. José Antonio Brugulat y Gort, director que fue de la Academia: trescientas pesetas. Tríptico de sonetos marianos, siendo preferidos, en igualdad de circunstancias, los que hagan referencia a la Virgen concursada.

11.º De la Dirección de la Academia: objeto de arte. Loa a la Realeza de María.

Sección de Prosa.—1.º De su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos, D. Francisco Franco Bahamonde: objeto de arte. Tema mariano libre.

2.º De la Excma. Diputación Provincial de Lérida: quinientas pesetas. Trabajo de investigación sobre tema mariano de la provincia.

3.º Del Instituto de Estudios Ilerdenses: quinientas pesetas. Catálogo de advocaciones marianas de la provincia, con breve reseña de su santuario o ermita.

4.º De la Acción Católica de Monzón: mil pesetas. Novena a la Virgen de la Alegría, con meditación diaria y cinco invocaciones.

5.º De la Excma. Diputación Provincial de Huesca: mil pesetas. Monografía de los santuarios marianos de la provincia de Huesca.

6.º Del Instituto de Estudios Oscenses: quinientas pesetas. Santuarios y templos españoles en que se venera a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de la Alegría.

7.º De la Parroquia de Monzón: tres mil pesetas. Monografía histórica sobre la devoción mariana y la vida religiosa en Monzón y sus iglesias y conventos.

8.º De la Compañía Azucarera Peninsular: mil pesetas. Prosa lírica sobre la Virgen de la Alegría de Monzón.

9.º De Hidro-Nitro Española, S. A.: mil pesetas. Pieza escénica en prosa o verso, adaptada para personajes del mismo sexo, en la que se glose alguno de los milagros de la Virgen concursada, o se haga referencia a ella.

10.º De la Comunidad de Regantes de Nuestra Señora de la Alegría y demás Comunidades de Monzón: mil pesetas. El amor a María, como fuente de santidad y vida interior.

11.º De D. Angel Ríos Calderón, ingeniero industrial: mil pesetas. Proyección de la Virgen de la Alegría en el corazón de sus hijos ausentes.

12.º De un sacerdote esclavo de María: objeto de arte. Radiolocución amena sobre el espíritu de la Esclavitud Mariana.

Sección de Música.—Premio de los devotos de la Virgen de la Alegría: dos mil pesetas. Gozos de Nuestra Señora de la Alegría a tres voces mixtas y coro, con acompañamiento de órgano. El concursante deberá tener en cuenta y construir su composición sobre las normas dadas para la letra de estos gozos en el premio núm. 7 de la sección de Poesía.

Sección de Pintura.—Premio de la Academia: mil pesetas. Obra pictórica referente a la Santísima Virgen, siendo preferida, en igualdad de mérito, la que se refiera a la imagen concursada.

Sección de Escultura.—Premio de la Academia: quinientas pesetas. Tema libre mariano.

Bases.—1.^a Además de los premios anunciados, se concederán los accésits y menciones que el Jurado correspondiente estime merecidos.

2.^a Cuando la Academia edite los trabajos premiados, ó parte de ellos si fueren demasiado extensos, se enviarán cinco ejemplares a cada uno de los autores que hubiesen obtenido uno o más premios, y tres a los que hubiesen obtenido accésit.

3.^a Los autores que en cinco años, continuos o discontinuos, obtuvieren premio en cualquier sección, serán declarados socios laureados, con los mismos derechos que tienen los socios de número.

4.^a Los trabajos que concurren a este certamen deberán ser originales e inéditos: estar escritos en lengua castellana si no se autoriza otro idioma en la enunciación del tema; de conformidad con las prescripciones pontificias los de la sección de Música, y ser enviados todos al señor vocal secretario de la Academia B. Mariana, calle de la Academia, 17, Lérida; antes de finir el 1.º de septiembre, en que se cerrará definitivamente el plazo de admisión.

5.^a Cada composición llevará un lema breve, que se repetirá en otro pliego cerrado, en que se contenga el nombre del autor y señas de su residencia.

6.^a La Academia se reserva la propiedad de todos los originales presentados, que no se devolverán; pudiendo solamente reclamar sus obras los que hayan concurrido a los temas de pintura y escultura y no hayan sido premiados, siempre que las pidan antes de la celebración del certamen y consiguiente quema de las plicas de los trabajos no mencionados.

7.^a Los autores premiados en la sección de Música podrán editar por su cuenta las composiciones, haciendo notar en la edición el premio obtenido y enviando cinco ejemplares a la Dirección.

El certamen se celebrará el 9 de octubre próximo.

BIBLIOGRAFIA

BELTRÁN MARTÍNEZ, ANTONIO: *La edad de los Metales en Aragón*. Algunos problemas de las culturas del Bronce final y de los albores del Hierro. Discurso de ingreso en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza. Zaragoza, 1955.

Nadie mejor que el doctor Beltrán podía ocupar, en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, el puesto que dejara vacante al morir don José Galiay Zaránana. Antonio Beltrán, con su juventud impetuosa y prometedora, se ha creado una personalidad destacada en el difícil campo de la Arqueología, que un puñado de jóvenes investigadores están colocando en España a la altura que tiene en otros países europeos de más vieja tradición arqueológica.

De pieza magnífica podemos calificar este discurso que la Academia de San Luis nos presenta editada en Zaragoza. Tras de agradecer el honor que la Academia le hace al acogerlo en su seno y prometer que la pagará dedicando todos sus afanes al estudio de la Arqueología, hace Antonio Beltrán un merecido elogio del llorado doctor Galiay que, cuando el más desolador vacío le rodeaba, acometió sin desfallecimiento la tarea arqueológica aragonesa.

A continuación entra de lleno en el fondo de su discurso, haciendo una síntesis de los conocimientos de la prehistoria aragonesa. Después nos habla de la edad del Bronce en Aragón—citando y haciendo un estudio acabado de cuanto se ha escrito sobre este tema—, lamentándose de su escasa representación, aunque la que tenemos sea de calidad. La llamada cultura pirenaica es objeto después de su estudio, distinguiéndola perfectamente de la cultura almeriense según el criterio de Bosch-Gimpera. Luego entra en el estudio de la plena edad del Bronce final y la primera edad del Hierro, estudiando las invasiones celtas en Aragón; después describe algunos materiales, como los yacimientos hallstáticos aragoneses y concluye afirmando que las comarcas aragonesas desempeñan un papel complicado en la edad del Bronce y la primera del Hierro. Numerosas láminas valoran extraordinariamente esta excelente publicación de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza.—*Virgilio Valenzuela*.

SÉGUJ, JEAN: *Les noms populaires des plantes dans les Pyrénées Centrales*. Barcelona, C. S. I. C., 1953. XXX + 444 págs.

Desde hace algunos decenios la atención de los lingüistas se dedica al vocabulario de las cosas de la naturaleza. Ha sido reiteradamente explorado el reino animal; el reino vegetal ha inspirado estudios más numerosos todavía. Por lo que se refiere a la zona explorada por el profesor Jean Séguy, de la Universidad de Toulouse, hay que recordar los trabajos de Rohlf's; pero quedaba aún por hacer el estudio del vocabulario botánico completo del alto gascón, preciosa mina de materiales. De aquí, el interés extraordinario de esta obra del investigador francés, modelo de labor metódica y rigurosa en su género.

Las investigaciones abarcan siempre el doble aspecto filológico y lingüístico. Desde el punto de vista filológico, establece el vocabulario de los nombres que designan

actualmente las plantas en el área gascona de los Pirineos, fija las etimologías y delimita la situación histórica y geográfica de dicho vocabulario; desde el punto de vista lingüístico, se esfuerza particularmente, con arreglo a sus observaciones personales, en determinar las leyes que rigen la formación del léxico botánico popular. Trátase, por tanto, de una valiosa contribución a los estudios de lexicología, de etimología y de folklore de un extenso sector del Sur de Francia, que tantas analogías guarda con el alto Aragón. El plan general de la obra comprende tres partes: el estado de las formas léxicas figura en la primera; la segunda, integrada por ocho capítulos, se refiere a la fonética; la tercera, dedicada al origen y formación de los términos, es la más extensa, con un total de treinta capítulos y tres apartados fundamentales: el fondo hereditario y tradicional, los préstamos, las formaciones secundarias.

La obra fue elaborada en 1946-1947. Debido a las circunstancias políticas, el profesor Séguy no pudo hacer a la sazón ninguna incursión en España, con lo cual queda excluido de su panorama lingüístico el valle de Arán, parte integrante del área estudiada. El autor, que es el primero en lamentarlo, espera explorar un día la vertiente española, según se había propuesto en un principio: así lo demuestran algunas citas del vocabulario aragonés que ha podido obtener directamente. El libro va precedido de un amplio guiño bibliográfico y de diversas cartas geográficas. Se cierra con tres índices de gran interés: formas recogidas en el área lingüística, formas citadas y nombres de plantas (nombres científicos y nombres franceses útiles).—*Miguel Dolç*.

PALACIOS SÁNCHEZ, JUAN MANUEL. *Real monasterio de Sijena*. Memoria histórico-descriptiva de los acontecimientos acaecidos desde el año 1936 a 1954. Calahorra, 1955. 28 págs.

Desde Calahorra, a donde azares de su vida profesional le han llevado, Juan Manuel Palacios Sánchez, culto profesor y cronista efectivo del real monasterio de Sijena, nos remite este interesante folleto. El autor ha escrito bastantes artículos en la prensa periódica basados en temas de Sijena. Por todos los medios quiere revalorizar el interés que Aragón ha demostrado siempre por el cenobio fundado por la viuda de Alfonso II y que tan necesitado está ahora de ayuda de todo género, para que pueda resurgir de la ruina y desolación en que lo sumió nuestra guerra civil. Movidio por este plausible motivo, el autor, después de hacer una reseña de su historia, se detiene a considerar las vicisitudes por que la comunidad y el convento atravesaron durante los años 1936-1954. Con acento emotivo describe los sufrimientos experimentados por las religiosas sanjuanistas en aquellos aciagos tiempos. Narra los sucesivos incendios que destruyeron el edificio, la dispersión de las riquezas artísticas que la fe de nuestros mayores amontonó a los pies de la Virgen del Coro, patrona de Sijena. Viendo en el suelo, arruinado y casi deshecho el convento que fue refugio de reinas e infantas, destruido un edificio que fue monumento nacional, incendiadas o perdidas para siempre las pinturas que eran pasmo de entendidos, el señor Palacios aboga por la reconstrucción del templo y del monasterio, porque vuelva a ser el asilo de la juventud femenina de Aragón y Cataluña, de esa juventud con ansia de perfección que buscaba cobijo en la regla cisterciense para hallar la salvación del alma en la oración y el recogimiento.

Los capítulos que narran la actual situación de las monjas sanjuanistas de Sijena, alojadas en lo que fue hospedería por hallarse totalmente arruinado e inhabitable el convento—obra magnífica del siglo XIII en su mayor parte—, son de lo más interesante del folleto, por hallar aquí el autor emotivas frases para hacer llegar al lector la impresión dolorosa de lo que fue, no es y debe volver a ser. De todas formas, el autor, optimista, como todo cristiano que cree que la obra de Dios siempre perdura, espera y confía en que la reconstrucción será inmediata y volverá este monasterio a resurgir de

sus ruinas y a ocupar de nuevo en Aragón el puesto religioso y artístico que durante siglos desempeñó. Todos deseamos que la intención que anima al señor Palacios, se vea coronada por el éxito más lisonjero, y que la tarea que se ha encomendado de hacer llegar al público en general y a las autoridades que pueden ayudar a esta ingente obra la crítica situación de este convento, se vea pronto terminada por la reconstrucción de este hermoso edificio. Felicitamos al culto cronista de Sijena por esta nueva prueba de su afecto por las cosas de Aragón, y le alentamos, aunque no le haga falta, para que su ausencia de nuestra tierra no merme en nada su cariño y devoción por estos temas.—
Joaquín Sánchez Tovar.

Anuario-Guía de los Museos de España. Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional. Madrid, 1955. XV + 133 págs.

La Dirección General de Bellas Artes acaba de publicar un *Anuario-Guía de los Museos de España*. Es sucinto, acaso demasiado; ante todo, es como un recuento y una invitación. Da noticia de 188 museos. Veamos cómo está representado Aragón.

Teruel no figura, y es lástima, porque en la capital aún podrían reunirse colecciones excelentes. Zaragoza aparece con dos: el Provincial de Bellas Artes y el de la iglesia parroquial de San Pablo. El primero es del Estado, fundado en 1893 con los fondos de la Comisión de Monumentos. La Academia de Bellas Artes de San Luis y la Sociedad Económica de Amigos del País ayudaron en instalaciones provisionales sucesivas hasta el traslado al local que hoy ocupa, inaugurado en 1911.

Cuenta con parte arqueológica importante: restos prehistóricos e ibéricos de la región, objetos romanos (entre ellos excelentes mosaicos de Fraga) y árabes del palacio de la Aljafería, con preciosa serie de capiteles; tallas medievales y del renacimiento, inscripciones, cerámica y hierros artísticos. En Pintura, sección la más copiosa, hay obras de los «primitivos» Jaime Serra, Martín Bernat y Miguel Jiménez, más otras anónimas, y reproducciones de pintores modernos a partir del siglo xvi, descollando los magníficos retratos pintados por Goya.

El templo parroquial de San Pablo es de por sí un museo, con retablos, sarcófagos, tapices y bustos-relicarios. Han sido reunidas piezas de los siglos xvi al xviii.

Echo de menos la mención del museo de la catedral metropolitana del Salvador, instalado en la sacristía, con obras de suprema valía, como los bustos donados por el Papa Luna, la custodia del orfebre Lamaisón, el olifante de Gastón de Béarn, del siglo xi, y ornamentos litúrgicos. Y del Museo de Tapices, el mejor de España en su género, con el aditamento de los famosos bocetos de los frescos de Goya y los Bayeu en la basílica de Nuestra Señora del Pilar.

En la provincia está el Museo de Daroca, fundado en 1939 e instalado en la iglesia de Santa María de los Corporales por los hermanos Albareda. Sus pinturas sobre tabla, ornamentos y bordados son notables, con inclusión de los retratos de los Reyes Católicos.

En la catedral de Tarazona podría montarse a poca costa un buen museo, considerando que el templo lo es, y valioso, de retablos y sarcófagos.

El Anuario que comento registra en la provincia de Huesca tres museos: dos en la capital y uno en la excatedral de Roda. El Arqueológico Provincial es del Estado, instalado en el edificio que sirvió para Colegio Imperial y Mayor de Santiago, desde el año 1873. Destacan los mosaicos sepulcrales cristianos, del siglo iv, que encontré en Monte Cillas, término municipal de Coscojuela de Fantova; y la colección de primitivos del legado Carderera. Decoran otros muros lienzos españoles de Castillo, Solís, Carreño, Camilo, Pareja, Verdusán, Francisco y Manuel Bayeu, y las cuatro litografías de Toros, por Goya, edición Gaulon, de Burdeos. El Museo Episcopal y Capitular de Arqueolo-

gía Sagrada, en la misma ciudad, está provisionalmente instalado en la Sala Capitular catedralicia. Ha sido fundado, con acuerdo del cabildo, por el actual obispo de la diócesis don Lino Rodrigo Ruesca, en 1950. Contiene piezas importantes, como el retablo de Salas, honra del orfebre barcelonés Bartolomé Tutxó, en 1367; arquetas con esmaltes de Limoges, pinturas murales de Bierge y Vaso, del siglo xiii, pasadas a lienzos; un retablo del siglo xv, firmado por Pedro Zuera; otras tablas de Martín de Soria, Juan de la Abadía y Pedro de Aponte, y una serie de códices miniados de los siglos xi al xv.

En fin, en las asperezas de Ribagorza yergue su mole señorial la que fue catedral de Roda de Isábena, hoy templo parroquial. En la vieja sala capitular han sido agrupadas muestras insignes del esplendor pretérito de la sede ribagorzana, alguna única, como la silla llamada de San Ramón; peines litúrgicos y mitras románicas, báculos de marfil y cobre esmaltado, ornamentos sagrados bordados en sedas y tejidos hispanomorisicos de subido valor. Este museo, en el cual la escasa cantidad no obsta a la alta calidad del contenido, fue constituido en 1944, como en señal de triunfo por haber sido rescatadas de la rapiña roja las obras mencionadas.

En Barbastro se estaba formando un museo diocesano, que sucumbió a la vanidad marxista. En Jaca hay un núcleo de obras que podrían ser base de un museo diocesano y en Alquézar se tiene el propósito de instalar el museo parroquial en la evocadora Colegiata.

El *Anuario-Guia* señala en Cataluña cuarenta y dos museos: gran lección que debemos aprender en Aragón, y ejemplo merecedor de ser imitado. Ciertamente que aquella región no ha sufrido como la nuestra los efectos devastadores de la horda; pero el mal proviene de antes, y aún pudiera suplir el amor a lo vernáculo, que en Aragón está aletargado.

Los museos tienen detractores, no lo ignoro; pero la dolorosa experiencia reciente habla para los españoles en favor de estos centros de cultura popular, de los cuales no es tan fácil que desaparezcan las obras de arte como de templos aislados y de ermitas solitarias.—*Ricardo del Arco.*

L'artiste dans la société contemporaine. París, Unesco, 1954. 169 págs.

Este volumen, modelo de pulcritud tipográfica, reúne una serie de informes, debidos a artistas y escritores, que sirvieron de base de discusión en la Conferencia internacional de los artistas, celebrada del 22 al 28 de septiembre de 1952 en Venecia; en ella, por invitación de la Unesco, se reunieron más de doscientos delegados enviados por cuarenta y cuatro naciones y por once asociaciones internacionales de artistas, además de ciento cincuenta artistas admitidos a título de observadores. La lista de los participantes y la composición de la Conferencia ocupan las ocho primeras páginas del libro. La diversidad de los países, de las culturas, de las tendencias y de las disciplinas representadas dió a dicha asamblea una amplitud excepcional.

Ante la solvencia y la indiscutible nombradía de cada uno de los nueve colaboradores esenciales de este magnífico conjunto de textos, sería impropio—como no sea desde el punto de vista de la preferencia particular del lector—querer subrayar el mérito de un artículo determinado. Todos los argumentos han sido tratados con profundo interés y ofrecen una extrema variedad de tono y de preocupaciones. Respondiendo al título general, vivamente actual, de la temática, Arthur Honegger trata de la música, Taha Hussein de la literatura, Marc Connelly del teatro, Alessandro Blasetti del cinema, Jacques Villon y Georges Rouault de la pintura; Giuseppe Ungaretti traza una visión de conjunto de los problemas planteados por la situación del artista en el

mundo moderno. A estas nueve exposiciones generales siguen cinco informes de las diversas comisiones, redactadas por Silvio D'Amico y Ashley Dukes (teatro), Pierre Grégoire (cinema), Guillaume Landré (música), Henri de Ziegler (literatura) y Jacques Villon y H. E. Langkilde (artes plásticas). Otros tres trabajos enriquecen todavía el volumen: el informe general, debido a Thornton Wilder; el informe de la comisión de resoluciones, de N. C. Metha, y el discurso de clausura de Ildebrando Pizzetti, que presidió la conferencia. El libro concluye con las diversas resoluciones adoptadas, que afectan a cada una de las facetas artísticas discutidas en la reunión.—*Miguel Dolç.*

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Obituario de la Catedral de Pamplona*. Pamplona, 1954. 53 páginas + 2 láminas.

Después de cantar Prima, la hora canónica del alba, y de recitar el Martirologio—conmemoración de la Iglesia Triunfante—, era costumbre en las catedrales y monasterios del Medioevo leer en tono recto el *Necrologium*—conmemoración de la Iglesia Purgante—. Este libro casi litúrgico registraba el *dies anniversarii* de los clérigos y laicos bienhechores de determinada iglesia.

El doctor Ubieto Arteta, cuyo saber y competencia han ilustrado repetidas veces estas mismas páginas de ARGENSOLA, acaba de ofrecernos la transcripción del *Necrologium*—vulgarmente llamado *Obituario*—de la Catedral de Pamplona, en edición patrocinada por la Diputación Navarra por medio de la Institución Príncipe de Viana. Es indudable el interés de este manuscrito escrito entre 1277 y 1286, tanto desde el punto de vista litúrgico como histórico.

Transcrito quizá con alguna precipitación, me permito hacer algunas observaciones a mi excelente amigo. Y son: 1) las tres columnas de siglas que presenta la margen izquierda de cada folio vuelto, se refieren al áureo número, letra dominical y calendación; las letras *a, b, c*, hasta *g*, del recto repiten la letra dominical que han dado ya en el vuelto; 2) sería interesante saber si las palabras interlineadas son de la misma mano que escribió el texto, extremo que no se aprecia bien en las dos fotografías; y 3) que no parece correcta la interpretación dada a la abreviatura *ro*. ¿No deberá transcribirse por *Rote* o *rotensis*, en vez de *rationerus*? Parece confirmar esta interpretación la leyenda de la línea 15, II lámina: *Salomon episcopus rotensis*. Además, la palabra *rationerus* no le va ni al obispo, ni a los canónigos, ni a la época. En el siglo XIII la palabra que corresponde a la que, siglos después, será *rationero*, en castellano, es la de *portionarius*.

Termina con unos completísimos índices onomástico y de lugares.—*Antonio Durán Gudiol.*

SANCHIS GUARNER, MANUEL: *Els molins de vent de Mallorca*. Barcelona, Editorial Barcino, 1955. 60 págs.

Con excelente acopio de datos, recogidos directamente o extraídos de las mejores fuentes bibliográficas, el ilustre lingüista valenciano M. Sanchis Guarner, arraigado desde hace bastantes años en Mallorca, estudia uno de los más pintorescos temas folklóricos insulares en este libro, que lleva el número 11 de la «Biblioteca Folklòrica Barcino». Todo el mundo sabe que los molinos de viento han sido uno de los motivos animadores del paisaje mallorquín. No los olvidó durante su vida Pío IX que, de joven, los había contemplado desde un navío que tuvo que refugiarse en el puerto de Palma.

Hoy su actividad, ante el progreso industrial, ha fenecido del todo: subsisten unos pocos ejemplares, pero la isla está aún casi cubierta de sus torres medio derruidas. Por ello la aparición de esta monografía de Sanchis Guarner no podía ser más evocadora y oportuna.

El mero tipismo, sin embargo, ocupa un lugar accesorio en la obrita, extraordinariamente grata, atrayente y útil. El autor se ha propuesto, ante todo, estudiar la técnica y el funcionamiento de los molinos de viento, reunir su nomenclatura, registrar las características de esta antigua industria popular, compararlas con las de la industria de otros países y determinar sus diferencias. De aquí las diversas partes del opúsculo, que va precedido de un resumen razonado de todos los trabajos publicados anteriormente sobre dicho tema por lingüistas e investigadores nacionales y extranjeros. El capítulo más extenso está dedicado al aspecto y al funcionamiento del molino de viento de Mallorca, con un análisis pormenorizado de todos sus elementos según los diferentes tipos; en otro se hace la historia de dichos molinos, documentados desde la primera mitad del siglo xv. Muy importante para el estudioso del tema es el apartado en que se compara el molino mallorquín, de tipo mediterráneo, construido en piedra, de torre cilíndrica y cubierta móvil, con sus similares de la Mancha, Andalucía, Portugal, Provenza, Sicilia, islas Jónicas y Albania; se establecen también comparaciones con los tipos distintos del Norte de Francia, de Flandes y de Holanda. En los últimos capítulos se estudia la cultura popular en relación con la molinería de viento y se ofrece una nota muy acertada sobre el presente y posible futuro de los molinos de viento en la isla. Ocho láminas y veinticinco dibujos favorecen la perfecta comprensión de la doctrina expuesta, haciendo aún más viva y amena la lectura de este opúsculo que conceptuamos ejemplar en su género.—*Miguel Dolç.*

ARTICULOS

BOSCH VILA, JACINTO: *Escrituras oscenses en aljamía hebraicoárabe*. Separata de «Homenaje a Millás Vallicrosa» (Barcelona, 1954), págs. 183-214.

Nadie hasta ahora había intentado desempolvar los documentos escritos en árabe y hebreo, conservados en el Archivo de la Catedral de Huesca. Recientemente el culto profesor de la Universidad de Zaragoza, doctor Bosch Vilá, ha emprendido esta interesante tarea y acaba de ofrecernos la transcripción y traducción de siete documentos de dicho Archivo, redactados en lengua árabe y caracteres hebraicos cursivos. Todos ellos de interés para el historiador, el filólogo y el simple curioso. Cinco de ellos —compraventas, préstamos, testimonios de obligación— están fechados en Huesca, otro en Jaca y en Zaragoza el séptimo, que es una carta mandada por Belenguer de Constantín a Pere de don Fortis. Van desde principios del siglo XIII hasta comienzos del XIV. Al felicitar al editor y traductor por esta valiosa aportación a la historiografía altoaragonesa, le manifestamos nuestra impaciencia por la publicación de los demás documentos oscenses en árabe que, sabemos, tiene en preparación.—*A. Durán Gudiol.*

BALAGUER, FEDERICO: *Una nota sobre la introducción de la letra carolina en la Cancillería aragonesa*. «Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita», núm. 3 (Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1954), págs. 155-161.

La escritura carolina se introdujo en Aragón en el siglo xi, y se generalizó en la centuria siguiente, a lo que contribuyeron las relaciones monásticas y familiares de los reyes con los países ultrapirenaicos. Pero la cancillería real aragonesa se mantuvo aferrada a la escritura visigótica. El autor se extiende en consideraciones acerca de este punto, y habla de los escribas Andrés de Ayerbe y Sancho de Perarrúa, y formula estas conclusiones: La letra carolina se introdujo en la cancillería aragonesa en tiempo de Ramón Berenguer IV, príncipe de Aragón. Algunos escribas que habían usado la letra visigótica en el reinado de Ramiro II, emplearon la carolina con posterioridad a 1137, pero no sabemos si este cambio se debió a influencia de los escribas del conde de Barcelona, u obedeció a una tendencia general. En apéndice publica tres diplomas de Ramiro II (reinado tan estudiado por Balaguer), dos fechados en Huesca (diciembre de 1134 y junio de 1135) y el tercero en Palo (febrero de 1135). Es un trabajo breve pero muy sugestivo.—*Ricardo del Arco*.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Documentos para el estudio de la Numismática navarro-aragonesa medieval* (3.ª serie). «Caesaraugusta», V, págs. 147-159.

El estudio de la Numismática aragonesa tropieza con la escasez de fuentes documentales publicadas. Para obviar esta dificultad, Antonio Ubieta Arteta, profundo conocedor de la diplomática medieval aragonesa, viene editando unas interesantes series documentales. Recientemente, ha publicado la tercera que comprende once documentos, dos de ellos procedentes de la Catedral de Tudela y el resto del archivo del Pilar, abarcando los años 1086 a 1261.

La publicación de los documentos se ajusta a las normas corrientes en estas ediciones. Al final de las distintas series, el autor publicará los índices de nombres y de lugares para facilitar el manejo de la colección. A lo largo de estos documentos, el investigador encontrará un material de trabajo abundante y de interés; algunas de las referencias monetarias que aparecen en ellos plantean interesantes problemas y ayudarán a ilustrar la historia de la economía aragonesa.

Aparte de su interés numismático, estos documentos suministran un buen caudal de útiles noticias.—*Federico Balaguer*.

ALFARO LAPUERTA, EMILIO: *El Palacio de la Aljafería de Zaragoza, sede de la Hispanidad*. «Boletín del Instituto Cultural Hispánico de Aragón», núm. 11 (Zaragoza, 1955), págs. 68-71.

Breve pero sustancioso artículo del director del «Boletín», don Emilio Alfaro, ventajosamente conocido por sus estudios acerca del rey Fernando el Católico. Del Palacio Real de la Aljafería, mandado construir para su recreo por el rey taifa de Zaragoza Abu Chafar Ahmed ben Soleiman (Moctádir), de los Beni Hud, que gobernó desde 1048 hasta 1081, han tratado muchos autores, como Nougés Secall, los hermanos Albareda, Iñiguez Almech y otros. Emilio Alfaro enumera las estancias que para su aposenta-

miento mandaron construir los Reyes Católicos en dicho palacio. Aún puede admirarse la escalera de honor, de ricos artesonados, cuajados, como los de las cuatro estancias, de empresas y divisas: el Tanto Monta y el Yugo y las Flechas. La primera es la en que —según la tradición— vino al mundo la infanta Isabel, después reina de Portugal; la segunda posee una techumbre gótica; la tercera es el llamado despacho del rey; y la cuarta el maravilloso salón del Trono, de 20 por 7,65 metros y 8,25 de altura, fechado en 1492. En este salón tuvieron lugar, bajo el alto patrocinio de S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, los singulares actos de hermandad hispánica en el día 12 de octubre de 1954, jubilar de la Raza. Hoy, esta parte del palacio ha quedado libre, en disposición de ser admirada después de restaurada a conciencia por el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional. Ilustran el artículo ocho bellas fotografías fuera de texto.—*Ricardo del Arco.*

LACARRA, JOSÉ MARÍA: *A propos de la colonisation «franca» en Navarre et en Aragon.* «Annales du Midi», LXV (Toulouse, 1953), págs. 331-42.

Conocida es la dilección del doctor Lacarra por los estudios relacionados con las múltiples cuestiones que suscita la repoblación del territorio durante la Reconquista. Sus numerosas obras acerca de estos temas, sobre todo, su magna colección de documentos, han señalado nuevas rutas a la investigación histórica. Sobre un aspecto muy interesante de la repoblación, sobre la colonización franca, ha publicado en la revista «Annales du Midi» un artículo muy sugestivo que constituye una excelente visión de conjunto sobre las sucesivas colonizaciones francas en Aragón y Navarra.

En primer lugar, Lacarra estudia la repoblación de Jaca en el siglo XI. Acertadamente, supone que los tres obispos franceses que asistieron al concilio de 1063 fueron, si no los iniciadores de la colonización, sí los eficaces colaboradores de esta empresa. La segunda fase de la colonización se refiere a Navarra y se halla en relación con la peregrinación a Santiago; otro prelado francés, Pedro de Roda, sería el impulsor de la colonización en el extenso patrimonio episcopal de la sede pamplonesa. Breves, pero acertadas líneas dedica a la repoblación del valle medio del Ebro, región que será objeto de próximos estudios del autor. Por último, la cuarta fase se refiere al último tercio del siglo XII en Navarra y Aragón.

Además, Lacarra dedica un sustancioso capítulo al origen de estos emigrantes francos y las causas de sus desplazamientos, planteando interesantes problemas y señalando los caminos que se abren a la investigación. A mi juicio sería también muy interesante el estudio de la influencia que estos pobladores francos han podido ejercer en el desarrollo de relatos legendarios en Navarra y Aragón.

La bibliografía es excelente, puesta al día y con nutridas referencias a la investigación francesa.—*Federico Balaguer.*

ANTUNES RODRIGUES, SEBASTIÁN: *Apontamentos duma viagem a Espanha a respeito de D.^a Isabel de Aragao.* «Boletín del Instituto Cultural Hispánico de Aragón», núm. 2 (Zaragoza, 1955), págs. 72-79.

El autor de este artículo es capellán de la iglesia de Santa Clara, en Coimbra, donde se venera el cuerpo incorrupto de Santa Isabel de Aragón, reina de Portugal; y prepara un estudio acerca de ésta. Respecto de la Aljafería como lugar de nacimiento de la

infanta, afirma que históricamente, con documentos, no se prueba categóricamente el hecho. Entiende que nació entre el 8 y el 13 de febrero de 1270, probablemente el día 11. La fecha que pone la lápida en la llamada alcoba donde nació, en la Aljafería, dice que Santa Isabel de Portugal fue bisnieta de Santa Isabel de Hungría, pero hay error, pues fue sobrina-nieta. Falleció el día 4 de julio de 1336. El artículo va acompañado de once interesantes fotografías de la estancia y el artesonado de la tradicionalmente llamada alcoba y sala de Santa Isabel; de la estatua de la Santa, obra del escultor Teixeira Lopes, ofrecida por la reina Amelia de Portugal, frente al actual sepulcro de Coimbra; del sarcófago que primero tuvo el cadáver, obra escultórica catalano-aragonesa del siglo XIV, encargada por la misma Santa, y siete de un Libro de Horas atribuido al uso de Santa Isabel, códice miniado de 170 folios, muy notable, que se guarda en el tesoro de la basílica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.—Ricardo del Arco.

ARCO, RICARDO DEL: *Las juderías de Jaca y Zaragoza*. «Sefarad», XIV (Madrid, 1954), págs. 79-98.

Poco es lo que conocemos acerca de la judería jacetana. Sabemos, sí, que existía ya en el siglo XI y que se hallaba situada en el Castellar; poseemos también algunas noticias posteriores, pero ignoramos su desarrollo, sus vicisitudes e incluso nos es poco conocida la forma en que los judíos fueron expulsados de la ciudad. De aquí la importancia de este interesante trabajo de Ricardo del Arco que ilumina aspectos inéditos de la vida de los judíos jacetanos.

La principal fuente de que se ha valido Del Arco la constituyen los fondos documentales del Archivo Municipal de Jaca, especialmente un interesante manuscrito de principios del siglo XVI, redactado por Miguel de Samartín, ciudadano de Jaca. Son muy curiosas las noticias del Estudio de Artes de la ciudad y los pleitos sostenidos con el concejo de Sallent, que había fundado otro Estudio. En 1499, Fernando el Católico cedió a la ciudad la sinagoga mayor para ampliar el Estudio. Al frente, había un maestro mayor, que cada año rendía cuentas al concejo de la derrama que imponía a los estudiantes para subvenir a los gastos de la reparación del inmueble. A mi juicio, sería interesante comparar estas noticias con las que nos da Pedro Villacampa en el «Noticario» publicado en la «Revista de Huesca».

En este mismo artículo, Del Arco publica unas documentadas referencias acerca de la cesión de la judería de Zaragoza a la ciudad por el Rey Católico, ampliando y rectificando lo que dice Ximénez de Embún en su conocida obra.

La base del presente trabajo es, pues, esencialmente documental, con oportunas referencias bibliográficas. En el texto se intercalan cuatro documentos.—Federico Balaguer.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Un mapa de la diócesis de Calahorra en 1257*. «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», LX (Madrid, 1954), págs. 376-394.

Utilizando una copia del siglo XVI, Narciso Hergueta publicó un interesante documento que precisa el reparto de las cuartas del obispado de Calahorra. El documento original se suponía que había sido destruido, pero recientemente ha aparecido y Ubieta Arteta lo ha reeditado con toda escrupulosidad, ya que, dado el gran interés que encierra, es de importancia primordial la exactitud del texto.

Se trata de un documento clave para el estudio de distintos aspectos de las regiones riojana y vasca, y aun de la aragonesa, que permite precisar la organización administrativa de la diócesis calagurritana, así como señalar los límites de su territorio, planteando nuevamente el problema de la evangelización de las provincias vascas y también el de la ausencia de grandes núcleos de población hasta época reciente entre los ríos Arciniega y Deva. Es también de gran importancia su interés histórico y filológico.

Ubieto Arteta estudia con perspicacia y sagacidad la organización diocesana, el grado de evangelización de aquellas tierras y sobre todo la repoblación de extensas tierras vascas. En este último aspecto sus ideas son sumamente sugestivas.

El autor no trata de sentar conclusiones definitivas, sino tan sólo señalar problemas y apuntar soluciones y sugerencias. Creo que sería del mayor interés un estudio de los *nomina* de este documento, repetidos en la toponimia altoaragonesa. Acompañan al trabajo un mapa y un gráfico. Referencias bibliográficas a pie de página.—*Federico Balaguer*.

TUCOO-CHALA, PIERRE: *Origine et signification du surnom de Gaston III de Foix dit «Fébus»*. «*Annales du Midi*», LXVI (Toulouse, 1954), págs. 61-9.

He aquí un destacado artículo del historiador bearnés Pierre Tucoo-Chala, correspondiente de nuestro Instituto, en el que, con rigor científico, no exento de amenidad, fija la autenticidad del sobrenombre Febus, adoptado por Gastón y apunta ingeniosas hipótesis para explicar su significado.

Comienza el autor señalando que los documentos más antiguos que mencionan el sobrenombre pertenecen al año 1360. Casi al mismo tiempo aparece en algunos vestigios arquitectónicos, tales como la torre del castillo de Pau y el donjon de Montaner. El mismo Gastón, en su famoso *Livre de Chasse*, se adjudica este sobrenombre.

Basándose en la desmedida afición que por la caza sentía Gastón y teniendo en cuenta que Febus ha sido, además de un mito solar, el dios de la caza, se comprende que el conde de Foix adoptase este sobrenombre que tan bien cuadraba a su condición de sempiterno cazador y que nos revela su especial psicología. El autor supone fundadamente que la adopción de este sobrenombre puede relacionarse con la expedición de Gastón a Prusia. Tales son las líneas generales de este bello artículo del historiador bearnés. La bibliografía es nutrida y selecta, con algunas menciones documentales referidas a fondos bearneses.—*Federico Balaguer*.

INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES



PRESIDENTES DE HONOR

Excmo. Sr. D. Ernesto Gil Sastre, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento.

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Lino Rodrigo Ruesca, Obispo de la Diócesis.

Ilmo. Sr. D. Fidel Lapetra Yruretagoyena, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.

Ilmo. Sr. D. José Gil Cávez, Alcalde del Excmo. Ayuntamiento.

CONSEJO PERMANENTE

Presidente: D. Virgilio Valenzuela Foved.

Vicepresidente: D. Ricardo del Arco y Garay.

Secretario: D. Federico Balaguer.

Director de la revista ARGENSOLA: Dr. D. Miguel Dolç.

Director de la cátedra «Lastanosa»: D. Salvador M.^a de Ayerbe.

Vocales: Dr. D. Antonio Durán Gudiol.

D. José María Lacasa Coarasa.

Administrador: D. Santiago Broto Aparicio.

